

Certamen Literario
**Cuentos y relatos sobre
abogados defensores**

-2011-

CERTAMEN LITERARIO

CUENTOS Y RELATOS SOBRE ABOGADOS

DEFENSORES

2011

Cuentos y relatos sobre abogados defensores / Analía Aspis ... [et.al.]. -
1a ed. - Buenos Aires : Defensoría General de la Nación; Defensoría
General de la Nación, 2012.
134 p. ; 230x155 cm.
ISBN 978-987-22522-8-1
1. Narrativa. 2. Cuentos. I. Aspis, Analía
CDD 863

Fecha de catalogación: 01/11/2012

DEFENSORÍA GENERAL DE LA NACIÓN

Defensora General de la Nación

Dra. Stella Maris Martínez

Subdirectora General de Ceremonial y Extensión Cultural

Lic. Liliana Bonazzi

SOCIEDAD ARGENTINA DE ESCRITORES

Presidente

Alejandro Vaccaro

Secretario General

Ernesto Fernández Núñez

COORDINACIÓN EDITORIAL

Subsecretaría de Comunicación Institucional - Secretaría General de Política Institucional. Defensoría General de la Nación

2012 Ministerio Público de la Defensa

Defensoría General de la Nación

www.mpd.gov.ar

Callao 970 - CP.1023

Ciudad de Buenos Aires

Tirada: 500 ejemplares

Aquel que sospeche que el arte de escribir, es una ecuación subjetiva que puede resolver tan solo un intelectual, ha realizado una opinión arriesgada cuyo destino es incierto. Basta comenzar a leer este libro para confirmar que por encima de todo los encasillamientos posibles, hay algo que nos une y nos convoca, ese algo es la constante comprobación de que estamos hechos de historias propias y ajenas. Quizá Borges en este punto haya sido más preciso, “estamos hechos de historias y de tiempo”. Es así que entre códigos, decretos y sentencias, los abogados y defensores oficiales van desgranando gota a gota en cada página, la letra que formará la palabra, que conformará una frase, para darle contenido y sentido a una historia y no a otra, la misma que no fue escrita en las fojas del expediente, y que ahora reposa en las páginas de un libro.

Todos somos sensibles a creer que siempre hay algo que debimos haber hecho y no hicimos, la escritura, esos signos convencionales que nada deben representar para otras civilizaciones, son el puente que nos pone en contacto y nos posibilita el acceso a otras realidades y a otros mundos olvidados y evitados.

Es interesante rescatar en casi todos los relatos que propone este libro, el orgullo que subyace en los participantes, de estar integrado a un sistema de justicia que busca el equilibrio entre las muchas inequidades con que la humanidad día a día nos sorprende y nos deja perplejos.

Quien escribe siempre deja rastros y se delata en una pequeña frase o en la intencionalidad de una palabra, es por eso que estos relatos cobran valor al desprenderse como un hábito de vida del “corpus” establecido y al grito de “Alea jacta est”, cruzan sin remordimientos el tumultuoso Rubicón.

Ernesto Fernández Núñez Alejandro Vaccaro
Sociedad Argentina de Escritores Sociedad Argentina de Escritores
Secretario General Presidente

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	7
PRIMER PREMIO	
<i>El panóptico</i>	11
<i>por Analía Aspis</i>	
SEGUNDO PREMIO	
<i>Memorias de un Defensor</i>	21
<i>por María Cecilia Santa Pau</i>	
TERCER PREMIO	
<i>Doctora, un rebelde.....</i>	29
<i>por Salvador Castro</i>	
MENTIONES	
<i>Guinea Bissau</i>	41
<i>por Juan Pablo Argentato</i>	
<i>Arreglando pleitos.....</i>	47
<i>por Ildefonso Guillermo Clavijo</i>	
<i>El Cedrón</i>	55
<i>por Hernan Gustavo De Llano</i>	
<i>Tocar al Sol.....</i>	59
<i>por Diego Hernan Farias</i>	
<i>La Verdad</i>	63
<i>por Miguel Ángel Gavilán</i>	

Todos son araoz.....	67
<i>por Javier Aníbal Ibarra</i>	
La pelea del siglo	73
<i>por Fernando Janza</i>	
El Devuelto.....	85
<i>por Santiago Alberto López t85</i>	
Algo en común	87
<i>por Santiago Marino Aguirre</i>	
El peor alegato del Dr. Anastasio Ramírez.....	95
<i>por Santiago Marino Aguirre</i>	
Pero No	103
<i>por Lucas Mendos</i>	
Otra visita carcelaria	107
<i>por Aníbal Augusto Micucci</i>	
El crimen que no fue	111
<i>Roberto Picozzi</i>	
Defensa de oficio.....	117
<i>por Pablo Tornielli</i>	
Entrevista Previa	125
<i>Luciano Martín Vaccaro</i>	
Eipsis.....	129
<i>por Fernando A. Vallone</i>	

PRÓLOGO

La publicación que hoy presentamos, editada por la Defensoría General de la Nación, es el resultado de un certamen literario llevado a cabo conjuntamente con la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) durante el año 2011, cuya convocatoria incluyó a los empleados del Ministerio Público de la Defensa y a los abogados matriculados en el Colegio Público de Abogados de la Ciudad de Buenos Aires así como a los integrantes de la Asociación de Abogados de Buenos Aires.

El requisito para que autores de cuentos y relatos pudieran competir fue que sus narraciones tuvieran como eje temático historias y vivencias que reflejasen la realidad del trabajo cotidiano de un abogado defensor, con el objetivo de visibilizar públicamente esa labor.

Un prestigioso jurado integrado por el Presidente de la SADE, Alejandro Vaccaro, el escritor y jurista Gustavo Bossert y el Secretario General de la SADE, Ernesto Fernández Núñez, eligió los tres cuentos ganadores, dotados de un premio monetario, y los cuentos merecedores de menciones. Esas obras son las que integran este volumen.

Todas ellas aportan una riquísima variedad de argumentos así como polifacéticos abordajes: el sesgo metafísico del cuento ganador “El panóptico”, el humor de “El peor alegato del Dr. Anastasio Ramírez”, la mirada histórica sobre el pasado reciente y no tan reciente en “Memorias de un defensor” y “Arreglando pleitos”, la preocupación compasiva por el defendido de “El Cedrón” y “Algo en común”, el final sorpresivo de “Otra visita carcelaria” y “Tocar al sol”, la visión de justicia universal de “Defensa de oficio”, el costumbrismo novelado de “Doctora un rebelde” y “La pelea del siglo”, la reflexión ingeniosa de “El devuelto” y “Elipsis”, la atemporalidad mística de “Entrevista previa”, la superposición de voces en “La verdad”, la perspectiva del “otro” en “Pero no”, el desamparo existencial de “Todos son Araoz” y “Guinea Bissau”, la indagación detectivesca de “El crimen que no fue”.

Invitamos a los lectores a compartir nuestro entusiasmo por este volumen y a conocer más de cerca la tarea, muchas veces incomprendida, de quienes luchan por los derechos de los demás.

Stella Maris Martínez
Defensora General de la Nación

PRIMER PREMIO

-EL PANÓPTICO-

por Analía Aspis

EL PANÓPTICO

por Analía Aspis

La primera vez que vi el panóptico, mi corazón tuvo la sensación de detenerse súbitamente. Con calma pero con prisa, perseguí minuciosamente con la mirada la imagen que configuraba el grueso muro que se posaba a unos escasos metros de distancia. No podía dilucidar con exactitud la forma precisa, mas lo que recuerdo es una especie de anillo de hierro dividido en compartimentos estancos, cuel celdas, todas de igual dimensión. En el centro, en la parte interior del círculo, se encontraba un enorme patio con una torre situada en el medio, cuya altura aproximada era de noventa metros. Su material era sólido, rígido, impenetrable. En la cima de la torre podían divisarse cuatro ventanas pequeñas, con la suficiente presencia para que fuera imposible olvidar que estaban allí. Cada una de ellas se encontraba orientada a un sector del anillo, abarcando de esta forma la visión total del mismo. No podía, y de hecho era imposible, verse nada por detrás de su vidriado. Cada una de las celdas que formaban esta suerte de arquitectura circular eran linderas pero separadas entre sí por gruesas paredes, donde el espesor de los muros no permitían pasar ni sonido ni visión alguna entre ellas. Paralelamente, al encontrarse expuestas desde su frente hacia el exterior del anillo, desde el patio y la torre era posible visualizar -a través de sus viejos barrotes- el interior del espacio de cautiverio emplazado en las mismas.

Fuimos conducidos hacia el panóptico por un guardia, en forma grupal. Con pasos lentos, formando una fila, uno a uno ingresamos en la escalofriante geografía que rodeaba el lugar. El centinela portaba una máscara que apenas – supuse – le permitía respirar. Vestido de negro, me resultó imposible adivinar algún rasgo de su rostro: tan perfectamente oculto se encontraba cada centímetro de su cuerpo que ningún destello de su piel estaba a la vista.

Mirando a mi alrededor, traté de huir del juego psicótico de mis pensamientos, concentrándome en determinar dónde era

que me encontraba. En mi frustrada búsqueda sólo atiné a reconocer aquellas personas que habían estado conmigo aquel día del Proceso. Ellos eran: el guerrero, el mago, el santo y el filósofo. Todos esos seres junto a mí, el hombre, habíamos sido condenados al más ruin y hostil de los confinamientos jamás imaginados.

Cada uno de nosotros ocupó una celda, ubicadas cada una de ellas fronteriza a la otra. El guardia comenzó a cerrar las rejas, mas, paradójicamente, no pude divisar cerrojo alguno o llave que las cerrara. Acto seguido nuestro carcelero expuso de manera sentenciosa el porvenir de tal medida: una vez alojados en nuestros compartimentos, él se ubicaría en la cima de la torre y desde allí, multidireccionalmente, nos observaría. Noche y día. Perpetuamente. Ninguna llave sería necesaria para impedir que huyéramos de nuestro encierro. La escena concluyó con la mirada atónita de mis compañeros, sesgada de asombro y perplejidad frente a la inexistente posibilidad de escapar fácilmente de ese infierno, mientras que el unísono de los barrotes cerrándose al mismo tiempo desgarrraban sus almas.

La primera imagen que invadió mi mente fue de muerte. Mi ser se encontraba prisionero en el más cruel de los aislamientos que pudiera padecer un hombre. Mi cuerpo podía ya percibir la vigilancia sigilosa y latente de cada movimiento, de cada palabra, de cada gesto minúsculo que hiciera. Me conformaba la idea de que, tras el transcurso de los años, cada uno de nosotros se adaptara al encierro. Esta suerte de coacción de la libertad, como un letargo inexplicable, nos dominaría inmóviles, sedados, auto-convencidos de la idea de no poder huir, accionar e incluso pensar. Sin embargo, tales hechos no acontecieron, y no transcurrió demasiado tiempo para que uno de los condenados intentara rebelarse.

El primero de ellos fue el guerrero. Se rumoreaba que había sido condenado por el cargo de desafiar al universo. Se había mencionado que el no haber flaqueado ante los embates de la desesperanza, y haber jugado con el destino, queriendo hacer de cuenta que le imponía a éste su voluntad, había sido motivo suficiente para su castigo. Mas el guerrero se encontraba tranquilo, ya que sabía que al universo no se lo desafiaba, porque éste no juzgaba, y que tan sólo conspiraba a favor del deseo individual. Por eso el guerrero siempre tuvo el valor de mirar hasta las sombras de su alma, sin bajar la cabeza, sabiendo que de no hacerlo

perdería de vista el horizonte de sus sueños. Poseedor de una personalidad desafiante, tenía en su haber el triunfo de muchas batallas. En su semblante se adivinaba la gloria y el combate. Era fuerza, era espada y era lucha. Sabía que la inercia frente a la vida era cobardía. Y su vigor no tardó mucho tiempo en rebelarse.

Fue en aquel pálido atardecer invernal cuando el guerrero, cual mercenario enceguecido, abrió la puerta de su celda y corrió hacia el centro del patio. Sus pasos eran resueltos, desafiantes, casi insolentes. Logró sustraer un arma que, por descuido, alguien había dejado olvidada; apuntó directamente a la cima de la torre. Decidido, posó fijamente su mirada en una de las ventanas, listo para gatillar al guardia que –supuso- se encontraba - detrás de ella. Cuando por fin tuvo la suficiente valentía para enfrentarlo, un súbito sentimiento de impotencia se apoderó de su persona, y toda intención de abrir fuego contra él se desvaneció al instante. El temblor de su mano sosteniendo el gatillo, lo hacía aún más vulnerable a su endeble fortaleza interior. Quedaban otras tres ventanas, no sabía cuántos más estaban allí adentro, aún más, no sabía si en realidad podría salir con vida. Sólo era él contra él, o contra mil, lo desconocía. Preso del pánico, se desvaneció, cayendo intempestivamente en el frío suelo de aquel universo circular. Minutos más tarde, apenas tomó conciencia de su estado, su primer impulso fue intentar recomponerse, pero por más tenacidad que pusiera, le fue imposible recobrar su postura. Pudo levemente erguir su torso unos centímetros del suelo y - merced a su temperamento netamente caprichoso- levantó la vista y miró a su alrededor. Fijó su mirada en la torre, elevó una plegaria y comenzó a llorar como un niño. El guerrero no había luchado esta vez.

Apesadumbrado, apenas pudiendo sostener su cuerpo, con los pies exhaustos y las manos agarrotadas y tiesas por el frío, emprendió el retorno hacia su celda, sin que ningún guardia apareciera o diera señales de su presencia. La escena era devastadora, propiciaba un espectáculo sombrío para quien tuviera la valentía de atreverse a ser protagonista de ella. Al cruzarse por delante de mi celda, pude verlo por última vez. Recordaré para siempre aquellos ojos que suplicaban piedad, que pedían condescendencia y refugio en algún lugar de su alma, desarraigada hacia rato de toda humana comprensión. Supe que de vuelta en su celda, ya nada sería igual; ahora el guerrero estaba convencido de que toda la atención del guardia, de aquí en

más, estaría sobre él. Cualquier batalla desde aquel momento sería perdida antes de su comienzo.

Si el guerrero fue uno de los primeros en intentar huir de aquel laberinto demente, la experiencia del filósofo fue distinta. Su vida había trascurrido entre bibliotecas y análisis. Tenía la ferviente certeza de que sin estudios no se tenían ideales sino fanatismo, y que el entusiasmo vidente de los hombres que piensan no debía ser confundido con la ceguera de los ignorantes. Pero una vez allí, en el panóptico, la barbarie y la desazón invadieron su ser. Por primera vez la vida lo enfrentaba a teorizar sólo y exclusivamente sobre sí mismo. Y le aterraba. Sentía la constante vigilia de esa torre como puñales, las ventanas como sus propios ojos, y veía a través de ellas todo aquello que siempre había encontrado lejano y distante de sí. Tratando de cambiar el rumbo de sus pensamientos, soportaba estoicamente el asedio de sus propias sombras y de sus voces internas y hieráticas que reclaman una posibilidad de ser escuchadas. Invadían su mente un sinfín de imágenes personales que toda su vida había logrado silenciar. Era su propio “yo” el objeto de análisis; y la impotencia de no poder pensar más que en una vida mediocre y sin colores, fue logrando que el filósofo acallara sus ideas y domesticara la acción de sus palabras. El Proceso había aplicado la más cruel de las penas para aquel espíritu de rebeldía: ser, para siempre, el único protagonista de su filosofía. Y ahora, solo y débil, posaba su frente en los añejos barrotes de su celda y fijaba su atención en esa torre, tratando de recuperar todo el desafío y la provocación intelectual de otros tiempos, ya perdidos en los umbrales de su encierro. Así, la rebeldía de su pensamiento era ahora presa del yugo de un espíritu quietista.

Los días del panóptico transcurrían sin darme cuenta, y fueron varios los años que tuvieron que pasar para percibir los cambios que me rodeaban. Era sin duda el mismo escenario de tonos grisáceos, neblina constante, lluvias lúgubres y atardeceres invisibles; pero sus protagonistas ya no eran aquéllos de los días del Proceso. El tormento incessante que por las noches invadía ese mundo onírico, se traducía en las más angustiantes pesadillas que jamás habíamos soñado en otros tiempos. Sin embargo, todo vestigio de recuerdos se iba alejando hasta transformarse en una añoranza vaga y difusa. La realidad empezaba a configurarse como un bosquejo de lo que suponía debía ser un castigo, cuyo real origen tanto mis compañeros como yo,

desconocíamos. No nos imaginábamos las causas, ni los motivos, y a decir verdad, con el transcurrir del tiempo, tampoco nos importaba. Sólo podíamos sentir correr en nuestra sangre el espíritu latente de ese guardia, podíamos padecer como una fiebre el infierno de su vigilancia, la quietud de su presencia, y cada latido que imaginábamos era como un golpe en el estómago. El saberlo, el sentirlo, el vivirlo como la más viva de las muertes, nos iba matando poco a poco, y nos resignamos a ello.

Entre nosotros no existía posibilidad alguna de comunicación, pero yo pude sentir en mí, el espíritu de cada uno de esos seres. Porque todos teníamos algo del otro, y, en cierta medida, todos intuíamos compartir los mismos cargos. Cada uno de nosotros era en parte un filósofo, un mago, un guerrero y un santo que se encontraba preso de la observación del panóptico. Pero yo tenía una salvedad: era hombre, y tenía la oportunidad de decidir quién ser. Poseía el libre albedrío para ser cualquiera de ellos o más aún, inventar un ser nuevo. Tal vez ser mago no me alcanzaba, tal vez ser guerrero no me gustara o quizás ser solamente hombre no me contentara. Todavía podía elegir. Sin embargo, pese a que existía la posibilidad de huir de esa realidad, continuaba por omisión inserta en ella; aun a sabiendas de que detenerse demasiado tiempo esperando un cambio también era suficiente para una condena.

De todos los prisioneros que allí se encontraban, había siempre tenido la sensación de que el único capaz de soportar íntegramente la condena del panóptico sería el santo. Tan sólo tuve la oportunidad de observarlo cuando habíamos sido conducidos a la celda, y, verdaderamente, jamás podré olvidar su semblante. Con una energía particular, luminosa y etérea, poseía un rostro borrado, sin expresión alguna, pero con una paz y serenidad que aún con los ojos cerrados, se transmitían. El santo creía en su Dios, pero, más aún, no era tan sólo una mera creencia sino fe absoluta de su existencia, que desafiaba a lo imposible en un mundo de mortales y fuerzas terrenales. Pero el santo demostró ser también hombre y su fe un día flaqueó. Sorprendentemente, una tarde reaccionó como el más ateo de todos los incrédulos y desafió a su Dios a que lo rescatara, A que terminase con ese hastío que se despertaba ante sus ojos, y que no podía seguir negando. Rezó, imploró, sacrificó y gritó, pero todo siguió igual. Al verse solo, comenzó a enloquecer. Creyó ver en esa torre a un guardia, y confundió redención con rendición. El guardia había

logrado vigilar su fe constantemente, sin pausa, y había logrado también observar el momento preciso cuando ésta había sucumbido. Al saberlo, y sin poder soportarlo ni disimularlo con ningún tipo de ayuno, oración o bendición que pregonara, admitió finalmente su crisis de fe sin más, y fue el panóptico el testigo elegido para observarlo. Ya no existía ente, fuera o dentro de sí, en quien creer o depositar su credo. El santo había convertido su espíritu en aquella imagen impía y gentil que siempre había procurado evangelizar. El tiempo de las alabanzas había sucumbido ante la propia naturaleza de su ser.

Cuando parecía que todo continuaba presentándose gris en aquel lugar, teñido como por una luz tenue de sensaciones caóticas afines al panorama, un día, en un lapso indefinido, algo sucedió en nuestro carcelario mundo: uno de los reos, el mago, murió. En un silencio plagado de un total escepticismo había decidido desde hacía ya un tiempo, no creer en lo que no veía a su alrededor; sabía que todo obra hecha por el hombre había sido motivada para perpetrar el engaño de sí mismo. No le importó relegar su salud, ni la figura del gran Juez. Las ilusiones de este mundo descreían de un derecho todopoderoso de imponer su verdad como legítima e insoslayable. Y por tanto, decidió poner fin a su propia vida. Luego de su muerte, comencé a descreer de toda esperanza de libertad, y supuse que todo seguiría rutinariamente sombrío, hasta que la vida me sorprendió antojadiza con la imprevisible e inesperada llegada de mi abogado defensor.

Desde los inicios de aquel Proceso, ya remoto, de este angustiante peregrinaje, no lo había vuelto a ver. Para mi sorpresa y asombro, se acercó directamente a mi celda, y con un halo de misterio entre difuso y decidido comenzó a indagar, e indagarme. Entre sueño y realidad realizaba preguntas, incessantes, como si supiera que la Verdad estaba sumida en mí y que tenía la capacidad de ofrecerle todos los argumentos y evidencias necesarias para todavía clamar por mi libertad. Transcurrimos noches de vigilia en la tarea de preparar la defensa; sabíamos que quizás era la última oportunidad de demostrarle al gran Juez algo que iba más allá de mi mera inocencia. Tiempo más tarde entendí que eran la esencia y mi Ser entero los que se debatían por recuperar su libertad. Gracias a él comprendí no sólo que siempre tuve derechos, sino que también aún poseía la fuerza para reclamarlos. Fue así como la figura de mi abogado comenzó a ganar vigor y potencia. Había ocasiones en las que

posaba su mirada fijamente en mí, como un padre hacia un niño cuando trata de develar aquello detrás de lo aparente. Era extraño: me sentía protegido pero al mismo tiempo responsable de sumergirme en la búsqueda de esa Verdad que clamaba ser reconocida. A él no le importaban las explicaciones triviales, las excusas o las justificaciones del pasado, por el contrario pude percibir una leve obstinación por descubrir aquellos detalles sutiles, y hasta secundarios, para que luego de ser meticulosamente recopilados, fueran objeto de un embellecimiento supremo a través de palabras y relatos plagados de sabiduría.

Pasamos meses y años preparando mi defensa. El tiempo era testigo de mis cambios, y fui envejeciendo en el panóptico sin darme cuenta de que todo ese universo aún seguía allí, acompañándome, aunque yo ya no era el mismo. Todavía recuerdo el final del alegato de mi letrado “Ya anciano ha caído en la cuenta de que nada existe, y que lo grande e imponente se transforma tan sólo en pequeños y minúsculos granos de arena. Porque también el hombre a lo largo de su vida fue guerrero, filósofo, mago y hasta santo. Pero siempre, en el fondo, demostró ser hombre, y ser hombre fue lo que le permitió vivir. Pero a veces es necesario llegar a viejo para darse cuenta de las simplezas que trae aparejada la vida, y de los pequeños mundos que traen todos estos seres. Mi defendido transcurrió sus días en el panóptico en un estado de completa y ciega inimputabilidad. Vivió el tiempo sin tomar conocimiento de que ese tiempo era la construcción de su vida. Y vivió su vida con el convencimiento de que el guardia era vigilante de su ser. Y de que existía una muralla que jamás se puede saltar, como así también de un cierto límite racional que no se puede evitar. En los albores de su vejez, se vio. Y en ese momento comprendió el porqué de su existencia.”

Luego de dada por finalizada su exposición al gran Juez, sólo atiné a mirar a aquel sujeto que había compartido todos estos años de preparación de mi defensa: su cuerpo ya se encontraba viejo, delgado, sus espaldas encorvadas, su pelo blanco y su voz casi quebrada. Pero aún conservaba esa mirada intensa y sabia que sostuvo desde nuestro primer encuentro. Adivinando mi pensamiento de desconcierto -aún hasta ese momento- del porqué de mi condena y de mi búsqueda de razones del motivo de tantos años de aislamiento junto a los demás en el panóptico, giró su cabeza sobre su hombro, y dirigiéndose hacia mí, susurró con una leve sonrisa: “Es necesario a veces toda una vida

Certamen Literario de la Defensoría General de la Nación

para ver la verdad que tan clara y evidente se posa en nuestra existencia. Para animarse a elegir otra puerta, primero tenemos que crear la opción de lo nuevo sobre lo viejo. El milagro de la creación sólo puede producirse en este instante y por tus elecciones de ser inocente y libre, aquí y ahora”.

Cuando terminé de escuchar sus últimas palabras, sentí un hondo escalofrío en todo mi ser, y fue en ese preciso instante cuando por un momento pensé que el guardia no estaba en esa torre. Tuve la convicción de saber que yo no era quien suponía, sino otra persona, delineada por mis pensamientos más ocultos. Inmediatamente corrí decidido hacia la puerta de la celda, y abrí el cerrojo sin llave que la había mantenido cerrada por tanto tiempo, y me digné a salir. Atravesé todo el patio, fijando mi vista en las grandes murallas que lo acorazaban y que por largos años sólo habían permitido apenas el filtro de algún ínfimo rayo de luz. Bordeé el costado izquierdo de la torre, y alcé la mirada hacia una de las ventanas, convencido de que nadie había allí. Comprendí, entonces, las sabias palabras de mi abogado: no había guardia, no había prisión, no había panóptico ni confinamiento para mi alma. Yo había tenido siempre mi vida y mi libertad en mis manos. Sólo era necesario tomar la decisión de abrir esa celda que me había aprisionado, animarme a salir y confiar en el poder de creación de un universo propio, libre y verdadero.

SEGUNDO PREMIO

-MEMORIAS DE UN DEFENSOR-

por María Cecilia Santa Pau

MEMORIAS DE UN DEFENSOR

por María Cecilia Santa Pau

El doctor López puede ver las siluetas estiradas de los árboles, en la plaza distante, recortarse contra el fondo blanquecino de la cortina de hilo. Los contornos oscuros de los talas y de la frondosa higuera han adquirido un relieve ondulante, por los pliegues acanalados de la tela. La cortina fina, apenas frena la entrada de la luz que refulge en los campos pampeanos a esa hora de la siesta. Quema el pavimento y las calles del pueblo están desiertas. La gente permanecerá recluida en sus casas durante las largas horas que todavía restan de letargo estival. Sólo los perros sacan provecho del abandono humano. Con la rienda instintiva del alerta floja, las lenguas jadeantes y los hocicos inquietos, recorren las calles despreocupados y altivos, afanosos por seguir los rastros de antiguos orines.

El pitido del microondas le avisa al viejo letrado que ya está lista el agua para su té. Se lleva la merienda al escritorio que está atiborrado de papeles; hace un poco de orden, toma el expediente y lo revisa: "ROBO DE GANADO" dice en letras mayúsculas. A su joven y flamante defendido se lo acusa de ser miembro de una banda muy buscada, que se dedica a la apropiación, traslado, matanza y comercialización clandestina de reses. «¡Sin dudas se trata de un miembro del escalafón más bajo!», reflexiona con ironía. Toma las fotografías, en las que se aprecian las paredes despintadas de la comisaría local. Puede reconocer la mano del fotógrafo; lo delata el sello que denota la escasa calidad artística, propia de las fuerzas policíacas. Del joven, ¿qué decir?; la misma traza de pobre diablo que otros tantos. Siente que ha visto a todos. La misma hoja de vida, las carencias repetidas, la constante falta de oportunidades, implacable y empeñosa en dar asistencia perfecta en todas las asignaturas de la existencia de los desafortunados. Sabe que la pobreza traza con lápiz fino y precisión de regla la línea demarcatoria, y desde allí oprieme con fuerza a los que quedan debajo de su frontera. Sofoca, como el alud de manteca que el letrado

desparrama sobre la rodaja de pan, y se ahogan los poros bajo la densidad cremosa.

Está muy cansado, por no decir desencantado, de su trabajo. Con un gesto de resignación aparta el expediente con una mano, y con la otra acerca un cuaderno de tapas duras y rugosas que pone al alcance de su vista. El frente del cuaderno tiene un montón de rótulos de papel con inscripciones varias, las más, referentes a su procedencia: los anaqueles de la biblioteca regional. Las porciones que quedaron libres de rótulos dejan ver el color de la tapa, un verde musgoso y sucio. Una vez abierta, la contratapa exhibe un verde brillante, cuya conservación la debe al amparo de la oscuridad y al escaso roce de manos atemporales. Entre los folios amarillentos sobresale, a modo de marcador de página, un pedazo de papel membretado, en cuyo margen superior se lee: “López y Bucarelli. Abogados penalistas”. Más abajo, aparecen garabateadas con lapicera negra algunas frases escogidas de un repertorio de poetas. Están subrayadas con una estriá de tinta las siguientes: “¡Ten los garfios del Odio siempre activos, los ojos del juez siempre despiertos!...” — ¡Ajá!, ¡Alma-fuerte! — exclama en voz alta, mientras una sonrisa de oreja a oreja se le dibuja en el rostro. A menudo bromea con su socio sobre su gusto por intercalar frases célebres en los escritos para darles una afectación especial. El resultado es casi siempre risible; el contexto, nunca el apropiado. Pero a veces, sólo a veces, el tino del joven doctor Bucarelli es tan certero, que sobrepasa con creces su voluntad. Debe admitir que, en el fondo, envidia la jovial vehemencia de su socio, a veces rayana con lo ridículo. Echa una mirada de soslayo a la foto del portarretratos que asoma entre los libros del escritorio vecino. Allí está su colega de mirada franca y sonrisa confiada, posando para la cámara con el rostro descansado, fruto de sus últimas vacaciones.

El letrado reanuda el examen de los folios encuadrados, al tiempo que hace un ademán con la mano para alejar devaneos inútiles. Voltea las hojas con cuidado porque están muy dañadas; hay párrafos enteros que son apenas legibles, como el siguiente:

“Cañada de la Cruz, año de Nuestro Señor de mil setecientos noventa y ocho. En presencia del excelentísimo Alcalde de la Santa Hermandad...” El doctor López arquea una ceja. Acicateado su interés, se acomoda en la silla y continúa la lectura: “...se instruye causa criminal contra Julián Jufré, por cuya señá distintiva es conocido

como el gitano, por haber hurtado una pieza de fina bisutería de la posesión de Doña María, hija de Don Florencio Sánchez. La pieza hurtada fue ofrecida a la joven como regalo de compromiso por Don Jaime de Mayoral, cuyo valor de setecientos pesos fuertes, lo acredita el declarante mediante juramento... ” La crónica dice que la pieza valiosa: “...fue habida por Don Jaime de Mayoral...”, un próspero comerciante que contaba con licencia superior para comerciar con España, y según aseguraba la misma: “...era tal el giro de su negocio”. El letrado acelera el paso de su vista por los renglones siguientes rozando apenas las letras negras de trazo fino, en su vía descendente. Según aprecia, no había mayores indicios que incriminaran al joven gitano, más que algunas suposiciones y frases peyorativas. Lee con cuidado siguiendo las líneas con el índice; el texto se limita a señalar que: “...se lo sospecha de despechado, por cuanto anduvo en amores no correspondidos por Doña María, prometida en matrimonio de Don Jaime de Mayoral, y que habiendo acudido recientemente a la pulperia de campaña, se le escuchó manifestar rencor por los futuros contrayentes; dio inicio a una riña estando en estado de ebriedad, y evidenció sus malas intenciones...”

De repente, los ladridos agudos de los perros en la calle lo sustraen de la lectura. El letrado se acerca a la ventana y golpea repetidamente el vidrio con los nudillos para ahuyentar la jauría.

De nuevo la vista en los antiguos manuscritos, se encuentra con unas cuantas notas de una caligrafía exquisita. El autor de dichas letras había sido funcionario del Ayuntamiento: un Regidor, del cual lamentablemente no se distingue su nombre, que había sido comisionado como defensor del reo. El tono intimista de los párrafos sorprende al doctor López, lo atrapa al instante y lo sume en la lectura sin tregua.

«La Sala Capitular del Ayuntamiento había sido ornamentada con motivo de la solemne ocasión. No todos los días se presenta a los pobladores y funcionarios de esta campaña, convite tan particular. Dentro de la sala se respira un aire ligeramente mohoso, sin dudas por la humedad que conservan las recientemente levantadas paredes de ladrillo calicanto y barro, donde antes se emplazaban las de adobe. En el centro, el asiento de dosel constituye el único signo de la máxima jerarquía de aquél cuyas posaderas entibia. Distínguele, por sobresaliente, la elegancia al Alcalde. A su espalda, cuelga un gran pendón con el escudo de armas del Virreynato del Río de la Plata bordado en lanas de colores, sobre paño de bayeta. A un costado, el escribano: hombre zafio, grueso

y paticorto, de allí para acá, solemne debido a su casaca cuyo largo le cubre convenientemente las corvas. En primera fila, acomodado en silla digna, reposa el deán. Luce pulcro en su casulla bordada, bajo la cual tiene a buen resguardo una botellita de agua sacra, por si acaso sea menester. Menores en galas: el querellante ofendido y los testigos ofrecidos. Descontadas las personas principales, los pobladores ocupan la totalidad de hileras de bancos de madera y cada rincón del interior, los solares y la galería exterior, para no perder detalle de los acontecimientos.

A poco de haber dado comienzo a las diligencias de prueba, el aire se torna un tufo espeso dentro del recinto. Los testimonios se suceden, mas no ameritan la meditación profunda. Los más: sólo lenguas que escupen resentimiento contra el gitano, por su calidad inferior, o por la superior de ella, “la María”, y su natural desaire. Los menos: excusan al mozuelo por su lamentable vida de trajinero, su escaso estipendio y su poca comprensión de los asuntos de los buenos señores.

—“*iSepa Vuesa Merced, que no le alberga mala voluntad mi corazón, pero mejor se estaría el mal entretenido en manos de los frailes!*”—clama uno de los vecinos.

—“*Que ha sido cosa de obrado gualicho! Debería darse intervención a autoridad en conjurados, puesto que es sabido que el gitano entró por asalto al aposento de la niña María, y del suceso, ningún aviso. iNi un graznido del loro, ni chillido de cotorras! iVoto al bendito, por sanación, puesto que la niña tiene la mirada perdida, y apenas prueba pitanza desde entonces!*”, —repuso, entre lágrimas, la mujer que antes era su nana.

Reverbera entre las paredes de la sala el murmullo de los presentes cuando es traído el reo desde la celda continua. Las manos grilladas y las ropas raídas. Sin dudas reclama reparación de la buena la ignominia, ipuesto que la ruindad de la azotaina no se lava con lejía! En depósito han quedado confiscados su overo manso, su montura, un trabuco y cuchillos de trabajo. Con voz grave, el mozo replica los cargos que se le imputan: Dice que sí, que estuvo esa noche aciaga en el aposento de “la María”. Que quería hablarle para que entrara en razón, pero ella se negó y le rogó que se fuera. Que lo suyo no fue un acierto, no lo pensó al menundo como lo piensa ahora, puesto que andaba pasado de juergas y ginebra; jura que nada tomó del aposento, ni nada sabe de la desaparición de la bisutería mentada. Don Jaime, el prometido, tiene tensos los músculos de la quijada. Se rasca la barba. No puede disimular su desprecio por el gitano. En su cuello erguido se evidencia un aleteo serpenteante, es renor que con rauda saliva traga una y otra vez. A una señal suya, dos mujeres se llevan escoltada a la niña María que llora en forma convulsa, enredán-

dosele los pies con el amplio faldón. ¡El asunto no huele bien! Parece más un entuerto de honores y posesiones, y no siempre el que sospecha acierta. ¡Que más querrían algunos!, por esto de que a río revuelto, ganancia del que pesca. Se insinúa por lo bajo que la pieza perdida no estaría tal, sino que la misma ya habría encontrado ubicación. Ello por beneficio de las intrincadas redes de contrabando con las que el comerciante trata, a vista y sabiendas de los funcionarios presentes.

El sol ha empezado su descenso, lento, hacia el cenit. Ya casi es hora de la novena, y dos sirvientes se apuran a encender las velas de los fanales. Los concurrentes están visiblemente cansados; y, sin embargo, nadie habrá de moverse de su lugar hasta que no concluyan las diligencias del sumario, que luego será remitido para su veredicto al Cabildo de la Villa de Luján, donde este servidor habrá de completar su comisión.

Muchos fueron traídos por el cotilleo, y la expectación de un espectáculo gratuito. Otros, conmovidos, comparten la íntima convicción de estar en la procura de un bien elevado. ¡Con cuánta solemnidad los ceños adustos trabajan por restablecer el orden público! ¡Con cuánta seriedad buscan el consenso de sus pares, el sometimiento de los que malviven, y la confianza de los desafortunados! Es una fuerza invisible, fuerte como un cordel, la que une a este puñado de personas que en el yermo se ciñen a las formas de instituciones imberbes, y aceptan las garantías de los otros, por el beneplácito de la reciprocidad futura. Todos esperan que se haga presente, atraída por la convocatoria y por efecto de magia: la justicia. Que iluminada por las llamas de las velas, finalmente, arroje luz en las mentes y los hechos. ¡Casi puedo verla!, vanidosa, aparecida como saltimbanqui, la atracción principal de un acto de circo. ¡Ojalá no la ciegue el brillo de los doblones tintineantes!, ino la amilane la ignorancia!, ino la doblegue el interés espurio!... ¿Tendrán redención los hombres?....»

El doctor López deja caer sobre su escritorio la última página. Todavía resuena en la estancia el eco de la pregunta que el letrado de antaño escribió en trazo débil, como las patas de un zancudo, como si hubiera tenido que vencer la resistencia a ponerla en negro sobre blanco. ¿Acaso sea un mal presagio?

Se recuesta contra el respaldo de la silla para reflexionar acerca del contenido de los folios. Le toma unos segundos caer en la cuenta del valor de esos párrafos. La pluma de ese Regidor desconocido, con quien comparte el oficio de defender, le ha puesto ante sus ojos, a golpe de tinta y pinceladas luminosas, una escena vívida de otras épocas. De acontecimientos pasados y de gente cuyos pasos hicieron surcos en estas tierras. En clima de charla

Certamen Literario de la Defensoría General de la Nación

íntima, el funcionario había desplegado su fina ironía y puesto foco sobre los hilos invisibles que tiraron de los actores, en una trama social anacrónica. Aún en el presente se pueden vislumbrar los rudimentos del que fue un sistema judicial cercado por las barreras del territorio, los privilegios de clase y dogmas resbalosos. El doctor López comprende lo mucho que socavan ciertas barreras: el prejuicio, la corrupción, el poder. Y aún así, le llega como un soplo constante que atraviesa los siglos: la voluntad y el esfuerzo por mantener apuntalado el andamiaje sobre el cual se apoyan las garantías de los hombres frente a las leyes.

Vuelve a leer las frases del poeta Almafuerte elegidas por su socio, y esta vez ríe con ganas. Su ánimo se relaja y deja que el joven letrado le contagie su entusiasmo. Y por un rato, su esperanza en el mundo, malherida, se apea del lomo de la frustración... ¡Por un largo rato tal vez! «Sin dudas, él hubiera elegido otro de sus párrafos célebres», piensa el letrado. Uno que le gusta porque suena como diana para el espíritu, y que dice algo así como: "... que cuando los hombres sufren el encierro, cual Napoleones pensativos, y no como animales sanguinarios, habrán de buscar las rendijas de su celda, no las llaves..." En fin, algo así, ino lo recuerda bien!, se lamenta fugazmente mientras vuelve a su trabajo.

TERCER PREMIO

-DOCTORA, UN REBELDE-

por Salvador Castro

DOCTORA, UN REBELDE

por Salvador Castro

- I -

J•*Aguarde un momento por favor!* (Dijo la chica de la mesa de entrada). Acababa de llegar un señor circunspecto de cabellos canos y cortos, vestido con un viejo traje negro que olía a naftalina, camisa blanca y corbata azabache con vivos colorados. Un detalle no menor, que llamó la atención al señorito morocho, ataviado a la usanza de "pibe chorro", que portaba contento una gorrita blanca, camiseta de Huracán, un jogging tres tiras, y unas llantas último modelo, y que también esperaba ser atendido por un defensor público. Era que Leónidas Del Rey lucía con orgullo un bigote al mejor estilo Salvador Dalí en sus mejores tiempos, mas sólo conservaba una mitad, la derecha; pintaba la escena bastante rocambolesca. La mesa de entrada de esa defensoría, ubicada a metros del obelisco en el microcentro de la metrópolis porteña, era un lugar arreglado a lo estatal. Tres sillas medio rotas se encontraban apenadas cruzaba la pesada puerta; tenía las paredes escritas con pintadas alusivas a clubes de fútbol de la "B" Nacional, un poco de tierrita, ningún cartel ni nada por el estilo. Tan sólo en la puerta, del lado de afuera, a media altura, había pegada una hoja impresa gastada por los años que rezaba: Defensoría N° 14.

Leónidas, "cabulero" como pocos, había entrado desconfiado al lugar; era la primera vez que afrontaba un juicio penal en su vida, un pesar enorme arrastraba aquel día veraniego del año dos mil tres. Nunca se había imaginado que tendría que recurrir a los servicios prestados por un abogado para pobres.

Él, que había sido el mejor arreglador de zapatos del barrio, que supo tener un buen pasar económico, era un verdadero maestro en el arte de embellecerlos. Pero por esas cosas de la Argentina moderna, tuvo que cerrar el taller de un día para el otro. Así, dejó a medio Almagro sin atractivos zapatos y a su querida Esther vendiendo productos Revlon para juntar el mango diario.

Cuando se retiró la chica de la mesa, y lo dejó junto al morocho quemero, Leónidas se sacó el traje y lo dobló perfectamente sobre su falda. Presumía que como era “algo del Estado” iban a tardar un siglo en atenderlo, pero justamente eso no lo incomodaba. Tomó la revista “Hecho en Buenos Aires”, que minutos antes le había comprado a un linyera que paraba en el Obelisco, y muy tranquilo comenzó a leerla.

De un momento para otro: – *Del Rey* (en voz alta se escuchó). Siempre con su talante sosegado, se paró, tomó lentamente su traje y se lo colocó. – *Sígame por acá* (dijo la chica). Pasó la mesa, caminó unos pocos pasos e ingresó al público despacho.

– *Ahí viene la defensora, tome asiento, ya lo atiende.*

– *Gracias* (dijo Leónidas). Eran las primeras palabras que pronunciaba ese día, curiosamente se había levantado solo. El mismo ritual hizo con el traje. Se sentó sobre una silla giratoria muy nueva, que desentonaba con la humilde decoración de la oficina, y aguardó pacientemente unos minutos. La oficina distaba mucho de “lo estatal”, era impersonal, un poco desarreglada, una parva de libros amontonados en una gran biblioteca, siete cuerpos de un expediente arriba del escritorio. Un cuadro muy grande de Van Gogh, “Los comedores de patatas”, ubicado detrás del escritorio de la defensora, adornaba la escena.

Ingresó María casi corriendo a su despacho, pasó por detrás de Leónidas, lo enfrentó y lo saludó. – *Buenos días, yo soy María, la titular de la defensoría.* Casi cantando, como lo hacía habitualmente, se presentó la magistrada.

– *Buenos días, señorita. Encantado, Leónidas Del Rey a sus órdenes.*

María, esa joven defensora que apenas llevaba cuatro meses al frente de la dependencia, se encontraba de turno con cuatro juzgados de instrucción. Minutos antes la chica de la mesa de entrada le había pasado el reporte diario, y por suerte tenía sólo dos detenidos para indagar y una rueda de reconocimientos.

En la mesa de su despacho la realidad era otra, le había quedado bastante firma pendiente del día anterior. Aquella circunstancia la ponía un poco nerviosa, había cosas para ver que tenían plazo y había que sacarlas con la urgencia que caracteriza los tiempos que se manejan para quienes trabajan en la etapa de instrucción. Por eso, cuando se presentó ante Leónidas, apenas un saludo seco le brindó, y, en un santiamén, se puso a leer las fotocopias de la causa del justiciable que tenía al lado de su taza ya fría de café.

El rictus de Leónidas era siempre el mismo, tal vez un poco parco para la ocasión. Cuando la defensora empezó a leer y a desentrañar de qué se trataba la imputación, levantó la vista para comenzar a explicarle los pasos a seguir, y recién allí, luego de unos pocos segundos, se dio cuenta de la extrañeza que poseía en su rostro el imputado. Hizo de cuenta que no pasaba nada y siguió leyendo muy rápido las copias del expediente. A todo esto Leónidas, cual señor inglés, inmutable, apreciaba de reojo el cuadro hecho por el hombre al que le faltaba una oreja.

– *Ajá, esta denuncia se la hizo su mujer* (dijo la defensora).

– *Así es* (contestó Leónidas).

– *Bueno, la denuncia la realizó la señora Esther Marcovecchio el mes pasado en la Oficina de Violencia Doméstica, en la que lo acusa de haberle propinado un golpe de puño en la cara, y, en consecuencia, de haberle fracturado la nariz; en fin, del delito de lesiones graves, porque tarda más de un mes en curarse.* (Leónidas seguía escuchando atentamente las palabras de su defensora).

Tenemos, también, unas amenazas que usted le habría proferido a ella, pero son cosas menores. Vamos a centrarnos en la pelea. Recuerde que soy su defensora, que todo lo que diga queda dentro de estas cuatro paredes y que estoy para ayudarlo. ¿Quiere decirme algo?

Leónidas, con gesto hosco, replicó:

– *Es una larga historia señorita, pero bueno, dígame por dónde quiere que empiece.*

– *Relátame cómo fueron los hechos, ¿discutió, le pegó, se separó, viven juntos ahora?*

Antes de comenzar a hablar, Leónidas se acarició suavemente en vaivén su medio mostacho y, con una retórica digna de admiración, en un tono suave y ameno, principió su relato: *Nuestra gran Nación siempre ha sido manipulada por los grupos dominantes de poder, integrado en su elenco por títeres malinchistas que representan su guiñol al mejor postor. Hacen sus negociados a costa de la función pública y manipularon a la Argentina a diestra y siniestra, siempre alejados de los intereses populares, del bienestar general que propugna nuestra Carta Magna, sabia expresión de aquellos protopatriotas de 1853. Con los años he aprendido que las luchas del pueblo han sido en vano; siempre muertes y sufrimiento de nuestro lado, al mismo que tiempo que esos indeseables saboreaban pizza con risas de Barón B. No pretendo ser jactancioso, pero dicen que fui el mejor za-*

Certamen Literario de la Defensoría General de la Nación

patero del barrio de Almagro, oficio que me legó mi padre que le escapó a la dictadura franquista, una Pascua del año 1944. (La defensora miraba, no decía nada, y dejaba que continuara con su descargo). Nunca tuve hijos, sí una buena mujer, no me pregunte por qué no a los retoños, sinceramente aún no lo sé. Mi señora era docente de una escuela primaria ubicada en Wilde, Provincia de Buenos Aires; trabajaba de sol a sol, y no llegaba a juntar ni la décima parte de lo que yo ganaba mensualmente con mi caro oficio. Pateo de lejos la beodez, mas soy amante del rico vino. Confieso que alguna vez me excedí, nunca tomé pastillas y esas cosas, pero supongo que hoy las necesitaría. (Los gestos de Leónidas eran tristes, sus ojos a esta altura se tornaban llorosos, toda la firmeza que tenía al entrar en la defensoría se le habían ido al diablo, decía frases coherentes e interesantes pero desconectadas unas con las otras. La defensora, muy atenta).

Esta maldita crisis, que atraviesa el alma de mis correligionarios y perfora mi mente en dos partes, hizo que no pudiera seguir comprando nunca más el buen vino al que estaba acostumbrado, que mi mujer se maquillara con productos de cuarta categoría, que me sentara a contemplar la máquina pegadora de calzados "Guernica", y escuchara cuando me contaba cómo fueron nuestros años de gloria cuando en mi Nación había pleno empleo. (María, internamente pensaba la posibilidad de pedirle un 34 CP, y continuaba escuchando con la misma atención del comienzo a su asistido).

Entonó Leónidas: *¿Te acordás Guernica, cuando sólo teníamos tiempo para escuchar el noticioso de la radio Spika del tata, de 12.00 a 12.30, y reíamos a carcajadas con los chistes del mejor Amigo de Garrik?... ¿Te acordás, hermano? ¡Qué tiempos aquellos...! Eran todos hombres, más hombres los nuestros. No se conocía cocó ni morfina; los muchachos de antes no usaban gomina... (María que no escuchaba tango desde la época en que vivía con a sus padres, se acordó que la última frase bien cantada por Leónidas no era parte de su relato espontáneo y lo interrumpió).*

– ¡Espere! Señor Del Rey, muy interesante el análisis histórico macro político del país, mucho más lindo el tango aún pero, céntrese en lo que le acababa de decir, mejor dicho, ¿qué pasó con su mujer?

– Ah sí, disculpe doctora, le pégue porque me cortó el bigote. (espetó sin miramientos Leónidas). María, atónita, no se esperaba la confesión y dejó que siguiera con su relato. Este bozo, antes de ser vilipendiado por una férmina descorazonada, era mi atavismo mismo.

Leónidas extrajo del bolsillo interno izquierdo de su talego

una billetera marrón, desgastada, y le mostró una foto carnet blanco y negro de su padre. Era igualito a él, la única diferencia: el bigote reluciente, entero e impecable.

– *¡A ver! Señor Del Rey, usted ahora tiene que ir a declarar ante un juez. Es muy factible que un empleado le tome declaración indagatoria. Le va a preguntar sus datos personales, lo va a poner en conocimiento del hecho que se le imputa, esto se llama intimación; le recuerdo, las lesiones a Esther. Le va a decir cuáles son las pruebas que hay en su contra. Eh... (María las lee del requerimiento fiscal) Que son: las dos declaraciones testimoniales de Esther, el informe de los psicólogos de la Oficina de Violencia Doméstica y el peritaje del Cuerpo Médico Forense. Por último, le preguntará si va a declarar o no, esto es, que tiene el derecho de negarse a hacerlo sin que ello sea presunción en su contra. En las discusiones y en la agresión, ¿hubo algún testigo? (Indagó María).*

– *Sí, pero no clama, doctora; el pequeño Azaña siempre estuvo de mi lado.*

– *¿Es el perro, supongo?*

– *Sí, sí, sí. (Respondió Leónidas)*

María intentó explicarle que con las lesiones acreditadas, las dos declaraciones de la mujer y el perro de testigo, lo mejor que le convendría hacer era negarse a declarar. Leónidas quería asumir toda la responsabilidad, estaba convencido de que debía purgar la pena, pero que en ese asunto, su violento accionar estaba plenamente justificado.

– II –

Leónidas, cuando sus bolsillos se deshilachaban porque los fajos de billetes bien ganados en la *Belle Époque* los molían, no tuvo mejor idea, con la finalidad de que su mujer se olvidase de las tareas domésticas y alivianarle lo que él consideraba eran obligaciones impostergables de las amas de casa, que contratar a una señorita muy bella, oriunda del Paraguay, para que labrarse en su hogar. Al principio, una vez por semana, para hacer una limpieza profunda. Luego, Constanza empezó a ir tres veces por semana. No había mucho que limpiar, entonces comenzó a cocinar, y a hacerle favores personales a Leónidas. Desde ir a comprarle talco Dr. Scholl a la pedicura, hasta llevar los zapatos terminados al hogar de los clientes; mientras su Esther permanecía bien lejos, en la escuela. Sin embargo, Leónidas, rey

de la situación, iba acosando cada vez más a la joven esbelta de origen guaraní, haciendo las veces de froteurista juvenil. En otros momentos, cuando ella se percataba de la extraña sensación, se daba vuelta y miraba furiosamente a Leónidas. Ante ello, él ponía la mejor cara de “yo no fui”. Con el paso del tiempo, y siempre que Esther viajaba a Wilde, los roces se hicieron más promiscuos, hasta que un día, luego de tomar unas cuantas copas de vino con Guernica, Leónidas se propasó.

Un día de lluvia en el que estaban a solas, mientras Constanza lavaba los platos, Leónidas se acercó lentamente por detrás, apoyó su prominencia sobre el trasero de ella. La chica seguía “como si nada”. Del Rey empezó a besarle la oreja, bajó lentamente hasta el cuello, luego los hombros. De buenas a primeras, le bajó la minifalda. Constanza, que no tenía un pelo de zonza, se dio vuelta y le revoleó una sartén recién lavada por la cabeza. Leónidas cayó desplomado al piso y comenzó a sangrar a borbotones. Constanza se subió la minifalda, agarró sus cosas y se marchó.

- III -

– Doctora, hay una rueda con un detenido, abajo. Ya están los testigos abajo esperando– (interrumpió la chica de la mesa de entrada).

María, ya muy ducha con este tipo de situación y pensando que lo mejor era pedir una postergación de la audiencia para ver que convendría hacer con el susodicho, le preguntó:

– ¿Fuimos notificados de la rueda?

– No, llamaron hoy por teléfono; es una causa del turno de abril y el imputado cayó ayer por la noche.

– ¿Adrián está? (Preguntó por el secretario, enseguida recordó que estaba en la Unidad 20 y refunfuñando al aire dijo: Nunca hay nadie en esta defensoría... Continuó: Bueno, deciles que en quince estaré en la Unidad 28.

– Ok, doctora.

A todo esto Leónidas, con los ojos volcados hacia “Los Comedores de Patatas”, pensaba para sus adentros en aquellos tiempos de oro de la zapatería.

Se levantó María, se disculpó con Leónidas y le explicó que tenía que estar en una rueda con detenidos, y que eso

era una prioridad para la defensa pública. Leónidas escuchaba dispuesto las palabras de la defensora; también se paró, tomó su saco, lo dobló perfectamente sobre su antebrazo derecho, y se dieron la mano. María tomó su cartera, una carpeta negra y disparó hacia la rueda.

La defensoría, con su trajín diario: detenidos, indagatorias, ruedas, notificaciones en el acto, prosecutarios de ayer que faltaban cada dos por cuatro por motivos de salud, en los que pareciera que los virus atacasen con más ensañamiento los días lunes. Y así seguía girando la rueda.

- IV -

A Leónidas, rey del zapato, la suerte le cambió por completo. Cobró una jugosa herencia de una lejana tía navarra. Aburguesó sus hábitos, se dejó atraer por la luxuria efímera del euro, mudó de departamento a uno muchísimo más confortable por cierto. Comenzó a frecuentar chicas jóvenes de la noche recoleta, y dejaba mucha propina en los bares. De su esposa, un espejo en añicos, nunca más supo. Al principio, ella, a través de abogados que le cobraban ingentes sumas de dinero para iniciar una separación, comenzó a rastrearlo, pero no lo encontraba. Entonces desistió, y continuó con su vida dura de maestra en aquella escuela media de provincia.

No todo fue parranda para Del Rey, el elixir del capital hizo que se desentendiera fácilmente de aquella causa penal; en su memoria no figuraba el paso por la defensoría. Quiso cruzar el charco con una bataclana de Vicente López y Junín para barloventear un fin de semana por la costa oriental; mas un prefecto de tupido bigote, al momento de hacer los trámites de migraciones, le dijo lo que no se esperaba. El prefecto Correa soltó:

– *Señor, usted no puede salir del país, tiene un pedido de captura vigente por una causa de...*

– *Déjelo ahí nomás muchacho.* (Dijo Leónidas respetuosamente). Sin embargo su corazón se empezaba a desangrar, sus recuerdos a revivir.

Inició así todo el derrotero policial-judicial; una oficina por aquí, el pianito por allí, un móvil que lo trasladó hacia la Unidad 28. Ingresó a un cuarto deshecho por donde se lo mirara, lúgubre y frío, en el que los muchachos se regodeaban para ver qué

podían “pedirle prestado”. Leónidas se sentó en el piso contra la pared, un mundo de elucubraciones comenzaba a perturbar su infesta estadía en aquella unidad penitenciaria de tránsito. Su Esther del alma, sus plácidos diálogos con Guernica, aquella desventura con la muchacha paraguaya, sus noches de *pris* con más de una veinteañera. Por primera vez, lloró en público. ¡Y qué público! A los muchachos esas lágrimas no les despertaban ninguna compasión. Fueron por su reloj, por su camisa aromada con el perfume más vendido del free-shop y demás. Al Rey no le importaba a esa altura lo material, quería ser el de antes. Era demasiado tarde, quería volver a componer sus queridos zapatos, añoraba con ser la fiel imagen de su padre. Recordaba matear con Esther, llevarla a la Confitería Ideal y remozar esos sueños rotos. Su pecho frío era un río de lágrimas.

– *Doctora, hay un rebelde para indagar, está arriba ya.* (Dijo la chica de la mesa de entrada).

– *Otra vez lo mismo. Bueno, va a tener que esperar, quién dijo que lo subieran, tengo una pila de firma para sacar, y encima otra vez estoy sola.* (Embroncada vociferaba la doctora).

– *Lo tienen ahí ya, y estoy con el sumariante al teléfono* (ultimó la chica).

– *Deciles que voy en quince minutos–* (gritó María).

La doctora, como era su costumbre, entró por el gran portón verde, saludó amablemente a todos los penitenciarios, pidió la boleta. La llevó hacia el otro sector de la unidad donde están los detenidos que esperan ser llevados ante un juez, según marca la ley.

– *¿Cómo le va, doctora? Usted siempre lo mismo. ¡No para nunca, eh!–* (sonriendo saludó el oficial de 5ta, Barrios)

– *Así es la defensa. Tomá, ¿me traés a éste, por favor?*

Barrios le mostró la boleta a un camarada suyo, y éste acotó:

– *Uh sí, el señor raro, aguarde un segundito que enseguida se lo traigo.*

María se dirigió al sector de entrevistas, sacó la carpeta y la ficha, comenzó a leer rápidamente las fotocopias de atrás para adelante como era su costumbre. No recordaba ni por casualidad quién era ese contumaz de la justicia, ni mucho menos el hecho que se le imputaba.

– *Por allá.* (Con voz ronca, le señaló el camino a Del Rey, un penitenciario).

La defensora terminó de hojear las copias y miró a la persona que le habían traído, de buenas a primeras quedó estupefacta por la espantosa imagen que se presentaba delante de sus ojos. Demoró unos segundos en reconocerlo, vio una figura pálida, sombría, un espectro sin alma y sin remera. “¿Qué le habrá pasado a este buen hombre?”, discurrió para sí. Fugazmente, bajó su mirada hacia la ficha, leyó el nombre del imputado. De nuevo levantó sus ojos y observó atentamente al rebelde, que ya no tenía ni medio bigote.

MENCIONES

-GUINEA BISSAU-

Argentato, Juan Pablo

-ARREGLANDO PLEITOS-

Clavijo, Ildefonso Guillermo

-EL CEDRÓN-

De Llano, Hernán Gustavo

-TOCAR AL SOL-

Farías, Diego Hernán

-LA VERDAD-

Gavilán, Miguel Angel

-TODOS SON ARAOZ-

Ibarra, Javier Aníbal

-LA PELEA DEL SIGLO-

Janza, Fernando

-EL DEVUELTO-

López, Santiago Alberto

-ALGO EN COMÚN-

Marino Aguirre, Santiago

-EL PEOR ALEGATO DEL DR. ANASTASIO RAMÍREZ-

Marino Aguirre, Santiago

-PERO NO-

Mendos, Lucas Ramón

-OTRA VISITA CARCELARIA-

Micucci, Aníbal

-EL CRIMEN QUE NO FUE-

Picozzi, Roberto

-DEFENSA DE OFICIO-

Tornielli, Pablo

-ENTREVISTA PREVIA-

Vaccaro, Luciano Martín

-ELIPSIS-

Vallone, Fernando Aníbal

GUINEA BISSAU

por Juan Pablo Argentato

*“Si pudiera vivir nuevamente mi vida,
en la próxima trataría de cometer más errores.”¹*

Cuando te querés acordar y abrís los ojos, la vida ya te pasó por delante. Todo esto en un instante, y fue hace mucho tiempo. Cierro los ojos y estoy de nuevo ahí, unos años después de los setenta. Pero para qué empezar contando el lugar donde estoy con los ojos cerrados, cuando puedo empezar por el principio, abriendo los ojos.

En el colegio me gustaba pelearme con los profesores, no para hacerlos enojar, sino para defender a mis compañeros. Incluso con la profesora de Lengua, una de las mejores, que cuando le pedí una carta de recomendación para la facultad de Derecho, me preguntó: “¿Vos a quién vas a defender, a los buenos o a los malos?”.

No supe qué contestarle en ese momento; ella sabía que la respuesta había que conocerla antes de empezar la carrera, pero en ese entonces me interesaba más la plata, y para eso había que defender a los malos. Hoy en día le respondería que a todos, porque incluso los peores se merecen sólo la pena que les corresponde. Eso lo aprendí más tarde, por muy simple que parezca.

Cierro los ojos y, entonces sí, estoy a punto de terminar la facultad, y estoy perdido, de intercambio en París, en otra universidad que no es ni La Sorbonne ni tampoco la que algunos comentarán como la mejor en Derecho, Paris II Assas. Tengo amigos de muchos lugares del mundo, sólo como excepción conocí a los parisinos; y no sé muchas cosas, entre ellas, que volveré a tener alguna novedad de la mayoría de todos ellos sólo de vez en cuan-

¹ Poema «Instantes» atribuido a Jorge Luis Borges, pero cuyo real autor sería Don Herold o Nadine Stair.

Certamen Literario de la Defensoría General de la Nación

do, y de una chica, el resto de mi vida. Tantas veces dicho por los franceses, “*C'est la vie*”, había acertado una rumana. Tampoco sabía que al año siguiente estaría de vuelta en Francia; pero, con la esperanza de concentrarme en el área de Derechos Humanos, pude conseguir -a través de un amigo italiano-, un contacto con una asociación en el pueblo de Catio, adonde iría a parar por un mes en mis vacaciones de verano europeo.

Tras pasar por Madrid, Lisboa y Bissau, llego al pueblo de Catio. La gente del pueblo del sur es tranquila, viven en un costado del África, sin mucho más que eso. Fue una de las mejores experiencias de mi vida, trabajo duro, fútbol, misa. La gente era pacífica, el Padre de la misión trataba de transmitir paz, justicia y esperanza, y Güido, un voluntario que trabajaba en la misión, trataba. Sin perjuicio de eso, en el transcurso de ese mes habría elecciones en el país: habían matado al presidente y, sin poder controlar el país, los militares habían llamado a elecciones. Llegaron observadores de las Naciones Unidas y de otros organismos internacionales para supervisar.

Una de esas mañanas de levantarnos al alba para ir a trabajar la tierra, tuvimos la noticia del asesinato de un guinense en la capital, amigo del voluntario de la misión. Es cierto que en las capitales la violencia crece, la dignidad de las personas desaparece, y todos volvemos a convertirnos en animales. Fue con un cuchillo después de una pelea a la noche; los hechos nunca fueron claros, las circunstancias, inciertas. Güido salió en auto para la capital y volvió cerca de la tarde con el asesino a bordo. En una tierra de justicia por mano propia, si al asesino no lo sacaban de la capital, lo asesinaban. Tal vez ése era su destino, tal vez lo fue. Sin embargo, la familia se lo encomendó al italiano y éste lo dejó en la comisaría del pueblo, todavía vestido con las manchas de sangre.

Al día siguiente, fuimos a ver al detenido en la cárcel. Para ese entonces ya no tenía ropa, dormía o agonizaba sobre una rueda de un camión que le servía de cama, parecía haber estado en medio de un terremoto por los golpes que tenía en la cara y la concentración de mosquitos alrededor, y sin embargo no había salido de la celda. El Padre preguntó por única vez qué había pasado y le advirtieron no volver a poner un pie en la cárcel –no lo dejarían volver. Comida o agua no había, así que esa tarde volvimos a llevarle algo, con dos botellas de agua fría.

Al dar vuelta a la manzana, la estaban tomando los guardias en la entrada del lugar, mientras jugaban a las cartas.

Esa noche en la mesa para cenar, éramos cuatro. Después de la cena le dijimos al observador de las Naciones Unidas que se alojaba en la misión:

– Fernando, no vas a creer lo que está pasando con el pibe que está en la cárcel.

– ¿Qué pibe? –contestó

– El que mató al amigo de Güido, que esta acá en la cárcel de Catio -agregué mientras miraba a Güido, que no decía una palabra- Lo van a terminar matando, hay que hacer algo.

– Te explico una cosa -me dijo mirándolo a Güido-, ése que está ahí se merece morir.

– *iChe bastardo!*- alcanzó a decir Güido, levantándose de la mesa.

– Y el que tiene que hacer algo sos vos -continuó el representante que unía naciones-: irte de este país. ¡A quién se le ocurre venir a este infierno de vacaciones!

Con el Padre levantamos la mesa sin decir palabra, tiramos los restos, guardamos arroz y pescado, y limpiamos los cuatro platos. Volvió Güido y le preguntó al padre en un perfecto italiano cuya traducción más literal sería la siguiente:

– *¿iQué carajo hacemos ahora?!*

– Vamos a buscarnos- pensé, pero no sé si lo dije. Sin dudas sería una equivocación ir a buscarnos en medio de la noche.

– Mañana temprano vamos, y como lo trajimos, lo sacamos- dijo el Padre, sabiendo que ir de vuelta al lugar podía costarle la misión o la vida. Ya se lo habían advertido.

Esa noche no podía dormir aunque ya era tarde. Seguí la costumbre del viajero que adquirí en Guinea -y enterré allí, nunca más tuve lo que algunos llaman tiempo- de escribir todas las noches. Me impresioné por lo que uno llega a escribir, que se pierde si sólo queda *in pensieri*:

20 de julio.

Noche de calor

y de pensamientos

¿qué hacer mañana?

Certamen Literario de la Defensoría General de la Nación

*¿qué decir o cómo dormir
sabiendo lo que sé?
Hay alguien torturado,
que sufre y no está lejos.*

Caminando a la izquierda hasta llegar a las canchas de fútbol y atravesarlas en diagonal, pasando por el viejo tanque de agua abandonado con los chicos arriba de día. Seguir por la calle del fondo del terreno a la izquierda hasta un bar rosa donde la cerveza vale 500 francos y tomar la calle de la izquierda otra vez. Pasar por la cancha de fútbol (la principal) con el monumento en uno de los costados donde se juega el campeonato en estos días todos los días hasta que termine. Pasar finalmente por la puerta de la Iglesia también principal, la Catedral en remodelación donde de día cuatro o cinco trabajadores discuten o duermen. Aprovechar para rezar una oración antes de llegar al cuartel de tortura, en la esquina siguiente a la Iglesia, a la derecha. De día siempre hay cuatro o cinco policías en la puerta tomando algo o jugando con la vida de alguien, y adentro habrían más (dijo alguien).

*Toda esta gente la encontrás de día,
pero ahora es de noche.*

*Igualmente, por el camino
se escuchan los gritos
“Branco” de los chicos de la torre de agua,
“Paulo” de la cancha de fútbol,
Los sonidos se mezclan al pasar por el árbol sagrado.*

*Ruido de la cancha de fútbol,
del mercado y de la plaza,
la discusión y las campanas de la Iglesia
y el grito de muerte.*

*De dolor y sufrimiento,
que sólo es pasajero,
hasta llegar al cielo,
otros hasta el infierno.*

Al alba del día siguiente, pan con azúcar y café, y llegamos a la puerta de la cárcel, pero estaba cerrada. Cuando abrieron des-

pués de unas horas ya no quedaban rastros del reo, y nadie se acordaba de haberlo visto aun cuando había estado ahí ayer. En los registros no figuraba ningún preso en los últimos tres meses. Un vecino dijo que lo vinieron a buscar al anochecer del día anterior, con la comisaría cerrada, y que lo sacaron por la fuerza.

Volvimos a la misión, y lo único que dijo el Padre antes de ir a trabajar fue:

– Olvídense.

– A más de uno se lo comieron por cosas como éstas -me dice Güido por lo bajo- Los de una ONG atropellaron a un local en las rutas del norte del país, los cortaron en pedazos y se los comieron. A éste quién sabe lo que le pasó...

Abro los ojos y no sé cómo llegué hasta este punto, pero sé que me falta poco para terminar de vivir. Después de África llegué a Roma sin una moneda, peso, lira, euro o lo que fuera. Mi familia me mandó plata, seguí viaje, volví a Buenos Aires a recibirme. Volví a París para hacer una maestría y, finalmente, volví a mi ciudad natal por un tiempo para trabajar. Quién sabe hasta cuándo. Hasta donde tengo memoria, el cura y Güido la seguían luchando; yo también sigo, pero en realidad fui vencido en mi primera batalla para siempre, y esa espina es la que no me deja descansar hasta el día de hoy. Por eso sigo trabajando sin tomarme una noche de descanso; sé que mañana ya será tarde para hacer lo que tendría que haber hecho hoy.

ARREGLANDO PLEITOS...

por Ildefonso Guillermo Clavijo

No se había asomado Alfonsín al balcón en Semana Santa para avisar que la casa estaba en orden, cuando Delia y Alberto se reunieron en el café frente al juzgado.

Les costó conseguir mesa porque en el horario de atención de tribunales, el “Foro”, como se llamaba aquel café, estaba siempre lleno.

Los abogados, que hacían de aquel salón casi una extensión de su oficina, entraban y salían apurados con expedientes bajo el brazo.

El lugar olía a tabaco y a café recién molido. Las conversaciones se animaban sobre las mesitas de hierro y mármol redondo, y en el rumor de fondo nunca faltaba algún debate altisonante mezcla de falsa ética con hipocresía.

En la barra de madera, el cajero ayudaba a los mozos con el cambio.

Cuando Alberto pidió un café llamó al mozo por su nombre, tal como lo hacían los clientes del lugar. Uno de ellos respondió: “¿Doctor, qué necesita?”. Esa costumbre hacía del “Foro” un lugar diferente a los demás.

Delia representaba a Jorge, un gendarme que fue retirado de la fuerza por incapacidad total y permanente. Alberto abogaba por la Compañía Aseguradora del Estado.

Alberto no era un asiduo concurrente a ese café, pero coincidió en juntarse allí con Delia porque era el lugar ideal para reunirse, un campo neutral por excelencia.

Por aquel entonces Alberto estaba agobiado por la cantidad de causas que le había asignado la Compañía, los horarios de audiencia se le superponían. Se lo veía correr desde un juzgado a otro mascullando contra los “desubicados” de siempre, aquellos de preguntas absurdas que prolongan sin sentido las audiencias.

Certamen Literario de la Defensoría General de la Nación

Me había comentado que quería aprovechar Semana Santa, aunque más no fuera para dormir bien, sin la angustia cotidiana de los plazos.

El juicio en el que él era contraparte con Delia, el del gendarme, para él estaba perdido. Pero además lo perturbaba, quería sacárselo de encima, le molestaba tenerlo en la cabeza, y el trámite de transarlo le parecía sencillo. Tanto Delia como Alberto tenían pautas claras sobre el monto, las costas y la forma de pago. Sin embargo, algo complicaba aquel asunto, tal vez algún fantasma colado por la historia (o la memoria).

Recuerdo que Delia arrancó hábilmente y dijo: “No perdamos más tiempo, este juicio lo vas a perder, la pericia fue muy clara, las cosas que le obligaron hacer a Jorge en Tucumán fueron la causa de su incapacidad. Él no tuvo otra posibilidad más que obedecer”. A lo que Alberto le respondió, muy seco: “Creo que arreglar y facilitarle la indemnización, sin discutir más a fondo el asunto, sería premiar a quien se prestó a cumplir órdenes aberrantes. Las lágrimas actuales no son más que las del cocodrilo. Por lo que deberíamos seguir litigando”

Para Delia la repuesta fue inesperada. Ella creyó que, al compartir con Alberto la misma especialidad y litigar ante el mismo fuero, su mirada sobre el caso era cercana. Después de todo, ambos eran profesionales, y este asunto, el cobro del beneficio de un siniestro, era un caso más, de eso justamente se trataba. Al tribunal no le tocaba juzgar la conducta de Jorge, sólo tenía que pronunciarse sobre la incapacidad y el derecho que pudiera corresponderle al beneficio del seguro.

Delia consideró absurda la respuesta, y pensó por un instante que tal vez las frecuentes noticias de militares rebeldes ante los tribunales en esos días, más la tensión política generada entre el gobierno y el ejército, podrían haber influido sobre el ánimo de Alberto.

Delia siempre vivió en San Juan, se había recibido en la Facultad de Derecho local, de la Universidad Católica de Cuyo. Su vida había transcurrido en aquella ciudad, aislada cual oasis en medio del desierto. Su hogar fue el de sus padres hasta su casamiento, por lo que quedó distante de los disturbios políticos de los años 70.

Alberto, en cambio, dejó su casa y su provincia siendo adolescente. Ingresó en la Universidad Nacional de Córdoba en

1969. Le tocó vivir solo, en la que sin duda fue una ciudad violenta. Creció y se preservó sin más tutela que su instinto, en medio de las revueltas obreras y estudiantiles de aquel tiempo.

Recuerdo que Alberto me contó cómo fueron sus primeros pasos en la Universidad, de aquel examen de ingreso que el rector suspendió por las protestas, de las paredes del lugar donde tendría que haber rendido, con enormes y visibles manchas de sangre de alumnos y docentes apaleados por la Policía en mayo del '68.

“No han limpiado las paredes a propósito” me decía, “por las mismas razones que generaron caos con los gases lacrimógenos el día en que fui a rendir”. Pensaba que era una mezcla de advertencia y bienvenida. Una premonición de lo que seguiría después.

Delia, no obstante la seca repuesta de Alberto, insistió tratando de convencerlo: “Mirá Alberto, Jorge es un buen tipo, nadie a quien no le atormente la conciencia por el sufrimiento causado a otros, tendría arrepentimiento. Date cuenta del estado perdido en que se encuentra. Es un criollo de Calingasta, un patriota, un hombre cabal que se ha jugado la vida”.

Alberto esta vez no respondió. Se quedó repentinamente en silencio. Detrás de las palabras de Delia advertía un reproche. Sentía que veladamente lo acusaba de discriminar a criollos, a uniformados y a patriotas.

En realidad Alberto nunca tuvo prejuicios contra los gendarmes. Los había frecuentado de niño, cuando con su padre y con su hermano incursionaban en la cordillera en aquel viejo jeep Willys, rezago de la guerra.

Admiraba a aquellos hombres simples y silenciosos, conocedores de inescrutables secretos de montaña, todos con rostros marcados por soledades y rigores.

Jorge, el cliente de Delia, no escapaba al tipo. Era el hijo de un arriero de invernadas que había nacido en el puesto de Casas Amarillas, en la estancia de los Roble, donde se junta el Río de Los Patos con el Blanco. Sin escuela cercana, la poca instrucción elemental de Jorge se la debía a aquella maestra que, por temporadas, solían traer los patrones a la estancia.

Cuando el general Onganía le arrebató la presidencia de la Nación a Arturo Illia, se le ocurrió declarar por decreto, que la zona donde Jorge vivía era territorio de reserva de maniobras del Ejército y, aplicando la ley de seguridad de fronteras, expro-

pió a los Roble -por chilenos- la estancia de la que habían sido propietarios desde épocas coloniales. Como ese establecimiento era la única fuente de trabajo, el cese de actividades provocó que la poca gente radicada allí se fuera.

Fue muy triste ver cómo se secaban árboles al no mantenerse las acequias, cómo se desertificaban los campos antes con alfalfa. Las pocas construcciones devenían en ruinas por el abandono. Es más, antes de entregar definitivamente el lugar, aquellos terratenientes le sacaron todo lo que pudieron vender: herramientas, postes, alambrados, hasta cortaron -por su madera- enormes carolinos centenarios.

Fue entonces cuando los padres de Jorge se quedaron sin trabajo. Al no tener otra posibilidad para mantener a su familia, el padre de Jorge se abandonó al alcohol. La madre sufrió callada los arranques de violencia de aquel hombre como si tuviera alguna culpa de tanta decadencia, hasta que un día no supo más de él.

Jorge le había contado a Delia cómo había terminado engañado en la Gendarmería.

Le contó que tenía 15 años cuando quedó solo en el rancho con su madre, y que apenas si sobrevivían a fuerza de comer charqui hecho en guiso. Para eso, ella trabajaba una pequeña huerta y él cazaba alguna liebre con sus galgos.

Era maravilloso ver la habilidad y fidelidad de aquellos tres perros cuando corrían cerro arriba entre las cortantes piedras del arrastre. Iban rodeando a la presa y, cuando lograban atraparla, la bajaban entera entre los dientes y la dejaban a los pies de Jorge. Jadeando por el esfuerzo y hambrientos, allí se quedaban, esperando que Jorge les dejara algún pedazo.

En aquellas inmensidades al pie de los cordones de Ansila y La Ramada, desde que se fueron los Roble sólo permanecían los gendarmes del puesto de Álvarez Condarcó. Era el último control ubicado en el horcajo del arroyo Aldeco con el Río de los Patos, justo allí donde San Martín le ganó un día al paso de la cordillera, al llevar al grueso del Ejército de los Andes por la huella más difícil.

En las temporadas de nevada y de deshielo solía llegar una camioneta de hidráulica con algunos empleados del gobierno de la Provincia, para hacer el aforo de la nieve o de los ríos. La camioneta se quedaba allí, en el puesto de Gendarmería, donde terminaban los caminos y estaban obligados a seguir en mulas cordillera arriba.

Jorge aprovechaba para pedirles una changa y nunca lo dejaban afuera. Es que Jorge había aprendido muchas cosas del campo con su padre. Desde reconocer yuyos hasta ubicar senderos, conocía la zona como la palma de su mano. Tenía oficio para levantar las mulas cuando se empacaban. Esas que tiran la carga y se hacen las muertas. En vez de pegarle con el látigo, Jorge las golpeaba en el hocico con una piedra. Él decía que aunque sangraran, quedaban mejor para seguir.

Por eso los gendarmes del puesto, conocedores de sus habilidades, lo invitaban para que los acompañara en las patrullas. Cuando Jorge cumplió 18 años se enganchó con ellos.

En la Escuela de Gendarmería impresionaba a sus compañeros por su aparente timidez, por sus silencios prolongados y su mirada humilde. Tal vez era la falta de palabras para poder decir las cosas, o no saber qué decir, o quizás ese estar resignado, internado en lo profundo del misterio de la vida.

El duro entrenamiento para todos, para él era una bendición. Por fin vestía y comía como un cristiano.

En febrero de 1975, salió para defender la Patria de la agresión subversiva -sin saber muy bien de qué se trataba aquello- con la X Agrupación de Gendarmería.

Sentía orgulloso el rosario de plástico que le había entregado el Capellán cuando bendijo la tropa. A la cruz del rosario le agregó Jorge un regalo de su madre, una pequeña chacana de piedra que llevaba en el cuello desde niño.

Su destino, según le dijeron, era proteger una escuelita en construcción en Faimallá, provincia de Tucumán, bajo las órdenes directas del Comandante del Operativo Independencia, general Acdel Vila.

Cuando llegaron, Jorge tocó el cielo con las manos. En el comando recibió nada más y nada menos que el saludo personal de la viuda de Perón, la Presidenta, que estaba con su Ministro López Rega.

Tucumán ardía. Los breves gobiernos de Cámpora y Perón no habían podido sofocar el incendio desatado en la Argentina por tanta corrupción, proscripción de la voluntad popular y sucesión de presidentes militares impuestos por la fuerza.

Encima, quienes pretendían emular a la revolución cubana hacía tiempo que habían elegido a Tucumán, por su geogra-

Certamen Literario de la Defensoría General de la Nación

fía, como “su” Sierra Maestra. La mística del Che los alentaba, también desde Madrid y La Habana. Sería la cuna de las primeras experiencias foquistas y de formaciones especiales.

Aquella escuelita que Jorge imaginaba de niño, difería de ésta en la que lo puso su destino. En construcción, cercada por alambrados y ubicada a cuatro cuadras de la plaza de Famaillá y del comando del Operativo Independencia, sobre el camino al ingenio Fronterita, tenía una galería, un patio y cinco aulas cerradas con cortinas de lona y plástico. Allí fue donde Jorge escuchó decir, “... aquí está el comando de la Triple A.”

Para Vila, el comandante, se libraba una “guerra cultural y psicológica”, por lo que las batallas había que ganarlas de noche y de civil en la ciudad de Tucumán, no en el monte.

Un aula, la usaban para descansar, otra era administrativa, dos para guardar prisioneros y la última era la sala de tortura. Siguieron llamándola “Escuelita” pero en los documentos del “área” tenía otro nombre “CCD” -Centro Clandestino de Detención- o “LRD” -Lugar de Reunión de Detenidos-.

En el café, Delia insistía en el acuerdo con Alberto: “Este hombre, patriota y arrepentido, merece cobrar el seguro que le corresponde. ¿Cuántos hay que ni siquiera se plantean que lo que hicieron fue excesivo? Por otra parte, menos mal que los militares terminaron con ellos; aunque hayan actuado fuera de la ley, siguieron órdenes. Toda guerra es dolorosa. Imaginate la Argentina con estos tipos poniendo bombas en todos lados hasta dejarla sin Dios y con un trapo rojo por bandera”.

Alberto la miraba pensativo, no contestaba. La conversación entre ambos ya había entrado en un callejón sin salida.

Jorge no había visto extranjeros entre los zurdos, pero sí norteamericanos en la Escuelita. Ellos habían venido a aprender, supo que eran “Ranger” o “Boinas Verdes” y que ya habían estado antes, en el 68, cuando atraparon a aquellos que empezaban a nombrarse a sí mismos Montoneros o Descamisados. Los otros, los franceses que habían estado en Argelia, eran sin duda las estrellas, los docentes y amigos del Comandante Vila.

Todas las noches traían “elementos subversivos” desde la ciudad de Tucumán a la Escuelita. A los detenidos, los amontonaban en dos aulas. Nada sabían de ellos ni jueces, ni autoridad alguna del gobierno en Tucumán. Duraban poco, después de torturarlos había que hacer lugar a los nuevos, por lo que los

“trasladaban” en helicóptero, tirándolos muertos en el monte.

A las mujeres, primero las ablandaban violándolas. Jorge no estaba muy de acuerdo con ello; pero para él no eran mujeres, eran “bichos colorados”, “elementos” que había que aniquilar tal como lo dijo la Presidenta Isabel ante la formación en el Comando.

Un día ocurrió lo impensable. Aquella subversiva, Juana, se quedó mirándolo a los ojos y le dijo a Jorge: “Te perdonó”. Vaya a saber por qué aquel “elemento” tuvo ese gesto, tal vez nació de él que la miró distinto. Esos ojos tristes, resignados y húmedos ya no eran diferentes de los que lo acariciaban de niño. Instante fugaz y fatal, ése en que Jorge pensó en su madre, quien también lo perdonaba, y el parecido cerró la trampa del destino.

Ni siquiera cuando dejaba Tucumán aquel 28 de agosto de 1975, en el medio de los gritos de sus compañeros por el incendio del Hércules, pudo borrar de su mente esa mirada. Ella lo afectaba más que el recuerdo de los gritos desesperados de sus compañeros quemados en el avión. La imagen de Juana se superponía con la de Raúl, su compatriota, que murió asfixiado por el gas al entrar en el incendio para rescatar a sus compañeros. Juana no se iba, ni cuando el gordo Evaristo le gritaba desesperado, atrapado entre los hierros mientras se quemaba vivo por la bomba de los Montoneros.

En 1976, el general Videla tomó la presidencia, y el Centro Clandestino de Detención o Lugar de Reunión de Detenidos “Escuelita de Faimallá” fue trasladado al Regimiento de Arsenales. Para esa época Jorge ya no podía dormir, por lo que los médicos recomendaron que hiciera tareas de cadete de oficina lejos de los lugares de acción, y no fue para Arsenales.

Tampoco pudo ir a Malvinas. Sufrió al saber de muchos de sus compañeros que cayeron embarcados, bajo el fuego inglés, antes de llegar. Le dolió que la sociedad, que fue indiferente frente al horror de la guerra, cuestionara a los militares por su incapacidad de vencer. Luego llegó la democracia, y con ella los juicios a las juntas militares por todo lo pasado desde 1976; y allí fue cuando lo poco que sostenía a Jorge se terminó de derrumbar.

Su formación militar había basado el ideal de su “yo” en la defensa de Dios, la Patria y el hogar. Según las pericias psicológicas agregadas en el juicio, este ideal que sostenía al “yo” de Jorge se debilitó de tal forma, que le resultó insoportable convivir con los recuerdos. De repente para él los bichos colorados, no fueron

Certamen Literario de la Defensoría General de la Nación

más N.N., adquirieron rostro y nombre, y los “elementos subversivos” dejaron de ser cosas para ser seres humanos. Abuelos, tíos, primos, hermanos preguntaban dónde estaban.

En el café, el diálogo de Alberto con Delia concluyó aquel día sin que pudieran ponerse de acuerdo.

Desde aquella Semana Santa de 1987, pasaron muchas cosas. El memorable discurso de Alfonsín desde el balcón de la Casa Rosada. El acuerdo con los sublevados, luego las leyes de punto final y obediencia debida, incluso la justicia que resolvió el caso por el que se reunían Delia y Alberto en el café. En su sentencia, el Juez dijo que Jorge se había presentado fuera de término, por lo que había prescripto su derecho a cobrar el seguro que demandaba.

Muchos años después, cuando ya había caído el muro de Berlín y pasado el tiempo de la amnistía y del indulto, y hasta se habían vuelto a abrir los juicios por delitos de lesa humanidad a militares amnistiados, Delia y Alberto se encontraron nuevamente en el café. El mismo “Foro” frente a Tribunales.

Se saludaron amablemente, y Delia preguntó: “Alberto, ¿visite el diario de hoy?”

“Sí”, respondió Alberto. “Supongo que tu pregunta es por lo que dicen de Jorge”

En una extensa nota un periodista opinaba sobre los Derechos Humanos, la necesidad de cambiar las políticas de salud mental y terminar con el encierro en los manicomios. Aludía a las graves condiciones de los internados, sobre todo de aquellos pacientes a los que nadie visita por carecer de familia que quiera hacerse cargo. Ponía por ejemplo el caso de Jorge. Un paciente muy manso, que se quedaba largas horas en silencio, cuya ausencia notaron los enfermeros un día de invierno. Lo buscaron sin suerte por los campos desiertos circundantes al hospicio y lo dieron por desaparecido, sin saber de él durante un año, hasta que un tres de mayo unos turistas, que escalaban la Quebrada de Zonda, lo encontraron muerto en una cueva, muy cerca de la cima. Estaba en la misma posición en que conservan la momia del Cerro del Toro en el museo. Desnudo y en cuclillas, apretando contra sus labios una pequeña chacana de piedra agregada en un rosario...

EL CEDRÓN

por Hernan Gustavo De Llano

- Doctor, la cárcel ya no es lo que era. Se perdieron los códigos. Para nosotros, los presos viejos, las cosas no están fáciles. Hoy, por este par de zapatillas son capaces de matarlo a uno. Es la droga, el paco y todas esas porquerías, ¿vio?

La primera vez que vi al Cedrón me di cuenta de que era distinto a los otros detenidos que solían desfilar por esos juzgados. Su aparente tranquilidad, su seguridad ante el primer contacto con sus defensores, la cerrada negativa a reconocerse involucrado en los hechos que se le atribuían, hablaban de alguien acostumbrado a esos trances. A ese trato con abogados desconocidos provistos por el Estado, que en nada se diferenciaban, en las formas, de esos otros abogados que habrían de juzgarlo. El encuentro fue en una sala de uno de los tantos tribunales de la ciudad, con el personal de custodia del servicio penitenciario intentando no perderlo de vista por la puerta apenas entreabierta. “Por razones de seguridad, es un preso difícil”, me dijeron, pese a mis reclamos de novel abogado penalista. Lo habían detenido la noche anterior y las huellas del mal momento se le notaban en la cara. Sus antecedentes daban cuenta de una larga experiencia como protagonista en procesos judiciales. Había recorrido los pasillos de las principales unidades de detención de Buenos Aires: Devoto, Sierra Chica, Olmos. Ganarse su confianza, en esas condiciones, no resultaba sencillo. El caso tampoco ayudaba: había caído en una redada de un domicilio de la provincia de Buenos Aires, donde se habían secuestrado armas, chalecos antibalas de la Policía Federal y autopartes.

- Le digo la verdad, Doctor ¿mire si yo le voy a mentir a usted que es mi abogado? No tengo nada que ver con las cosas que encontraron en mi casa.

Resultaba muy difícil sostener la versión del Cedrón en el expediente. Por cierto, las pruebas no ayudaban. Al escuchar sus palabras recordé mis primeros pasos en la facultad: los in-

terrogantes, dudas, cuestionamientos a los que me enfrentaba en ese tiempo. Probablemente el tema de la verdad haya sido el que más me preocupaba. No por un dilema ético. Sí por lo que yo pensaba que podía resultar una dificultad, no sólo para entablar el vínculo personal y profesional con el asistido, sino también porque podría perjudicar la estrategia de defensa. Además, qué abogado penalista no se ha enfrentado alguna vez a los interrogantes de parientes, amigos o conocidos ocasionales, acerca de si el defendido le dice la verdad a su abogado defensor y, en ese caso, cómo se puede defender (en el amplio concepto) a un culpable sabiendo que lo es? Por suerte, la cuestión se resolvió por decantación, quizás por la imposibilidad de llegar a una respuesta que en ese momento me conformara. A fin de cuentas, la realidad es la que manda y en ese contexto de conocimientos efímeros, inmediatos, sin relación previa ni recomendación alguna, poco es lo que puede esperarse al respecto. Luego, el tiempo añejó esas preocupaciones de aprendiz, pero la experiencia me confirmó que, en realidad, se trataba de un falso problema. Primero, porque el asistido no dice siempre la verdad a su abogado; en segundo lugar, porque la verdad histórica de los hechos no coincide con la verdad jurídico-fáctica que el proceso tiende a probar; y por último, porque incluso la misma verdad comprobada en la sentencia no es nunca una verdad objetiva, sino sólo probable. Se trata, en definitiva, de discutir sobre las pruebas. Si las hay o no, para formar una convicción y elaborar la estrategia en función de ello.

- *Sáqueme de acá, Doctor, me estoy volviendo loco. Me metieron en resguardo físico y casi ni salgo de la celda.*

La segunda vez que vi al Cedrón estaba en el complejo de Ezeiza. Me recibió completamente alterado. Por un error del servicio penitenciario lo habían alojado en una celda bajo resguardo de integridad física, y tenía prohibido el contacto con los otros presos del pabellón. Estaba acostumbrado a la *ranchada* con otros internos y pedía a gritos que lo trasladaran a Devoto. Además, se había enterado de que su mujer había sido detenida y estaba desesperado por la suerte que había de correr su hijo menor. Traté de calmarlo, con la promesa de realizar todas las gestiones posibles para lograr el cambio de unidad y averiguar dónde se encontraban su mujer y su hijo. En ese momento me vinieron a la mente las palabras de un amigo, que afirmaba que la carrera de Derecho poco aporta para sostener profesional-

mente la angustia de un sujeto sometido a proceso. Y recordé al maestro Carnelutti cuando decía que mucho más importante que la defensa técnica, es la amistad que el defensor puede darle al detenido. Amistad que en un sentido moderno, profesional, significa justamente eso: la capacidad y conocimientos necesarios para poder contener emocionalmente al defendido.

- *Vamos, Doctor, yo confío en usted, ¿eh? Meta alguna nulidad de éas que tan bien manejan los abogados para que se caiga la causa.*

Un tiempo después nos volvimos a ver en la cárcel de Devoto. Apareció en la vieja y deprimente sala de abogados, y se excusó de estrecharme la mano a través de las rejas ya que lo habían sacado de apuro de la cocina del penal donde él trabajaba, y sus manos estaban rojas del pimentón y el tomate del relleno de las empanadas que estaba preparando. Parecía otro tipo. El tiempo transcurrido desde su detención, las visitas en la unidad y el trabajo realizado en su defensa (ciertamente estéril si se lo mide en términos de resultados), habían afianzado la relación. Sabía que su caso estaba complicado y trataba de llevar su detención lo mejor posible. Lo mortificaba no tener noticias de su mujer que estaba alojada en una cárcel de la provincia de Buenos Aires. Las quejas apuntaban al sistema penitenciario, por las dificultades en los traslados para las visitas de contacto. A fin de cuentas, me decía, se habían casado diez días antes de caer preso y le echaba la culpa al Estado de perjudicar su vínculo familiar.

- *Van a ser los responsables de mi divorcio, afirmaba.*

Pese a todo, no perdía las esperanzas de que alguno de los planteos jurídicos efectuados en la causa lo beneficiara. De hecho, sin muchas sutilezas, así me lo había dejado entrever. Fue en esa ocasión en la que me contó sobre su historia familiar. Provenía de una familia chaqueña que se había venido a Buenos Aires en una de las tantas crisis de nuestro país, y le atribuía a las malas yuntas su incursión en el mundo del delito. Cada tanto volvía a su provincia, pero le resultaba difícil encontrar trabajo. Le pregunté por el origen de su apodo; desde que lo conocí, el nombrarlo me recordaba al actor Pablo Cedrón –aquél de la película “Felicidades” de Lucho Bender- o al reconocido guitarrista Tata Cedrón. Sin embargo, su apodo “El Cedrón” tenía un origen mucho más profano: se debía a un confuso episodio en la pizzería de ese nombre en el barrio de Mataderos en el que, decía, lo habían involucrado injustamente.

Certamen Literario de la Defensoría General de la Nación

- Era la época de los milicos, tordo, a uno lo embocaban por la pinta, aunque lo único malo que había hecho fue tomarme un moscato en la barra.

La última vez que vi al Cedrón fue en un ascensor de tribunales. Cuando entré vi que había una persona esposada mirando hacia el piso, con un guardia del servicio penitenciario que lo escoltaba. Al reconocerlo lo llamé por su nombre. Levantó la vista y me miró preocupado. Supongo que debió pensar que nada bueno podía depararle un encuentro en esas circunstancias. Primero dudó, pero luego reconoció quién era. Su cara cambió por completo y, con una sonrisa tímida, me contó que estaba por firmar un juicio abreviado y que esperaba salir pronto en libertad.

- Doctor, tengo unos pesitos ahorrados y en lo único que pienso es en volverme al Chaco, comprar una casita y trabajar en el campo. Usted sabe, a mi edad ya estoy cansado de estos trotos.

Le deseé suerte. Antes de que se fuera, bajé la vista y no pude evitar mirarle los pies: llevaba las mismas zapatillas que usaba el día en que nos habíamos conocido.

TOCAR AL SOL

por Diego Hernan Farias

Es muy común que los chicos no quieran ir al colegio algunas mañanas.

Incipientes dolores de panza, de cabeza u otras dolencias similares e incomprensibles verán la luz buscando la mirada comprensiva o cómplice que les permita quedarse durmiendo. La abogada María Sol Campos sabe perfectamente cuándo es necesario poner alguna de esas miradas, y en más de una ocasión resolvió el problema usando, como contraprestación, la promesa de sus hijos de ordenar sus cuartos o aceptar sin reclamos una visita al dentista.

Esa mañana, un incipiente motín, liderado por Mateo, amenazaba el inicio de la jornada laboral de la doctora. Ella se había quedado toda la noche para ultimar los detalles de una presentación que vencía a las 9.30 horas, en lo que comúnmente se llama “dos primeras”, y que no es más que un plazo extra de tiempo que tienen los abogados ante un vencimiento. El tiempo corría, y organizar la jornada con los chicos en la casa -y no en el colegio- podía arruinar el trabajo de tantas horas de desvelo. Los letrados suelen temerle a este plazo y tratan de no utilizarlo, salvo que sea estrictamente necesario. Este caso lo requería, y a Mateo y su hermana no les quedó alternativa que subirse a la “combi” de Luis que diariamente los lleva al colegio.

La doctora Campos pudo presentar a tiempo su escrito, e inmediatamente sintió culpa por no haber considerado mejor el pedido de su hijo. Desde el bar de los tribunales de Inmigrantes llamó a la escuela, y se sintió mejor cuando le dijeron que tanto Mateo como Camila se encontraban bien y disfrutando del recreo. Apuró el café y siguió su recorrida. Hizo un par de presentaciones más, relevó algunas causas y terminó cerca de las diez de la mañana.

Lo que muchas veces pasa es que el abogado concentra sus energías en algo, como por ejemplo un escrito importante y con

Certamen Literario de la Defensoría General de la Nación

vencimiento, y, luego de haberlo presentado, encuentra que no tiene nada programado con qué ocupar la jornada.

Eso le estaba ocurriendo a la doctora Campos, cosa muy poco común en ella, que siempre hacía todo lo posible para evitar los tiempos muertos.

Tener tiempo disponible en la recorrida diaria a tribunales le hubiese permitido pasar por el Juzgado Criminal de Instrucción N° 47, y eso es algo que la doctora evitó desde sus cinco años, cuando no era doctora, cuando no era como ahora.

Esa mañana iba a ser distinta. Pasó por la puerta, vio un lugar disponible en la mesa de entradas y pidió un expediente, “su” expediente.

“Siempre me llamó mucho la atención como todo el tiempo le preguntaban a Solcito si alguna vez le habían dicho lo linda que era. Es a raíz de esto que elaboré mi teoría, porque es una teoría, no una locura salida de mi mente. Es algo que yo repasé minuciosamente, estudié mucho el tema, no es que me levanté un día y se me dio por hacerlo. No señor, yo lo analicé mucho y recién cuando la conclusión a la que arribé no presentó objeciones, me decidí a llevarla a cabo. Yo sabía fehacientemente que no iba a lastimar sino a ayudar a Solcito.”

Sinceramente, me resulta difícil entender que ustedes sean en este asunto los que pretendan proteger a Solcito y buscar en mí un culpable. ¿Culpable de qué? ¿De su felicidad? Algún día, cuando todo este circo forme parte del pasado, la pequeña Sol será una mujer y me lo agradecerá. Sabrá que la habré librado de una vida frívola construida a costa de su belleza y jamás tendrá dudas sobre su capacidad para alcanzar metas. Sus logros serán obra exclusiva de su esfuerzo y disfrutará de una familia hermosa. Será feliz, Señor Juez. Será feliz y lo será por mí.”

Solcito cierra el expediente judicial. Estuvo repasándolo en silencio por más de dos horas, y hace veinte minutos que encontró la foja con la declaración que Pedro Martín Escalante hiciera 28 años atrás antes de que el Juez de aquella época lo encontrase responsable del delito de lesiones graves y dispusiera su internación en un neuropsiquiátrico.

Fue su padre, el doctor Carlos Campos, el que asumió la defensa de esa nena de cinco años que hoy, casi tres décadas después, lee por primera vez esos dichos que marcaron su vida. En ese entonces, el doctor Campos tomó su caso más difícil y consiguió, luego de un par de años, que Escalante fuera internado. La opción a la internación era mandarlo a una cárcel común, pero

Campos, que participó activamente de todas las pericias, supo de inmediato que el acusado no era consciente de sus actos y no quería que su bronca lo llevara a cometer otra injusticia.

Fue la buena relación que forjó con la gente del juzgado la que hizo que el expediente se guardara en un mueble de la secretaría, y evitara sistemáticamente todas las remisiones al archivo.

Con la causa terminada, Carlos Campos pidió que se reservasen las actuaciones para que algún día fuera la propia Sol la que las leyera, supiera cómo se desarrolló todo y lo que su padre hizo por ella y por la familia. Aun con la muerte del doctor Campos, ocurrida a días del cumpleaños de quince de Sol, se siguió respetando el pedido inicial, y el expediente seguía en el juzgado a la espera de que alguien lo pidiese.

La doctora no tiene fuerzas para nada más. Las lágrimas invaden su rostro y salen a mares de sus encandilantes ojos verdes. Sus manos intentan calmar la tempestad, al tiempo que acomodan su rubia cabellera.

A María Sol hace mucho tiempo que nadie la llama Solcito. En Tribunales, es la prestigiosa “Dra. Campos”. Para su marido es “Amor” o “Marisol”. Mateo y Camila simplemente le dicen “mamá”. Pero “Solcito”, ya no. También hace mucho tiempo que nadie le pregunta por lo linda que es.

Las lágrimas no detienen su ritmo, se abren paso entre las cicatrices y descienden lentamente por sus mejillas.

LA VERDAD

por Miguel Ángel Gavilán

El sol le pegó en los ojos al bajar del patrullero, y la voz aquella de las advertencias y los presagios regresó con la resolana:

-Es inútil cerrarle los ojos a los muertos... que por más que uno se esfuerce, una vez que están abajo de la tapa... se les abren igual y siguen viendo lo que hacemos los vivos. Nos tienen vigilados hasta que nos morimos y somos como ellos...

Su madre, la que le decía estas cosas, estaba muerta hacía años, y él, puro ojos ne-gros de perro flaco y figura esmirriada, maltrecha, que se le fue poniendo suave a fuerza de querer ser mujer, la había visto morir de tedio, por inercia.

La hicieron pasar a una oficina. La risa se desplegó en las bocas con un reflejo de asco. Algunos se taparon con los expedientes; otros, más jugados, presenciaron la llega-da de la travesti con la curiosidad, morbosa y frontal, de los que se equivocan al pensar que nada puede avergonzarlos. La juventud se le estaba relavando como la tintura de los mechones canosos. En la remera ajustada, sin flores, sin misterios, se adivinaba esa co-quetería de murga, copiada una y mil veces a la parte pública de la noche. Se sentó, cruzó unas piernas de jeans y comenzó a mover las uñas plateadas: astillas de vidrio encima de una carne débil. La piel, agredida de maquillaje, conservaba marcas chinescas de llanto. Al hablar, miles de cigarrillos fumados en esquinas desiertas, o en camas, o en autos, despertaron para hacer más imposible la mujer denunciada por el nombre y por los meneos.

-No te olvidés: hay que ser bueno en la vida... que siempre tenés que ayudar al otro porque después Dios te dice, Dios se acuerda...

La madre fregaba camisas de hombres que después se iban, como lo había hecho su padre. Huían apestados por el amor de esa ruina que daba consejos, las tetas mascadas, abultado el vientre contra el plástico del fuentón.

Certamen Literario de la Defensoría General de la Nación

-Vos no sos mejor que nadie ¿sabés?... vos sos bueno y eso Dios lo ve.

Después de su padre vino otro que le pegaba cada vez que lo pescaba disfrazándose delante del espejo. Y después otro, que ni siquiera lo miraba, pero que cuando la madre estaba muy borracha, lo buscaba y se acostaban juntos

El sumariante le preguntó el nombre. Hacía tanto que no lo usaba. "Agustín", pero siempre "la Colo". El alias hacía tan agradable la mentira. En la calle soñaba con que un tipo de plata la levantara en un auto impecable y rojo, siempre el rojo en sus sueños, y la llevara lejos de esa villa llena de sapos y cunetas donde nadie podía ser feliz.

Recordó el día en que su último padrastro se fue de la casa. Ejércitos de moscas rondaban la carne recocida en la olla y los restos de grasa. Los ojos líquidos de su madre se hacían lágrimas de vino sobre el mantel. El calor, bajo el techo de chapa, o el rencor, o el miedo, falseaban la bondad de aquel Dios invocado en la borrachera.

-Tenés que ser bueno vos... cumplidito... para que el barbudo te ayude y los muer-tos te quieran más y no te sigan.

El sumariante leyó los hechos con velocidad de hélice. En un instante, cada minuto del procedimiento se edificó enorme y brutal, sobre el escritorio. Leído así, con distancia implacable, lo vivido se traducía en potestades legalistas y en arrebatados empujones sin testigos. Y lo peor: se antojaba falso.

Lo primero que hizo, ni bien juntó algo de plata, fue comprarle una heladera a su mamá. La compró usada, a una puta más vieja que se iba a vivir a Buenos Aires. Ella misma repintó la puerta que estaba algo oxidada y la puso en la cocina, donde los del barrio la admiraron, como un trofeo. Dos casas más adelante vivía una piba joven, la Nicol, que hacía poco había tenido un bebé y le guardaba la leche en una conservadora. La Colo pensaba que los chicos eran frescos, llenos de colores suaves, de caricias pe-queñas, así que le ofreció la heladera para que pusiera ahí la comida del nene. Las mos-cas se fueron de la casa y la bondad llenó la casilla como si fuera luz.

El defensor le dijo que no hablaría, que la droga estaba por todos lados, en las ca-mas, encima de la mesa, balanzas, pedazos de nylon, que se abstuviera le dijo. Pero algo, una borra espesa, mordía en el pecho y era menester sacarla afuera, para que no mo-lestara.

La Nicol empezó la historia con el pendejo.

-Dice el Tranca que te conoce, que te ve siempre cuando vuelve de la obra. Y me pregunta si vivís sola, si tenés lugar, porque anda buscando donde quedarse.

Y era cierto. La mujer lo había largado hacía unos meses. Le golpeó la puerta a la Colo, campera de cuero negra, con ese desparpajo de no pedir permisos para conseguir lugares, trajo una cerveza que se tomaron pausadamente y en lo mejor de las confesiones, le acarició la mano. Para la gente que nunca se ha sentido amada, vale un gesto, una broma con sabor a dicha, para volver a confiar. Y además el Tranca era joven, se le acercaba con olor a limpio en la voz, no con la cara verde por la sombra como los de la ruta. El Tranca, aunque la Colo nunca logró definirlo, tenía algo de recién abierto a la vida. Si hasta le traía flores y se las dejaba en la mesa para que él las viera al llegar en la madrugada.

-Pero nunca te enamores, nunca, porque eso Dios lo castiga. No hay que querer más que a Diosito para irse sin mancha.... para no dejar a nadie en este mundo sufriendo por uno.

-¿De quién era la droga, Rojas?-le preguntaron con persuasiva lentitud. Pensarían que poniendo frenos en la voz, la verdad se revelaba más rápido.

Eso no lo previó. Ni se acordó de los consejos maternos cuando el muchacho se le cayó en sus días. Dejó que se le metiera en la casa con sus suavidades y su moto rugiente, su cinturón de calaveras y sus plásticos de colores. Un día llevó la ropa y otro, una valija de cocaína. Aspiraban juntos y se llenaban de sueños, se caían en un arroyo de abrazos, impalpable y blanco, para despertar fríos, como los muertos.

-No te olvides que Dios ve todo, sabe todo, igual a los muertos que te dije...

Esa noche pelearon. Por plata, por otro tipo, por la mujer que había vuelto y las ganas de matarla o matarse al escuchar que el Tranca respondía a sus gritos con justificaciones barrocas, miserables.

-¿Qué querés? ¿Qué me siga cogiendo puntos para que vos seas feliz?

Discutieron feo, sí. El Tranca le dijo viejo, marica de mierda y él quiso pegarle, pero el puño se le hizo paloma que se deshojó en vuelo.

Certamen Literario de la Defensoría General de la Nación

-Mañana vengo a buscar la merca. No se te ocurra cagarme, Colo, porque te vas a acordar de mí.

Parecía premeditado. El silencio que debía guardar, la verdad que enturbiaba, los ojos de Dios que la travesti reconocía a su lado, en ese despacho, entre las caras que lo cercaban.

En el relato había siempre algo cierto. Ella había abierto los paquetes de la valija, ella había regado la droga por los lugares donde creyó que podrían quererse con el chico, ella andaba por la pieza, aspirando, queriendo tapar la cara de la muerta que le advertía por los rincones:

-Y no hablés de nadie. Menos de gente que quisiste. Es mejor guardar el cariño para uno, así no duele tanto, así no te molesta.

No escuchó nada. Ni el portazo, ni al Tranca que lo llamó loco y viejo y loco otra vez, ni a la policía que llegó porque sus gritos habían alarmado a los vecinos. Se veía en el hospital, donde le cerró los ojos a su madre, sabiendo que volverían a abrírsele en el cajón, para torturarlo.

-¿De quién era la droga, Colo?

En el patrullero, el Tranca, sin esperar respuesta, le puso la mano en la rodilla y lo miró de esa forma que lastimaba, de ésa que la Colo nunca interpretó, o interpretó mal, o quiso pensar que era la verdad buscada. Porque, en definitiva: ¿Qué era la verdad sino un papel en blanco que se llena a voluntad de unos pocos, un engaño hecho para no es-candalizar a los justos?

-La droga era mía- murmuró en un renunciamiento, con des-campada nobleza, mi-rando los carbónicos en la máquina de escribir.- El pendejo no tiene nada que ver. Dé-jenlo tranquilo.

TODOS SON ARAOZ

por Javier Aníbal Ibarra

Enro ya adolecía de olvido. Fatigué la plaza cuando todavía no era cierta, con la arbitrariedad a la que me acostumbraron los lunes de vaya uno a recordar qué feria judicial, a la hora en que los puestos de libros empiezan a mostrar sus intenciones. Un pibe de insomnio recién estrenado me convidó unas estampitas de unos santos desteñidos cuyos méritos, confieso, me eran ajenos. Se las devolví a pesar de esa mirada urgente que, sin amnistías, se empecinaba en recordarme lo vigente que solemos tener la indiferencia. Otros chicos, igual de anónimos y sin más patria que la fuente, peregrinaban a su lado mientras esperaban a que prescribiera la hora en que la generosidad no suele tener mayores novedades.

Le dediqué mi asma a las escaleras y llegué al juzgado cuando el palacio de justicia aún no había desperezado sus primeros colores, cuando todavía, mudo de rumores, simulaba ser inofensivo. Allí me esperaba el último detenido del turno. Al ingresar, la claridad todavía de luto velaba a un joven de mirada afiebrada, pero sin ardides. No esgrimí más credenciales que las de un apretón de manos, de ésos que el instinto y la rutina suelen colecciónar. Me negó sin dejar de verme, y me convidó una sonrisa inverosímil que no dudó en frustrar apenas batí a duelo sus ojos, con la hostilidad que, aún a condición de simulacro, a veces nos creemos obligados a dedicar con un escritorio por frontera. Hay ocasiones en las que lo que hacemos como abogados no se nos parece, son éas en las que vemos al otro a la misma distancia que nos separa de nuestros propios desarrigos. En ese convencimiento anida una especie de consuelo.

“Araoz”, me dijo. “Otro nombre con vocación de ser olvidado”, me dije. Por mérito de la memoria o de otra de sus traiciones, lo recuerdo como un pibe de edad indescifrable, cara anacrónica, seguramente adicto, muchos hermanos, padres doctorados en ausencia y sin más arraigo que la intemperie. Atemperé con la voz de lo que ya no importa cualquier exceso

técnico y le expliqué las alternativas de una declaración indagatoria. “¡Yo he sido!”, me interrumpió Araoz con una convicción que parecía no pertenecerle. Le referí que debía leer el expediente y que luego charlaríamos. “¡No pierda su tiempo, doctor!”, me insistió ahora con una vehemencia que aparentaba estar desnuda de burla o desafío, “¡Le dije que yo he sido!”. El resto se pareció al silencio.

Con la obligación que a ninguno de los dos nos interesó discutir, atropellé las fojas de la causa de atrás hacia adelante. Con una severidad impostada, forcé a Araoz a que me conviriera la peor de sus atenciones y el mejor de sus bostezos. “Son dos hechos de robo que ocurrieron a pocas cuadras y con veinte minutos de diferencia”, le expliqué como si estuviéramos hablando de otra persona. Araoz inmediatamente mudó hacia el expediente la mirada que hacía rato había asilado en un almanaque que, ya vencido, insistía en seguir colgado en la pared. Era de la virgen de Luján que -en homenaje a un tiempo que ya no era- lucía puesto un vestido color sepia, y sobre la que Araoz parecía depositar demasiadas expectativas, como esperando ver si le sobraba un último milagro.

Ahora Araoz, con los ojos del asombro, pareció extrañado cuando le conté de qué se trataba el segundo de los robos. “¿Pero los dos se me imputan a mí?”, preguntó con una inflexión de voz que coqueteaba entre la indiferencia y el desacuerdo. Asentí con la cabeza, como se persigna el que ya no tiene fe; y, sin sacar la vista del expediente, lo interrogué sobre el segundo robo, ahora que parecía haber tomado conciencia de que los milagros difícilmente cuelguen de una pared. “¡No insista, doctor!”, se sentenció a sí mismo con la voz de lo que ya no tiene remedio, “también he sido yo el que cometió ese hecho”.

Araoz jamás buscó cobijo en la piedad, en el miedo, o en promesas de lo que se sabía no ser; si hasta abdicó la angustia que una persona en su condición hubiese merecido tener, y por eso no me fue difícil entender que su resignación siempre fue cosa juzgada. En ocasiones como ésta, sigo creyendo que el silencio suele ser una actitud decididamente menos violenta que apelar a la condescendencia o al reproche. Se negó a declarar, y le comenté que, si lo procesaban, seguramente iba a recurrir. Le hablé del procedimiento ante la Cámara de Apelaciones como se habla de lo irremediable. Me recuerdo echando mano

en varias oportunidades, nunca de manera inocente, a la palabra *azar*, muchas veces cómplice, muchas, acérximo adversario, incluso si de lo que hablábamos era de justicia.

Ese pronóstico iba a cumplirse a los pocos días y sus antecedentes decidieron su suerte. Los últimos días de la feria pasaron, como sicarios, tan inadvertidos como las noticias sobre Araoz, cuando la Cámara de Apelaciones revocó el procesamiento. Poco mérito de mi pluma, mucho de aquello que algunos le imputan al destino.

Recuerdo haber visto a Araoz por última vez en el juzgado de instrucción, cuando le notificaron su libertad. Cuando entré, lo observé, menos vigente, pidiéndole una última explicación a la misma virgen de la pared, pero esta vez sin mayores pretensiones de caridad, como si ya, definitivamente, hubiera aceptado su condición de almanaque. “Cuando están marcados en rojo, ¿son días en que no se trabaja?”, me preguntó con una inocencia irreconciliable con su aspecto. Asentí con un gesto huérfano y le expliqué un poco sobre la falta de mérito. Araoz me explicó mucho más sobre la indiferencia.

Afuera del Juzgado lo estaba esperando una chica de ojos color cerrazón, de edad intangible y melancolía intacta. Llevaba una criatura en sus brazos que parecía que hacía tiempo había olvidado cómo reírse o que, mejor dicho, nunca lo había aprendido. Tenía un embarazo que sólo se le notaba debido a su llamativa delgadez. Acompañó a Araoz unos pocos metros, buscándole todo el tiempo unos ojos que nunca encontró, se acercó sin acercarse y, sin dirigirle la palabra, lo abrazó desde atrás, efímera, sin detenerse; pero todo olió a ausencia. Recuerdo cómo le puso enfrente al nene -estirando los brazos, casi como una ofrenda- y le dio un beso austero como pidiéndole fiado alguna de las frustraciones que Araoz seguramente iba a volver a convidarle en algunas horas. Araoz miró a la mujer con ojos lerdos, pero la vista nada lo arregla, mucho menos los rencores. Luego se alejó en dirección contraria, a *contravida*. Todo lo demás se pareció a la distancia. Le pregunté de cuántos meses estaba embarazada, más por cortesía que por curiosidad, asumiendo que se trataba de su pareja. “¡Yo quería una nena!”, me dijo un Araoz inapelable. Subimos al ascensor que lo llevaría a la alcaldía, que se hundió inevitable, pero esta vez sin la ferocidad de lo irremediable.

“¿De qué te acusan?”, le preguntó el agente penitenciario que ya sabía de su destino de libertad, como si esperara la última confesión de mártir del día, otro que le escupiera su inocencia de todo a excepción de su mala fortuna, según creí adivinar en un gesto que buscaba una complicidad a la que no le fui fiel. “¡No lo sé!”, respondió un Araoz de voz prestada y mirada enrarecida. “¿Cómo que no sabés? Algo tenés que haber hecho”, lo exhortó el oficial mientras lo juzgaba por el reflejo del vidrio. “¡Le dije que no lo sé!”, insistió un Araoz por primera vez desafiante. “¡Lo único que sí sé es que yo he sido, esta vez, la anterior, la que vendrá, todas las veces he sido!”. No había ningún resabio de ironía en Araoz, ni en sus ojos, ni en sus verdades.

Supe, en ese mismo momento, que era lo último que iba a escuchar de boca de Araoz. Llegamos al subsuelo y la despedida ni siquiera mereció ese nombre; pero aquella confesión me tiznó en ese mismo momento con la certeza de que no iba a ser inofensiva, como el temor, como las palabras, tanto que aún hoy su significado insiste en volver, siempre traidor, siempre impreciso, pero menos sencillo de lo que me gustaría que fuese.

Salí por la puerta verde de Lavalle, la misma por la que Araoz iba a recuperar su sombra y su realidad, tan infasta como su pasado. Sentada en el suelo de la vereda de enfrente esperaba la chica embarazada, ahora, en virtud de la claridad, de ojos ceniza, un poco más caducos que hacía un rato. Sólo atinó a preguntarme la hora con un gesto, mientras el chico que llevaba en brazos estrenaba, en el medio de la calle, su temprana vocación suicida. Lo que siguió ya no es memoria.

Quise irme caminando a la vera de un cielo de poco fiar, pero la costumbre suele ser más enfática que la iniciativa, sobre todo la de enero. El subte, que no sabe de revanchas, hizo lo suyo, y mis recuerdos sobre Araoz, que saben menos de lealtades, también. En noches de sueño expropiado aún hay veces que me obligo a recordar qué es lo que había hecho Araoz, pero no lo consigo. Como si importara, como si este relato no fuera otro retrato egoísta de mis contradicciones y el futuro de Araoz dependiera de mi memoria que, cada vez más nómada, acosumbraba a prescindir de sutilezas.

No hay historias verdaderas sin matices apócrifos, cuyo único merito radica en hacer pasar por intrascendente aquello que enmudecemos, que traicionamos, por miedo o vergüenza, por-

que siempre es menos sospechoso hablar del otro y decidirlo culpable de nuestros propios desarreglos. Los hechos que nos sentencian no suelen ser como los vemos, sino como pretendemos que sean vistos. Esa imperfección también me pertenece. Toda historia tiene por virtud que sólo cuenta lo escrito, empapando lo verdaderamente significativo, lo que nos asedia. Lo importante no son las palabras que cuentan de Araoz, sino los fantasmas que le temen a las verdades que éstas disimulan.

Son nuestras inseguridades, indómitas, sobre las decisiones que tomamos como abogados, con sus espasmos y treguas, las que en definitiva nos suelen dejar en deuda, nunca de manera irreparable, con nuestra capacidad de conmovernos. Es Araoz el que siempre ha sido, esta vez, las anteriores, las próximas, o es a nosotros a quienes nos asalta, con intermitencias, el miedo de pasar intrascendentes frente a pibes así de invisibles que poco nos dejan y, fundamentalmente, nada les dejamos.

Contar la historia de Araoz como protagonista, surtiéndola de puñales, no es sino una forma temerosa de dejar de ser su actor, para ser alguien que se aleja y la deshonra, que espera que la anécdota, con un fulgor que no le pertenece, desguate los agravios del alma, con la única intención de contársela sin que nos queden improntas, cuando pibes como Araoz no nos pasan tan inadvertidos, y nos dejan las esquirlas de saberlos y sabernos resignados de antemano, sin que tenga la menor importancia lo que hagamos como profesionales. De ese lugar, a veces, nos cuesta volver.

Pero también es cierto que la vocación, con sus abismos, aunque se haga vieja, suele tener más fervor que esas negaciones; y aquí debería habitar la pulsión de lo que nos gratifica, y que en definitiva nos hace artífices, sin pretensiones, sin mayores permisos, pero sobre todo sin deshonras, de un pedazo del destino de las personas que, como Araoz, suelen adolecer de intrascendencia.

Aún suelo buscar a Araoz en alguna de las miradas que los enigmas de tribunales acostumbran a desolar, y hay ocasiones en las que por empeño del cansancio o de la mala memoria me parece encontrarlo, en todas y en ninguna. Y las niego, pero aun así no me resigno a dejar de mirarlas y preguntarme si todos son Araoz y si, en definitiva, todos lo hicieron.

Otras tantas, me convenzo de que todo lo que recuerdo de Araoz son mis esfuerzos por recordarlo, y así, entre escombros, me apropió de su historia antes de que se disperse o se torne

Certamen Literario de la Defensoría General de la Nación

atroz, como una forma huidiza de mantener indemne la nostalgia de lo que alguna vez prometí dar, como abogado, como hombre. Pero los relatos suceden igual, aunque se esconda la voz, si son capaces de ser contados. Ante una historia olvidada, la imaginación indefectiblemente toma el lugar de la conciencia, le pide silencio, le huye y la alivia.

Buenos Aires aún sucedía, más austero, más ambiguo, bajo un cielo kamikaze ya irrecuperable, que iba a empezar a mentir sus inequidades, especialmente las de Araoz.

LA PELEA DEL SIGLO

por Fernando Janza

Julio de 1923, Catania, Isla de Sicilia

Mi nombre es Renzo Dante Spinetto.

Tengo 24 años y soy siciliano de cuarta generación. Me crié en las afueras de Catania, en un barrio humilde ubicado sobre una de las laderas del Etna. Soy huérfano de padre, quien partió junto a mi hermano mayor para luchar en la Gran Guerra y no regresaron de la Batalla de Caporetto. De vez en cuando, visito a mi madre anciana y la ayudo con las tareas de la cosecha de su huerta donde cultiva naranjas y limones, pero, a fuerza de ser sincero, cada vez paso menos tiempo con ella.

Desde hace algunos años comencé a realizar pequeñas tareas para la familia de Don Vito Colonese, “Capo di Tutti Capi” de esta región de la isla. Inicialmente haciendo mandados, luego de mensajero y ahora ya me llaman “Pugni Veloce” y he demostrado ciertas aptitudes para agilizar los pagos atrasados de algunos comerciantes olvidadizos.

Aún no soy miembro formal de La Familia, soy lo que llaman un “associato”, y aspiro a ser integrado cuanto antes. Ese día pronto llegará y es mi deseo más ferviente, sueño con el rito de iniciación. Ser un “Soldato” genera respeto, prestigio y lo más importante: impunidad. Nadie, nunca jamás, puede involucrarse con un iniciado, y sólo unos pocos llegan a ser los elegidos. Durante las noches, antes de conciliar el sueño, repaso una y otra vez el juramento supremo: *“La Cosa Nostra está antes que Dios, antes que el país y antes que la familia. Cuando se te llame deberás acudir aunque tu madre, tu esposa o tus hijos estén en su lecho de muerte”*.

La “Despensa de Don Carlo”, en la Piazza Salerno, es nuestro punto de encuentro. Allí pasamos los días enteros con mis compañeros, jugando a las cartas y bebiendo, a la espera de algún llamado para cumplir con cualquier trabajo que se nos ordene. Debemos estar siempre disponibles. Una tarde, se acer-

Certamen Literario de la Defensoría General de la Nación

ca en su bicicleta el pequeño Giuseppe, que con sus 14 años ya desempeña con eficacia su función de mensajero, y me informa que mi Capitán, Don Salvatore Luchese, quería verme inmediatamente en el comedor del Club Social de Santa Águeda. Dejé todo lo que estaba haciendo, acicalé mi peinado dentro de la boina y hacia allí me encaminé sin más demora.

El Club Social de Santa Águeda era uno de los lugares de reunión de las altas jerarquías de La Familia. Nadie que no fuera miembro pleno podía ingresar allí, salvo que hubiera sido requerida su presencia por alguno de los “Hombres de Honor”. Llegué al Club y desde la puerta pude distinguir en soledad a mi Capitán, Salvatore Luchese, sentado en una mesa tomando un *ristretto* con una copa de *grappa*. Puntualidad y respeto son exigencias que nos han inculcado desde niños, y se deben cumplir como un mandamiento. Al percibirse de mi presencia, con un imperceptible gesto de su cabeza me franqueó el paso y me señaló que me sentara junto a él. Mientras me acercaba pude advertir en otra mesa, ubicada en el fondo del local y junto a una ventana, al *Consigliere* Don Ángelo Provenzano, mano derecha de nuestro Capo Don Vito Colonese. Estaba comiendo unos *fettuccinis* y bebiendo una botella de *Chianti*. No levantó su mirada del plato durante la eternidad que duró mi ingreso al salón. Su única compañía era un gato que dormitaba en una silla a su lado. Ese hombre era una verdadera leyenda, tenía fama de ser brutal y despiadado. No me animé a cruzar su mirada con la mía. Éramos solo tres personas en un comedor para más de cincuenta, y tuve la amarga sensación de que alguien estaba de más en ese lugar.

Mi Capitán fue directo al grano:

– Renzo, tú sabes que te quiero como al hijo que nunca tuve y que gozas de ciertos privilegios debido a la amistad que me unía con tu padre. Creo que ha llegado tu momento. Nuestro Capo, Don Vito, ha ordenado que se realice un trabajo especial y yo creo que tú lo puedes llevar a cabo. Es la prueba final y, si la resuelves de la manera adecuada, yo personalmente me voy a ocupar para que “La Comisión” recomiende tu ingreso como miembro pleno de La Famiglia, ¿capisce?

– Don Salvatore, -le respondí con seguridad- las cosas se pueden hacer de tres maneras distintas. Bien, mal o como disponga Don Vito. Yo siempre elijo la tercera opción. Cuente conmigo para lo que sea.

Mi respiración se agitó, mis manos sudaban frío y mi voz

flaqueaba. Era la oportunidad de mi vida. Era el momento que tanto había esperado.

– *Bien, Renzo, nos entendemos. El asunto es el siguiente: el primo de Don Vito se encuentra desde hace tres años radicado en Buenos Aires, Argentina. Su nombre es Giuseppe Galiffi. Es un hombre importante, es Cosa Nostra, y está iniciando los negocios de La Familia por aquellas tierras. Todo marchaba de acuerdo con lo previsto hasta que, hace unos meses, se presentaron algunos problemas con miembros de la “Zwi Migdal”. La “Zwi” es una organización de trata de blancas manejada por polacos-judíos, que llevan mujeres engañadas desde Europa del Este y los Balcanes hacia Sudamérica y allí las someten a prostitución esclavizada. Don Giuseppe tuvo algunos inconvenientes con ellos y para tratar de resolverlos concertó un encuentro con el jefe de la organización, el polaco Lazlo Boniek. Este “pezzo di merda” resultó ser un traidor sin códigos, ambicioso, y además, lo más grave, le faltó el respeto al primo de Don Vito. Eso es todo lo que debes saber. En definitiva, el trabajo es ir a Buenos Aires, “resolver” el problema BONIEK y regresar inmediatamente a Sicilia.-*

– *Don Salvatore, es un honor que hayan pensado en mí, le contesté gratificado.*

Tras mi aceptación, Don Salvatore giró sobre su silla y, mirando al Consigliere Ángelo Provenzano, le hizo un mínimo gesto de afirmación con la cabeza. Don Ángelo se levantó de su mesa, se colocó cuidadosamente su boina, acarició con la punta de sus dedos la cabeza del gato adormecido y se retiró por una puerta lateral sin siquiera mirarnos al salir.

Cuando quedamos solos, Don Salvatore retomó la conversación:

– *Renzo, aquí te dejo este sobre. El vapor “Tomaso Di Savoia” parte mañana a las nueve horas del puerto de Messina. Tienes los pasajes, dinero suficiente y el contacto en Buenos Aires. Ah, y una cosa más, nadie debe saber de esta gestión. Omertà, capisce?*

– *Don Salvatore, le aseguro que La Familia no será defraudada, le garanticé.*

Salí del club, caminé varias cuadras y me senté a la sombra de un olivo. Estaba extasiado. La curiosidad me invadía el cuerpo. Abro el sobre con cuidado, veo los pasajes, una buena cantidad de liras y, en el fondo, una pequeña caja de fósforos de color negro con la inscripción “Cabaret Royal Pigalle, Corrientes 880, Buenos Aires”, y en su interior escrito con lápiz sólo un nombre: Margot.

Rumbo a Buenos Aires

El Puerto de Messina ardía. Decenas de embarcaciones fondeaban en mar abierto a la espera de su turno para ingresar a los muelles. Es el centro del Mediterráneo, es Sicilia en su apogeo. El embarcadero de Messina era la parada obligada de todos los barcos que transportaban el contrabando entre la Europa continental y el Magreb africano. En un mismo lugar convivían rudos marineros, vendedores de fantasías, incrédulos pasajeros, policías corruptas, traficantes, prostitutas y espías. Miles de historias entrelazadas por ese fascinante escenario. Yo sabía perfectamente que el puerto era uno de los grandes negocios de La Familia. Pese a ello, no tuve ningún privilegio, el secreto debía ser absoluto. Me esperaba un tedioso viaje de 40 días hasta la lejana Buenos Aires, y el “Tomaso Di Savoia” zarpó con apenas ocho horas de retraso.

La travesía se volvió eterna y durante el cruce del Atlántico repasé una y otra vez la conversación con Don Salvatore. Me imaginé mil veces cómo iba a ser el momento de la verdad. También recordé que hablaba el español bastante decentemente y que, cuando era niño, mi madre peregrinaba todos los años a la Catedral de Wawel, en Cracovia, y me llevaba para que la acompañara. De esos viajes llegué a entender bastantes cosas del difícil idioma polaco. Quizás esas dos coincidencias no eran tales y pesaron para que la elección recayera en mí. Igual ya no me importa, es mi momento y no voy a desaprovechar la oportunidad.

El barco llegó a Buenos Aires al anochecer del 11 de septiembre. La última noche de navegación la realizamos por un río del tamaño de un océano y de un extraño color pardo. Desde la cubierta del vapor, Buenos Aires se mostraba impactante, poderosa y europea. Con mi pequeño equipaje, salí apurado del puerto y, preguntando, pude encontrar la cercana Avenida Corrientes. Durante el trayecto distingui más paisanos que lugareños. Eran casi las once de la noche cuando logré llegar al “Cabaret Royal Pigalle”.

Una pequeña puerta con luces rojas y una escalera descendente, cubierta por una gastada cortina de terciopelo negro, generaban una imagen erótica y clandestina que mi largo viaje por alta mar lograba potenciar. Decido ingresar y observo que el salón no era muy amplio. En las penumbras se veían mujeres con poca ropa, hombres elegantes, *champagne* del bueno, orquesta de

tango; y se percibía el característico aroma dulzón que me indicaba que el opio ya había llegado a Buenos Aires, seguramente traído por alguna “Famiglia” de Cosenza.

Me acerco a la barra del local y le pregunto al encargado por Margot.

– *¿Quién la busca?* –me contestó con curiosidad y desconfianza.

– *Renzo Spinetto, de Sicilia.*

– *Ya la llamo.*

Al rato, se abre una puerta oculta y sale ella. Margot era morocha, alta, voluptuosa, y la percibo pasional.

– *Hola, Renzo, te esperábamos hace unos días. Aguárdame unos minutos que me cambio y nos vamos.*

No me dejó contestar. Quedé impactado por su voz, su piel y su perfume. Pasados quince minutos, regresa ya cambiada y con menos maquillaje, y sin decirme una palabra sale del local. Yo la sigo, caminamos con paso apurado dos cuadras en silencio absoluto y llegamos a una confitería que, a esas horas, ya estaba cerrada. En su puerta se promocionaban “Pasticciots”, “Sfogliatelle” y “Cannolis Sicilianos”, lo que me hizo sentir un poco más cerca de casa. Margot saca un manojo de llaves y abre una puerta lindante al comercio por donde ingresamos. Un pasillo largo y oscuro nos va llevando a los fondos de la confitería, donde se encuentran la cuadra y los hornos. Allí estaba él, Don Giuseppe Galiffi.

– *Mis respetos, Don Giuseppe.* -me adelanté con el saludo.

– *Renzo, creo que llegas un poco tarde. Sé que el viaje es largo, igual no importa, todavía hay tiempo. Me imagino que ya estarás al tanto del trabajo,* me respondió con un simulado fastidio.

– *Absolutamente.*

– *Bien, el problema con el polaco Lazlo Boniek es que no es una persona razonable. Me faltó el respeto delante de mis subordinados y eso no puede suceder. La “Zwi Migdal” tiene muchos prostíbulos en esta ciudad y en Rosario, y ésa es una muy buena red de información. Si este trabajo lo hacen mis muchachos, en menos de 24 horas el dato ya les llega a estos polacos y se puede armar una guerra en la que todos perderemos. Es por eso que le pedí a mi primo Vito que me envíe un especialista desde la isla.-*

– *Don Giuseppe, ¿cuál es el plan?, le pregunté.*

– *El próximo 14 de septiembre por la noche se celebra “La Pelea del Siglo”. Es una pelea de box por el título mundial de los pesos entre el*

Certamen Literario de la Defensoría General de la Nación

argentino Luis Angel Firpo, apodado “El Toro Salvaje de las Pampas”, y el gringo Jack Dempsey, “El Matador de Manassa”, en el estadio Polo Grounds de la Ciudad de Nueva York. Durante la pelea la ciudad de Buenos Aires se paralizará entera. La gente se va a agolpar en las pizarras de los diarios, o bien en la casa de algún radioaficionado que pueda captar la señal de LV12 Radio Sudamérica. Ése va a ser el momento apropiado. El prostíbulo estará sin actividad, y el polaco, a quien no le interesa el boxeo, va estar dormitando en su habitación del primer piso hasta que finalice la pelea y empiece el movimiento de clientes. Te llevará y traerá hasta el lugar uno de mis choferes de confianza. Recuerda que para estos casos siempre son cuatro los pasos a seguir: ingresar, disparar, arrojar el arma y huir. ¿Capisce?

– Capisce, Don Giuseppe. - le respondí con convicción.

– Hasta ese día te quedarás aquí, sin salir y sin mostrarte. Te dejo una foto de Lazlo Boniek para que te familiarices, y acá tienes un revólver Smith & Wesson 38 Special sin numeración, que es el que utilizarás. ¿Te alcanza?

– Sobra, Don Giuseppe.

– Ah, una última recomendación Renzo, -me aclaró seriamente- quiero un trabajo profesional, no me gustan las groserías.

Asentí con gesto comprensivo, y luego cerró el diálogo:

– Puedes bañarte en el fondo, comer lo que quieras y debes dormir bien porque pasado mañana será un día complicado.

Sin decir una palabra más se retiró junto a Margot, cerrando con llave la puerta al salir.

El día de la pelea

Llegó el día y estaba ansioso. Sabía que faltaba poco. De pronto, escuchó las llaves en la puerta, se abre y aparece un fornido morocho con evidentes facciones de pasado boxístico en su rostro, y con el típico acento porteño me dice:

– Que hacés, che. Soy “El Pájaro”, ¿estás listo?

– Si, - le respondí.

– Entonces vamos.

Nos subimos al auto y fuimos hasta una zona fabril un poco alejada, llamada Barracas. “El Pájaro” sólo conducía, no abrió la boca hasta llegar al lugar y estacionar el auto a unos veinte metros de distancia. Era una típica casa de dos pisos con una puerta de hierro.

– *Es ahí, me dijo, y luego agregó, fastidioso- Che, “tanito”, te espero dos minutos por reloj, sino salís antes, me las “pico” y te dejo en “banda”.*

– *No hay problema*, -le contesté, con seguridad fingida, ante sus palabras extrañas pero comprensibles.

Toda la secuencia sucedió muy rápido. Estaba abierto e ingresé cautelosamente, se escucha música de tango que sale de una fonola, a mi izquierda una mujer rubia dormita en un sillón, a mi derecha las puertas que dan a las habitaciones permanecen cerradas. Al frente veo la escalera. Es por ahí. Subo decidido y sin hacer ruido. Al llegar al primer piso, se complica, encuentro dos puertas, no dudo y elijo la de la derecha. El 38, firme en mi mano. Abro y entro en la habitación apuntando hacia adelante. Veo una cama vacía y deshecha. Me equivoqué de puerta, pensé. Me doy vuelta y ahí estaba parado detrás de mí, saliendo del baño con gesto de sorpresa, el polaco Lazlo Boniek. Está un poco más grueso que en la foto. Nos miramos por un segundo eterno. Se dio cuenta. Cazador y presa. Sin dudarlo, le apoyo el revólver en el pecho y disparo dos veces. El polaco cae pesadamente hacia atrás exhalando un ronquido grave que presagiaba el éxito de mi misión. No lo miro más, me doy vuelta y salgo corriendo escaleras abajo hasta llegar a la calle y subirme al auto. La rubia seguía dormitando y el tango todavía sonaba. Ya está, se terminó.

De regreso, “El Pájaro” conducía y seguía callado. No preguntó nada. Las calles estaban desiertas y la pelea de box, en su máximo apogeo. Dos cuadras antes de llegar a la confitería de Don Giuseppe le digo al “Pájaro” que quiero bajarme para tomar algo fresco en un bar.

– *Está bien, pero no hagas macanas, “nene”, me advirtió.*

Desciendo del auto y a unos veinte metros había un bar abierto con dos parroquianos. Entro y pido una cerveza fría para tranquilizarme. En esos momentos, en la puerta del bar, paran tres autos y bajan seis hombres de traje que ingresan al local al grito de *¡Policía! ¡Todos quietos, esto es una razzia!* Casi me muero ahí mismo, sobre todo cuando me di cuenta de que todavía tenía el revolver 38 encima y que, por los nervios, no lo había tirado en la escena, tal como me había dicho que hiciera Don Giuseppe.

Los policías, ganados por la rutina, me palparon de armas displicentemente y no se percataron del 38. Nos suben a los

Certamen Literario de la Defensoría General de la Nación

autos y nos llevan al Cuartel Central. Ahí estaba yo, detenido por una “razzia” y con un revólver 38 utilizado en un asesinato escondido entre mis ropas. No sabía qué hacer. Me imagino que dentro de unas horas me dejarán salir, pensé. Traté de acomodarme en el piso y esperar que pasara el tiempo, rezando para que no me encontraran el arma.

El Defensor Público Oficial

Pese al frío y a la humedad de la celda, creo que logré dormitar un rato, cuando de pronto se aproxima uno de los policías y me dice:

— *“Che, Tano, levantate que te viene a ver el Defensor Público Oficial. Debés ser un tipo importante vos, ¿eh?”.*

No sé bien de qué me estaba hablando, pero esas palabras me sonaron de maravillas. Me sacó del calabozo, me acompañó hasta una pequeña oficina y me dejó solo con el Defensor.

— *“Señor Renzo Spinetto, ¿cómo le va? Yo soy el Dr. Giardino, Defensor Público Oficial, y vengo a interesarme por su situación legal y a ponerme a su disposición.”-*

El abogado lucía un traje costoso e impecable, de seda natural, y se había afeitado y bañado recientemente. El aroma a fragancia inglesa inundaba el ambiente.

— *“Discúlpeme, doctor, pero ¿qué hace usted acá?”,* le pregunté, desconfiado.

— *“Yo trabajo para la Defensoría General de la Nación —me respondió con seguridad— y me encargo de asegurar la efectiva asistencia y la defensa judicial de los derechos de las personas, y en este caso puntual, de usted.”*

— *“Perfecto, pero ¿por qué a mí? ¿Alguien tomó contacto con usted?”*

— *“Me extraña Sr. Spinetto, ¿y a usted, qué le parece?”,* me dijo con una sonrisa franca.

Yo me imaginaba que Don Giuseppe Galiffi ya tenía contactos fluidos con algunos organismos del Estado, pero la verdad no creía que era para tanto, igual decidí confirmarlo:

— *“¿Puede ser que Don Giuseppe Galiffi lo haya contactado?”,* le consulté.

— *“Exactamente, Sr. Spinetto. Además le pido que hable conmigo con absoluta confianza. Me asiste el deber de confidencialidad para con mi defendido, o sea, usted. A mí me une una larga amistad con el Sr.*

Galiffi y manejamos algunos negocios en común, ¿soy claro? –explicó con cierta complicidad y guiñándome un ojo.

– Entonces me quedo mucho más tranquilo. Dr. Giardino, una consulta, ¿usted habla italiano?

– Chiaramente, si è la lingua della mia famiglia -me contestó con un marcado acento napolitano.

– Bien, entonces por seguridad sigamos con la conversación en italiano, le pedí. Me imagino que el Sr. Galiffi le habrá comentado lo que vine a hacer a Buenos Aires. El único problema es que todavía tengo en mi poder el revólver con el que “limpié” al polaco Boniek -me sinceré.

El Dr. Giardino no se mostró sorprendido, se acercó sigilosamente a la puerta entreabierta de la habitación para ver dónde estaban los policías. Por suerte estaban en la oficina de Comunicaciones, escuchando la pelea por la radio policial y bebiendo whisky barato. Entonces me dijo casi susurrando:

– No hay ningún problema, ése que está ahí sobre la mesa es mi sobretodo, esconda el arma en uno de los bolsillos mientras yo vigilo que no venga nadie.

En forma rápida hice el cambio y, al percatarse de ello, el Defensor Público Oficial mostró toda su experiencia para estos casos. Impostó la voz y comenzó a gritar, con un sobreactuado tono de disgusto:

– ¡SARGENTO! TERMINEMOS CON ESTO DE UNA BUENA VEZ. NO HAY MOTIVO PARA QUE EL SR. SPINETTO CONTINÚE AQUÍ DETENIDO. ME IMAGINO QUE NO QUERRÁ QUE MOLESTE AL COMISARIO SANDOVAL A ESTA HORA, JUSTO EN LA MITAD DE LA PELEA, PARA RESOLVER ESTA TONTERÍA.

El Sargento se acercó con una caja donde estaban mis cordones, mi cinturón y mi dinero en liras, con algún evidente faltante respecto del que entregué cuando ingresé. No me importa, yo sólo me quería ir de ahí.

Salíamos del Cuartel Central, y el Sargento le hace una última recomendación al Dr. Giardino:

– Doctor, no vayan para el lado del Congreso porque una multitud está en el “Palacio Barolo” esperando que anuncien el resultado de la pelea por el faro de la torre.

– Muchas gracias por el dato y buenas noches, Sargento.

Certamen Literario de la Defensoría General de la Nación

En la puerta estaba estacionado el lujoso auto del Defensor Público Oficial con su chofer esperándonos.

– *Sr. Spinetto, por favor, suba al asiento de adelante al lado de mi chofer, que a mí me gusta ir más cómodo atrás*, me dijo con semblante satisfecho el Dr. Giardino.

– *Ningún problema, doctor, como usted quiera*, le contesté ya mucho más tranquilo.

El chofer le dio arranque al imponente “Chrysler Saloon” de color bordó y aguardó expectante la directiva del Dr. Giardino, mirándolo por el espejo retrovisor;

– *Antonio, vamos para el Bajo, sin apuro*, le indicó en forma precisa y sin mirarlo.

Luego de algunos minutos de andar, el Defensor Público rompió el silencio:

– *Mire Spinetto, -me dijo en tono casi paternal y apoyando su mano sobre mi hombro izquierdo- esto ya lo hablamos con Don Giuseppe, y convenimos que lo mejor para todos es que aborde el primer barco que zarpe de Buenos Aires y abandone el país cuanto antes. Dentro de unas horas sale el vapor “Archibald Kleinz” rumbo al puerto de Tanger. Una vez que arribe a Marruecos usted ya va a estar seguro, y le resultará muy sencillo desde allí cruzar hacia Sicilia. Cuando el asesinato del polaco Boniek salga a la luz no le voy a poder garantizar ni su libertad, ni su seguridad. La “ZWI MIGDAL” es muy poderosa y esto no lo van a dejar así. Sus influencias llegan a controlar hasta las penitenciarías de Caseros y la del Parque Las Heras. Por favor, comprenda que sólo soy un Defensor Público Oficial; lamentablemente, no puedo hacer magia.*

– *Me parece bien, doctor*, le respondí mientras me reía de su humorada.

Ingresamos en la zona portuaria por el sector de cargas. El puerto de Buenos Aires estaba desolado, frío y oscuro. No se divisaba al “Archibald Kleinz” fondeado, ni tampoco su carga estibada a la espera del embarque. Llegamos casi hasta el final de la dársena de amarre y, al no observar mayor movimiento, le pregunté al Dr. Giardino:

– *Doctor, ¿debo esperar aquí hasta el amanecer y que el vapor ingrese en el puerto?*

En ese momento, el Defensor Público Oficial no contestó a mi curiosidad, y luego de algunos instantes de silencio pude

escuchar su voz que, en tono seco y monocorde, me respondió en perfecto idioma polaco:

– “*Zwi Migdal*” zawsze placíc rachunki.

Mis escasos conocimientos de polaco alcanzaron para entender lo que esa frase significaba: “*La Zwi Migdal siempre paga sus cuentas*”. Simultáneamente pude escuchar el típico sonido metálico que hace el Smith & Wesson 38 Special al ser montado detrás de mi oreja derecha.

Sólo atiné a decir:

– *Pero doctor, entonces usted...*

De pronto, todo se puso blanco.

La “Pelea del Siglo”, seguramente, a esa hora ya había terminado.

Ojalá que haya ganado el boxeador argentino.

EL DEVUELTO

por Santiago Alberto López

*La casa ya es otra casa,
el árbol ya no es aquel
han voltiau hasta el recuerdo
entonces ¿a qué volver?.*

Marta Mendicute - Eduardo Falú

La adrenalina me conducía por las escaleras a una velocidad incompatible con una adecuada coordinación. Pese a ello, logré llegar indemne a la alcaidía del subsuelo de los tribunales. Tenía que darle la buena noticia a Oscar, mi defendido. Había peleado a la par de él, durante larguísimos cinco meses, desarticulando la acusación. En ese tiempo, me conmovió su situación, lo quise como a un hermano (de los hermanos que se quieren), lo acompañé tras la muerte de su madre y, en una excepción a las reglas que me auto-impongo, lo terminé llamando por su nombre de pila.

Pese a todas las dificultades, generamos prueba categórica y logramos demostrar que él no tenía nada que ver en el entuerto. El sobreseimiento ya estaba firmado y hoy mismo recuperaría la libertad. Aún mejor, la fiscal me anticipó que no apelaría.

Me hicieron pasar a la sala de entrevistas con detenidos, una sala que está cortada al medio por un frío enrejado. Lógicamente, yo estaba en la mitad menos incómoda de ese muy incómodo recinto. Aguardé ahí unos minutos. Me entretuve con las formas de las manchas de humedad que hacían las veces de nubes sustitutas para un mundo sin cielo. Al fin, detuve mi vista en el diario que me habían regalado a la salida del subte y que acepté por inercia. Era uno de esos diarios de distribución gratuita, que habitualmente termino tirando sin siquiera leer sus titulares.

En la contratapa se trataba la problemática del ecosistema marino. Mencionaba, entre otras cosas, la gran cantidad de pe-

Certamen Literario de la Defensoría General de la Nación

ces que mueren luego de que los buques pesqueros los devuelven al mar por no tener valor comercial.

Tuve un escalofrío cuando leía sobre el desgaste que significa para los peces luchar por salirse del encierro en la red, golpeándose con los aledaños en igual situación. Desgaste que primero deviene en desconcierto, al ser sacados del agua y arrojados sobre cubierta, y luego, en una frenética añoranza de poder volver a su medio.

- “*No hay final feliz fuera de los dibus*”, me dijo una vez mi hija, víctima temprana de un robo menor, al que, lógicamente, nunca prosiguió el recuperó que algún adulto irresponsable le prometió. Esa vez, cansado y con pocas fuerzas para hablar de una vida bella, asentí frente a mi hija; y ahora, por algún motivo, ese recuerdo apareció con un fuerte olor a pescado.

El diario seguía con su relato que se convertía en la crónica de una ironía. Es que la gran mayoría de los peces que son arrojados nuevamente al mar (“los devueltos”, los llamaban), nunca pueden superar la experiencia atravesada, y quedan heridos, desconcertados, perdidos. Son rechazados por los cardúmenes de su propia especie y, lógicamente, resultan alimento fácil para los depredadores.

En esa lectura estaba cuando entró Oscar (en rigor, lo entraron, como se entra un mueble que cuesta pasar por el marco de la puerta). Tardé unos segundos en recobrar conciencia de mi ubicación, la lectura me había transportado a alta mar. Ni bien le sacaron las esposas, le di la gran noticia; sintético, le dije: -“*Andá olvidándote de todo esto, que hoy salís en libertad*”. Al bajar las escaleras maquinaba el saltito que daría al escuchar la buena nueva, el sincero agradecimiento que pronunciaría, algunas lágrimas de ambos, en fin, toda la ilusión de volver a casa. Pero Oscar ni siquiera hizo un gesto de alivio. Su cara revelaba un profundo y paralizador cansancio, y sus ojos, inexpresivos y secos de toda vida, me recordaron los de un pez.

ALGO EN COMÚN

por Santiago Marino Aguirre

Jorge mira –sin mirar– por la ventana de su oficina, que da a la plaza Lavalle. El paisaje urbano luce tan inalterable como siempre. El único cambio apreciable desde esa vista está supeditado a las variaciones climáticas: la plaza más iluminada en los días soleados, más gris cuando está nublado, más desolada si llueve. La mayoría de los transeúntes que la cruza diariamente aparenta tener una idéntica expresión apremiante, como si en sus carpetas llenas de papeles se jugara el futuro del universo.

El joven empleado entra con paso tímido al despacho y, al observar durante varios segundos la espalda inmóvil de Jorge frente a la ventana, duda sobre si debe interrumpirlo. Finalmente toma valor, carraspea una breve tos fingida, y dice:

– Perdón, doctor, está Pérez afuera.

Jorge lo mira como si le acabaran de hablar en un idioma desconocido; de golpe, vuelve en sí.

– ¿Pérez, el “Pérez” de siempre?

– Sí, doctor, esta vez lo trajeron esposado. Está con un policia en el pasillo.

Jorge dirige su mirada hacia el piso durante unos segundos; luego dice, apretando el puño izquierdo:

– Escuchame bien. Cuando hayan pasado quince minutos, me llamas por el interno diciéndome cualquier cosa. ¿Está claro?

– Perfecto, Doctor.

– Que le saquen las esposas y hacedo pasar.

Jorge se acomoda en el sillón que está frente a su escritorio, y presiente que el tranquilo aburrimiento de la mañana va a transformarse pronto en un malhumor que lo acompañará por el resto del día. Enseguida ve entrar a Pérez, que se frota las muñecas recién liberadas, y le sonríe desde lejos con sus dientes

Certamen Literario de la Defensoría General de la Nación

amarillos de tabaco; Pérez, con su nutrida cabellera plateada, recogida en una coleta ridícula.

– ¿Cómo dice qué le va, tordo? ¡Usted siempre tan empilchado, y yo con estas mechas! ¿Puede creer que me sacaron hasta los cordones de los zapatos? Parece que eso lo hacen para que los presos no se ahorquen, pero bueno, usted me conoce bien. Se imagina que conmigo eso no existe. Una persona como yo, toda la vida por delante.

Jorge no intenta siquiera disimular la incomodidad que le produce el encuentro. Finge estar leyendo unos papeles, que no son más que publicidades de libros jurídicos cuyo destino fatal es el cesto de basura. Se saca los lentes y eleva la mirada hacia el visitante trabajosamente, como levantándola con una grúa.

– ¿Y ahora que pasó, Pérez? ¿No habíamos quedado en que se iba a dejar de joder?

El hombre se da cuenta del rechazo, pero fuerza una mueca con las comisuras de los labios y se balancea ligeramente. Alisa el saco gastado, como si estuviera por salir a pasear, y con el ronco vozarrón resbaloso que Jorge ha escuchado tantas veces, le dice:

– Usted siempre tan directo, tordo. Nunca un “¿cómo anduvo eso, Pérez?”, o “¿qué tal la salud?”... ¡No cambia más! De todos modos, no se preocupe, que tengo bien claro que lo suyo no son las relaciones públicas. No me voy a andar quejando; total, cada vez que lo necesité por algún problema judicial, usted nunca me falló. ¿Sabe lo que estuve pensando? Que nosotros algún día deberíamos asociarnos. Yo me encargo de hablar con la gente, y usted, de los papeles; iqué dúo, por Dios!

Jorge suspira, mira a su alrededor como buscando ayuda. Junta las manos en gesto de plegaria y lo mira directo a los ojos.

– ¿Cuántos años tiene, Pérez?, ¿setenta y uno, setenta y dos? Ya le expliqué la última vez. La prisión domiciliaria la conseguimos solamente por la edad que usted tiene. Pero usted sabía bien: si volvía a mandarse otra de las suyas, de la cárcel no lo salvaba nadie.

– Lo tenía clarísimo, doc. Clarísimo –replica Pérez, y guiña un ojo-. Pero tenemos más o menos la misma edad; usted tiene que entender que...

– ¿Cómo la misma edad? –frunce el ceño Jorge, disgustado-. Yo tengo sesenta y tres años.

– ¿En serio? –exclama Pérez, desorbitando los ojos-. Hubiera jurado que éramos de la misma generación. Debe ser por el pelo. A unos Dios nos da tanto, y a otros tan poco... Bueno, y si a eso le agregamos esos trajes antiguos que usa usted; no me diga nada, tordo: James Smart, ¿no? ¿Por qué no se da una vuelta por uno de esos nuevos negocios con nombre italiano, que venden una pilcha mucho más moderna? Estoy seguro de que si sale a caminar un poco para bajar la pancita, y tomando un rato de solcito por las tardes, se le van diez años en dos meses. ¡No me mire así, que se lo digo porque lo aprecio!, su mujer se va a poner chocha.

– Soy viudo, Pérez- refunfuña Jorge- ¿Podemos concentrarnos en el problema que lo trajo de nuevo por acá?

El hombre toma asiento en una de las sillas, estira sus largas piernas por debajo del escritorio, como desperezándolas, y se frota con suavidad la barba de dos días. Más que un detenido, parece un psicoanalista listo para su paciente depresivo de las cuatro y media.

– No le vengo con nada nuevo. Otra vez fui a hacer un trámite al banco, otra vez se avivaron. Pero es como le expliqué las otras veces: yo soy una especie de Robin Hood actual.

– No empiece con el cuento de Robin Hood, Pérez... se lo pido por favor.

Pérez capta al vuelo el mensaje, inclina un poco la cabeza y, casi susurrando, dice:

– Pero es que es así, tordo. Yo les saco plata a los bancos para dársela a los pobres...

– ¿De qué pobres me habla? –bufa Jorge con la vista clavada en un cortapapeles.

Hay un instante de silencio. Jorge levanta la cabeza. Pérez achica los ojos, que se rodean de arrugas.

– De mí le estoy hablando –dice señalándose delicadamente el pecho-. ¿O acaso yo no soy pobre?

– Mejor continúe...- dice Jorge, resignado.

– Usted sabe bien que en esto yo sólo soy un peón, doc. Los que se la llevan toda, me dieron un DNI trucho y me mandaron al banco a cobrar la jubilación de otro. Muchas veces sale bien, y algunas no; la de ayer fue de las que no. En definitiva, el hecho es una pavada: al jubilado igual le pagan, el banco tiene un seguro... y, de última, la única vacunada es la aseguradora.

Pero los dos sabemos que, en realidad, las compañías de seguro nunca pierden.

Jorge se levanta pesadamente, y va hacia un rincón del despacho. Abre la puerta derecha de un armario metálico, busca un rato y finalmente saca un expediente gris, con una inscripción que reza: "Legajo de antecedentes de Hilario Martín Pérez".

– ¿Le puedo hacer una pregunta personal, Pérez? –dice al fin, mirándolo de reojo mientras vuelve a su sillón.

– Las que quiera, tordo- responde Pérez, encogiendo las piernas e inclinándose hacia adelante.

– Según su planilla de antecedentes, usted tuvo ya siete causas penales, ¿no es así?

– Eso fue cuando me agarraron. Pero bueno, fueron más las veces que ni me vieron el pelo.

– Lo que a mí me llama la atención es que la primera causa que registra es de hace cinco años. O sea, usted se pasó más de sesenta años sin problemas con la justicia y, de golpe, empezó a cometer un delito tras otro. ¿Qué fue lo que motivó ese cambio?

Pérez hace fuerza por seguir sonriendo, pero la sonrisa se le marchita lentamente.

– A mí me gusta mucho escuchar tangos, doc, pero me está pidiendo que le cante uno. –Se queda callado unos instantes, luego baja la mirada. – Yo trabajé toda la vida en una librería de la Avenida Corrientes, que cerraba a las cuatro de la mañana. Viví épocas gloriosas de Buenos Aires, conocí a tanta gente...

El viejo cierra tenuemente los ojos, como viajando hacia adentro. Empieza a canturrear bajito:

– Nostalgia de las cosas que han pasado... arena que la vida se llevó... Hace unos diez años falleció Don Pedro, mi patrón. Un gallego macanudo, pero entre los vagos de sus hijos remataron la librería. Ahora hay una playa de estacionamiento. Cuando cumplí los sesenta y cinco y quise tramitar mi jubilación, resulta que Don Pedro jamás había hecho los aportes. Todos los primeros de mes me gorpaba religiosamente, pero todo en confianza; nunca hicimos un recibo. Usted que es boga sabe el lío que es ese papeleo.

Sin aviso, los ojos de Pérez se ponen rojos de rabia.

– ¡Y encima los hijos del gallego dijeron que no me conocían!

¡A mí, que los había visto nacer, que los veía venir a la librería a mangarlo al viejo hasta el día en que crepó!

Súbitamente, una inmensa arruga le hunde la frente como un tajo. Se muerde apenas los labios y se queda callado.

– ¿Y sus hijos? Me parece recordar que alguna vez usted me contó que tenía dos hijos.

En el mismo instante, Jorge se arrepiente de haber formulado la pregunta al ver que los ojos de Pérez brillan con una velada fragilidad. De pronto suena el teléfono. Jorge levanta el tubo muy despacio, escucha un momento y contesta con un murmullo.

– Que me esperen. Tengo para un rato más. No me pases más llamados.

El viejo empieza a dibujar unos pequeños círculos invisibles, con su dedo flaco y gastado, sobre el vértice del escritorio. El festivo payaso que hace unos minutos había ingresado en el despacho, ahora parece uno de esos ancianos solitarios que cada tanto Jorge ve desde la ventana, sentados en algún banco de la plaza, como esperando en vano que alguien los venga a rescatar.

Jorge aprovecha la pausa para hacer un giro en la conversación.

– ¿Le parece que volvamos al hecho que nos convoca?, le dice en un tono amigable, muy diferente al de fastidio con el que comenzó la entrevista.

Pérez lo mira agradecido. Su rostro parece querer volver a ser el del principio, y acomoda su cuerpo como si hubiera recibido una inyección que lo devuelve a la vida.

– Esta vez le traigo un argumento distinto, tordo. No tengo dudas de que usted sabrá sacarle el jugo. Estuve pensando... ¿Y si invocamos como justificación de mi conducta, que estuve motivada en el amor?

Pérez advierte el desconcierto en los ojos de Jorge, que reclina su cuerpo hacia atrás como preparándose para escuchar un nuevo disparate.

– Me explico. Es cierto que yo le había prometido que iba a aflojar con el tema del delito. No le voy a salir con el verso de que me arrepentí de algo, pero la verdad es que un poco me cansé de andar pateando por los tribunales. Después de la última condena, me dieron la domiciliaria y me fui a vivir a una pensión en Flores. Imagínese, yo soy un hombre que nació para la libertad. No me podía quedar encerrado como esos viejos que

se pasan sus últimos años marchitándose frente a un televisor.
¿Me entiende?

Jorge asiente con la cabeza.

– La cosa es que cómo tenía prohibido salir a la calle, se dio que empecé a chamuyar bastante con Marta, la dueña de la pensión. Ella vive en la primera pieza del edificio. ¡Esa mujer es una santa, tordo, una santa...! Aunque ella sabía bien por qué yo estaba siempre encerrado, nunca me trató mal; todo lo contrario. – Se toma la cabeza con ambas manos y sube el vozarrón: ¡No sabe cómo cocina Marta, tordo, es una locura! Con la excusa de que no le gusta comer sola, empezó a invitarme a almorzar con ella en su pieza. ¡Ojo, no me vaya a entender mal!, mire que le estoy hablando de una relación respetuosa.

– Todavía no puedo imaginarme cómo todo esto que me cuenta va a terminar con usted en un banco, intentando cobrar una jubilación ajena.

– Se la hago corta, doc. Charla va, charla viene, me terminé enamorando de Marta; y para tratar de conquistar a una mujer como ella, no me podía quedar encerrado en un cuarto esperando que se la lleve otro. Para eso necesitaba buena pilcha, invitarla a cenar a un buen lugar, regalarle flores... en fin, usted sabe que todo eso cuesta plata, así que no me quedó otra que contactarme con los muchachos para que me pongan de nuevo en circulación.

– Y así llegó rodando hasta la comisaría, Pérez, ¿y ahora qué hacemos?- pregunta Jorge levantando apenas las cejas.

– Eso es lo que me tiene que decir usted. ¿En serio no existe alguna eximente para el que actúa por amor? Parece que si a un tipo le roban, la ley le deja chantarle tres tiros al ladrón; o si uno deja el auto en un taller y después no tiene guita para pagar, resulta que el mecánico se puede quedar con el auto hasta que le garpen... El sistema de justicia es muy loco, tordo, muy loco.

Jorge le da la razón con la mirada. Piensa durante unos instantes.

– Lo primero es lo primero- le dice con convicción-. Vamos a empezar pidiendo su excarcelación para intentar sacarlo de la comisaría. El resto tendremos que trabajarla con más tiempo. Yo voy a charlar con el fiscal para ver si podemos llegar a algún

acuerdo que lo devuelva a la pensión. Pero mire que voy a necesitar que usted colabore.

– Lo que usted diga- responde Pérez como un soldado.

– Va a ser importante que cuando nos reunamos con el fiscal, usted se muestre arrepentido.

– ¿No le digo yo que el sistema judicial es de locos? –exclama levantando los brazos abiertos -¿Se da cuenta de que me está diciendo que para que me vaya mejor es necesario que minta? Ya le expliqué que, de alguna manera, yo me estoy cobrando las jubilaciones que me corresponden por haber laburado toda la vida, y que con eso no perjudico a nadie. Pero bueno, si el sistema me pide que minta, tendré que mentir...

– Mejor dejemos ese tema para más adelante. Vaya yendo nomás, que yo voy para el juzgado a ver la causa y a tramitar su excarcelación.

Jorge le extiende la mano y Pérez se la aprieta con fuerza durante unos segundos, mientras le guiña de nuevo el ojo izquierdo y le insiste en que piense en la posibilidad de formar una sociedad con él. Cuando sale al pasillo, el policía cumple con los reglamentos y ritos vigentes, y le pone las esposas al viejo. Pérez se entrega mansamente a esa ficción, que lo exhibe como un individuo peligroso para la sociedad.

– ¿Necesita algo más, doctor?- pregunta el joven empleado.

– No, gracias...- hace una breve pausa y pregunta - ¿Conocés alguna sastrería italiana por la zona?

– Acá a dos cuadras, sobre Callao hay una muy buena.

– Gracias Martín, andá yendo nomás. Hasta mañana.

– Hasta mañana, doctor.

EL PEOR ALEGATO DEL DR. ANASTASIO RAMÍREZ

por Santiago Marino Aguirre

Estaría faltando a la verdad si les dijera que el Dr. Anastasio Ramírez podría llegar a sorprenderse por algún caso criminal en el que le tocara intervenir. En sus más de treinta años de ejercicio como defensor oficial lo había visto todo. La mente humana más fantasiosa no alcanzaría a pergeñar hechos y circunstancias tan insólitas e inverosímiles como las que Ramírez presenció a lo largo de más de dos mil juicios. Las anécdotas que atesora son innumerables; ¡bah!, numerables son, pero tanto se acostumbró a presenciar ese tipo de hechos, que lo que a cualquier cristiano le parecería estrambótico o inexplicable, para Ramírez resultaría algo casi normal. De lo que estoy seguro, es que del caso de Yuga Chang no se ha olvidado.

Decir que su trabajo consistía en conocer y aplicar el derecho penal sería una simplificación que, si llegara a oídos del Dr. Ramírez, sin dudas le molestaría. Quien se atreviera a una afirmación así, evidentemente no sabría de lo qué está hablando. Es cierto que el defensor tiene que saber Derecho, pero con eso no llega ni a la esquina; por lo menos si de lo que estamos hablando es de un defensor en serio. Y Ramírez siempre se tomó su trabajo muy en serio. Cualquiera que lo haya visto en acción pudo darse cuenta de que, además de jurista, Ramírez era actor, escritor, asistente social, psicólogo, buena persona (una condición que consideraba básica para su tarea, aunque no le requería ningún esfuerzo), estratega, ilusionista, filósofo, investigador privado, y quién sabe cuántas cosas más. Quizás por eso disfrutaba tanto de un empleo que, al permitirle ejercer tantos oficios a la vez, podía ser cualquier cosa menos aburrido.

Lo que sí le aburría (más bien diría que lo irritaba), era responder a las frecuentes preguntas de sus conocidos sobre por qué dedicaba su vida a defender los crímenes más horribles. En primer lugar, él no defendía ningún crimen, sino a las personas acusadas de cometerlos. En segundo, no eran pocos los que le había tocado defender que verdaderamente eran inocentes. En

tercero, creía con firmeza que aún el más culpable tenía derecho a un juicio justo, y además conoció a más de uno que había tenido motivos muy atendibles para haber delinquido. Pero además, Ramírez no andaba preguntándole al diariero de la esquina cómo hacía para levantarse a las cuatro de la mañana para recibir los diarios, repartirlos, y después quedarse todo el día sentado adentro de dos metros cuadrados de lata verde; ni interrogaba a su amigo el contador sobre cuál era el sentido de pasarse la vida mirando papeles y numeritos para que sus clientes no pagaran los impuestos; ni encontraba mérito en su dentista, que vive de la desagradable faena de hurgar en el interior de las bocas de desconocidos, y recibe como compensación –aparte de sus honorarios– el derecho de hacer sufrir “legalmente” a sus pacientes.

Pero me estoy yendo por las ramas. Les adelanté que les iba a contar sobre el caso del chino al que le tocó defender al Dr. Anastasio Ramírez hace algunos años. Fue para fines del 2003, y aunque tengo la seguridad de que muchos de ustedes van a pensar que les estoy macaneando, todo terminó un 28 de diciembre: el día de los Santos Inocentes. La paradoja, como más adelante verán, es que la categoría de santo no era precisamente la más adecuada para Yuga Chang, ni mucho menos la de inocente.

Recuerdo bien cuando Ramírez me contó su primer encuentro con el chino. Yo sabía de la importancia que él le daba a ese semblanteo inicial, e incluso estaba al tanto de la teoría de la “anormalidad” que Ramírez había elaborado hacia ya muchos años. Esta teoría (como tantas otras que integraban su meticoloso protocolo) ponía énfasis en cuestiones ajenas a los expedientes judiciales, yendo a contramano del remanido latiguillo tribunalicio que reza que “lo que no está en el expediente, no existe”. Ramírez tenía la seguridad de que lo que estaba fuera de los expedientes no sólo existía, sino que incluso era muchas veces determinante para la suerte judicial de sus defendidos. Estaba convencido de que no existen las personas normales; de modo tal que cualquiera que uno se cruzara por la calle, por más “normal” que nos pudiera parecer, a poco que uno llegara a conocerlo con un mínimo de profundidad,emergería su anormalidad. Por eso me insistía en que la anormalidad era en verdad lo normal, y aplicaba esa teoría con todos sus defendidos, hurgando sobre sus superficies hasta encontrarles su particular anormalidad.

Una tarde, café de por medio, Ramírez me contó cómo Yuga

Chang lo sorprendió desde el primer momento en que se conocieron. Pensaba que se iba a encontrar con un chinito que le iba a salir con el típico “no entienda, no entienda”, pero me juró que el tipo parecía un porteño metido en el cuerpo de un chino. Me confesó haber quedado desconcertado ante la serenidad con la que le hablaba su defendido, que parecía no darse cuenta que le imputaban un homicidio agravado, y que todo indicaba que de la perpetua no iba a poder zafar. Fue ahí cuando me invitó a presenciar el juicio que estaba por empezar en esos días. Por supuesto, acepté.

El hecho que le imputaban a Yuga Chang era terrible. La noche del 23 de mayo de 2003, unos diez propietarios de restaurantes chinos estaban reunidos en el local de uno de ellos, en el barrio de Belgrano. En medio de la cena ingresó un joven oriental con un revólver y le vació el cargador en la nuca al dueño del restaurante, frente a la mirada impávida de los demás chinos. Luego, el asesino le echó una mirada a cada uno de ellos y se retiró caminando tranquilamente, como si fuera un mozo que acababa de dejar un pedido.

Según me había contado Ramírez, la prueba en contra de Chang era contundente. Es cierto que ninguno de los comensales iba a testificar, pues todos se habían rajado del país luego del atroz episodio (se comentaba que habían cruzado al Uruguay hasta que finalizara el juicio), pero un taxista había visto salir a un muchacho del restaurante, con un arma en la mano. Y, si bien no podía identificarlo (dijo que era un chino, pero que para él todos los chinos era iguales), dibujó en la comisaría un tatuaje que coincidía perfectamente con el que Yuga Chang tenía en su antebrazo izquierdo. A eso se sumaba el testimonio de un mozo del local que había visto todo lo ocurrido, y que reconoció en una fotografía al defendido de Ramírez como el autor del hecho. Por otra parte, la coartada del chino era incomprensible: salió con el cuento de que esa noche había estado caminando solo por San Telmo, y vuelto a las cuatro de la mañana al hotel de Once en el que vivía. Pero para no serles impreciso con los detalles, mejor les transcribo algunas partes del acta del juicio que me facilitó Ramírez.

Presidente: -Señorita Kumiko, ¿Nos puede ilustrar sobre su oficio?

Testigo: -Soy tatuadola. Desde hace unos cinco años tlabajo en una galeería de la calle Alibeños.

Certamen Literario de la Defensoría General de la Nación

Presidente: -Le voy a pedir que observe un tatuaje, y nos diga si le resulta familiar, o si sabe si tiene algún significado en particular. Señor Chang, acérquese a la señorita y exhíbale su antebrazo izquierdo.

(El imputado se pone de pie y levanta la manga izquierda de su camisa frente a la testigo)

Testigo: -Si, lo conozco.

Presidente: -¿Al imputado o al tatuaje?

Testigo: -Al tatuaje.

Presidente: -¿Tiene algún significado especial?

Testigo: -Es un símbolo que representa al dragón.

Presidente: -¿A un dragón?

Testigo: -Si, a un dragón.

Presidente: -¿Las partes quieren formular alguna pregunta?

Dr. Ramírez: -¿Alguna vez usted hizo un tatuaje con las características del que le acaban de mostrar?

Testigo: -Si, muchos. Es una figura muy representativa de la cultura china. Si bien en China no se suele usar mucho porque tiene una connotación violenta, es bastante común que los jóvenes que viven en otros países se hagan ese tatuaje. Yo tengo uno igual, ¿Lo muestro?

Dr. Ramírez: -No es necesario, ¿Cuántos tatuajes similares a ése hizo en los últimos años?

Testigo: -Es uno de los más pedidos, especialmente en el baño en donde yo atiendo. Le diría que con seguridad hice ese tatuaje más de cien veces en cada año.

Dr. Ramírez: -Muchas gracias. No tengo más preguntas, Sr. Presidente.

Presidente: -La testigo se puede retirar. Que pasen la traductora y el testigo Xing Li.

Estoy casi seguro de que nadie se avivó, pero desde la fila en donde yo estaba sentado, pude ver durante un segundo una minúscula sonrisa en la boca de Yuga Chang. Ramírez, en cambio, seguía muy serio; y aunque se notaba que quería parecer despreocupado, era notorio que había algo que lo incomodaba.

Entonces pasó el testigo “estrella” de la fiscalía, un chinito llamado Xing Li. Después de dar sus datos personales y de

que se cumpliera con las formalidades de rigor, el testigo fue preguntado, a través de una intérprete, por lo sucedido en la noche del 23 de mayo. El tipo parecía que hablaba en cámara rápida. Más que palabras, emitía una sucesión de grititos interminables a través de oraciones que no tenían ni puntos ni comas. Por momentos se ponía de pie, y gesticulaba alterado moviendo su diminuto cuerpo ante los jueces, como en una exhibición de artes marciales. La traductora, una china de unos veintitantes años con una pancita de embarazo que no pasaría los tres o cuatro meses, contó que Xing Li relataba que hacía menos de un año había llegado al país, que era sobrino del que fuera asesinado, y que trabajó para él de mozo en el local durante dos meses, hasta la noche en que lo mataron. Cuando se le pidieron detalles del homicidio, los ojos del chinito entonces se abrieron como los de un occidental; de nuevo se paraba y hacía ademanes con su mano izquierda como si estuviera disparando un arma. La intérprete tradujo una descripción que coincidía con la imputación que le adjudicaban al defendido de Ramírez: El testigo estaba saliendo de la cocina con una bandeja y vio a un individuo que vestía una remera blanca de mangas cortas y llevaba un arma en la mano; luego esta persona se puso detrás de su tío y le efectuó cuatro disparos en la nuca en forma de cruz.

El presidente del tribunal le ordenó a Yuga Chang que se acercara al testigo y le mostrara el tatuaje. A esa altura, el chinito casi lloraba, y seguía con sus chillidos indescifrables. La traductora lucía tan conmovida como todos los que estábamos ahí, y dijo que Xin Li afirmaba sin dudar que el asesino tenía un tatuaje idéntico. Fue entonces que el presidente del tribunal le pidió a Li que mirara con detenimiento al imputado, y manifestara si lo podía reconocer como el autor del hecho. La cara del testigo pasó del amarillo al blanco, y el volumen de sus aullidos se tornó insoportable. La traductora empalideció y se quedó muda. El presidente del tribunal le exigió en un tono imperativo que tradujera lo que había dicho el chino. Finalmente la traductora balbuceó temblando:

– Dice que no es la misma persona.

Todo el mundo quedó paralizado, por supuesto que yo incluido. Un silencio de mil años invadió la sala, hasta que nos despabiló el estridente sonido que produjo la caída de la lapice-

ra del fiscal que, después de haber sido sostenida casi como un arma acusadora durante todo el juicio, se resbaló de sus dedos para estrellarse contra el piso y partirse en tres pedazos. Entonces el presidente le pidió a la joven que le reiterara la pregunta al testigo, y que le recordara que él había reconocido una foto del supuesto asesino en la comisaría tres meses atrás. La chica se volvió hacia Xing Li, y esta vez le dijo una serie de frases más largas y pausadas. Éste volvió a repetir sus grititos entrecortados y señalaba a Yuga Chang. La traductora parecía superada por la situación, y dijo que el testigo decía que ya en su momento les había hecho saber a los policías que el homicida no era el de la foto, pero que no le entendían porque no había ningún traductor en la comisaría. Que seguro que para los argentinos todos los chinos eran iguales, pero que él podía distinguir perfectamente a la gente de su nacionalidad, y que la persona de la foto que le mostraban no era el asesino.

El fiscal se puso pálido como el chino que estaba declarando. Desencajado, le imploró a la traductora que insistiera con el testigo, y ella parecía igual de desesperada tratando de sacarle a Xing Li alguna frase distinta, pero éste se mantenía firme en sus dichos. Con sólo mirar al chino, cualquiera podía darse cuenta de que estaba muy seguro de lo que decía, y que de ahí no se iba a mover; y de hecho no se movió.

Lo que siguió fue puro trámite. El fiscal, en su alegato, intentó mantener la acusación sobre la base de que la contextura física de Yuga Chang coincidía con la mencionada por el taxista, que su coartada no era más que una serie de burdas mentiras, y que el tatuaje era idéntico al que habían visto el sobrino de la víctima y el mismo taxista. Pero el tono vehemente del fiscal demostraba que hasta él sabía que su discurso era en vano.

La frutilla del postre fue el alegato del Dr. Ramírez. Todos esperábamos una de sus célebres y floridas alocuciones, en donde su fina oratoria atravesía la sala con un poder casi hipnótico capaz de convencer hasta al más escéptico, y en donde cada palabra parece una pieza minuciosamente estudiada para conformar un rompecabezas indeleble. Pero no. Nunca nadie lo había escuchado así. Si yo no hubiera estado ahí, no me lo creía. En menos de diez minutos el Dr. Ramírez pronunció un puñado de frases en un tono monocorde, casi robótico, inerte, vacío: “No hay arma.” “No hay reconocimiento.” “Deben haber miles de

personas con ese tatuaje.” “Nadie desvirtuó la coartada de mi asistido.” “Corresponde la absolución.”

Con cara de velorio, los jueces leyeron el fallo que absolvía a Yuga Chang y ordenaron su libertad. Al escuchar el veredicto, lejos de expresar una victoria, el rostro de Ramírez era una estampa de la amargura. Cuando el chino quiso estrecharle la mano, éste ya se había retirado presuroso de la sala, sin haber saludado a nadie. Preferí no seguirlo cuando se fue. Ya charlaríamos más adelante.

Un mes después pasé a tomar un café por su despacho, y me explicó que no se había ido disgustado por la absolución de su defendido. Que si tuviera que ponerse mal cada vez que se declarara inocente a algún culpable, no podría seguir con su trabajo; y que, cuando eso ocurría, era básicamente porque la policía o los fiscales habían trabajado mal. Pero el problema con el caso del chino no pasaba por si había cometido o no el hecho, sino porque a él le gustaba entender todo. Y aunque en su larga experiencia muchas veces había conocido verdades muy distintas a las que después se exponían en los tribunales, este caso, para él, era un misterio. Por eso –me reveló – ése había sido su peor alegato, aun cuando había conseguido sin ningún esfuerzo una sentencia absolutoria.

Pasó más de un año, hasta que una mañana lluviosa me volví a cruzar con Ramírez en la entrada de Tribunales, haciendo equilibrio entre su paraguas y unos expedientes que llevaba en el otro brazo. Apenas nos saludamos, me dijo con una mirada intrigante:

– ¿Te acordás del caso del chino?

– ¿Cómo me lo voy a olvidar? – Le contesté mientras me resguardaba de la lluvia bajo el techo de la puerta del edificio.

– Después de tanto tiempo, por fin pude entender lo que pasó. – me dijo haciendo malabares para cerrar su paraguas.

– ¡Contame ya, por favor!, le supliqué.

– Ahora tengo una audiencia. Venite al bar de siempre a las tres de la tarde y teuento.

Por supuesto que a las tres menos diez yo estaba instalado en una mesa, como un mueble más del bar, hasta que llegó Ramírez y por fin me develó el enigma.

– Me había quedado tildado con el tema –me dijo mientras

Certamen Literario de la Defensoría General de la Nación

revolvía un cortado-, y resulta que todo se me aclaró cuando menos me lo esperaba.

– Soy todo oídos -le dije sin disimular mi ansiedad.

– Un domingo, hace un par de meses, yo estaba lo más pancho leyendo el diario en un barcito de Belgrano. De pronto, el lloriqueo de una criatura me desconcentró. Primero traté de no darle bola, pero el berrinche empezó a ponerse insoportable. Entonces me di vuelta molesto, y ni te imaginás con lo que me encontré.

– ¡Claro que no me imagino! ¡Decime, por favor!- le imploré.

– Lo primero que reconocí fue el tatuaje del dragón en el antebrazo. Por supuesto que de ese dibujo no me iba a olvidar jamás. Pero el tema es dónde reposaba ese brazo: la mano de Yuga Chang estaba tomada a la de la traductora, que le hacía morisquetas al bebé que chirriaba como un poseído dentro del cochecito.

PERO No

por Lucas Mendos

Allí, en las afueras de Buenos Aires, donde muchos acuden fugazmente para partir, otros esperan largamente para permanecer.

El cielo rígidamente encapotado hace difícil saber si es de mañana, de tarde o si acaso la noche está cerca. Los relojes tienen el vil monopolio de saber qué momento del día es, y la cortina de agua que cae implacable sobre los muros es la única manifestación de que la realidad no se detuvo.

Hace mucho que los techos han dejado de ser impermeables y una gota de agua logra hacerse camino entre la estructura deteriorada. Cae e impacta en silencio contra una nuca ya cansada de sostener una cabeza que aparenta no darle órdenes de erguirse. Un par de rodillas ajadas son el único refugio posible para esa mente aturdida que aún no puede retomar sus responsabilidades más básicas. Divaga, quizás alucina.

Una hora más tarde la gota fue secundada en su recorrido por varias más, y entre todas han humedecido lo poco de ropa que lleva. Sus párpados hacen un esfuerzo por alzarse. Lo logran. Sus pupilas dilatadas no tardan mucho en acostumbrarse a la poca luz que ofrece la celda.

Afuera la lluvia sigue arreciando los muros y un pequeño tragaluces en lo alto deja filtrar una ínfima porción de la realidad. Como si de una burla se tratara, una figura alargada interrumpe súbitamente el monocromo plomizo y desaparece al instante. Quizás ella hubiera estado a bordo de ese avión. Quizás, del que pasaría dos minutos más tarde.

Yergue levemente la cabeza y hace un esfuerzo por ver lo que la rodea en ese reducto que ahora ha pasado a ser su mundo. No logra distinguir mucho más que lo que parece ser un colchón o algo que procura serlo. Es lo único fácilmente divisible porque es lo único que desentona en el fondo oscuro. Las manchas que lo adornan perversamente lo hacen el último

lugar donde se podría descansar con dignidad, aunque para ella forman en este momento tan sólo una suerte de juegos de caleidoscopio. Aún no logra hacer buen foco con sus ojos y el mareo que la aqueja todavía, le dificulta la percepción.

Pasan las horas y la pequeña realidad que se filtra por el tragaluces no muta.

Poco a poco, la infrarrealidad interior se agita y ella comienza a percibir signos de vida ajenos a la suya. Algunas sombras parecen moverse a lo lejos. Algunas son más visibles que otras, pero todas ellas parecen moverse. Oye voces pero no logra entender lo que dicen. Todas hablan un idioma que ella no comprende. Todas se comunican, pero ella no logra descifrar los bramidos que escucha.

La sabiduría de su naturaleza, que habría luchado milenarios por adaptarse a las inclemencias del sol en las tierras de sus ancestros, ahora le juega una mala pasada. Esa sabiduría la había traído al mundo con su piel teñida de ocre y ahora es víctima de ello. Es diferente. Y eso inspira miedo entre quienes ignoran. Es diferente a las demás sombras blancas que, al ignorar, temen y rechazan lo que temen.

Si bien ella no comprende lo que significa “negra de mierda”, la expresión de los rostros que logra distinguir le dan indicios suficientes de que no se trata de ningún halago.

Minutos más tarde, el adormecimiento de su cuerpo se va disipando, para dar paso a dolores agudos en su vientre. Algo debió haber salido mal, pero en este momento no recuerda nada de lo que pasó. Algo debió haber salido realmente mal. Le aqueja una sed que parece no poder ser saciada jamás. Su lengua áspera como una lija raspa su paladar con dolor y el tragar deviene un sinsentido.

Aún se debate entre la divagación y la percepción de la realidad que la rodea. Su belleza, abatida, se retiró por completo para dejar ver a una mujer cuyos encantos se han tomado licencia. Sus lágrimas se secan antes de salir de sus ojos y ya no le quedan muchas fuerzas para gritar o gemir de dolor.

En este país no tiene a nadie, y es poco probable que tenga seres queridos en otros lugares. Su país de origen tampoco se hace presente oficialmente en estas tierras y quienes decían ser sus amigos, seguramente estarán huyendo y pensando en negar conocerla, no tres, sino trescientas veces.

En lo único en que puede pensar es rogarle a su dios que le envíe la salvación ese mismo instante, incluso si ello significara su propia muerte. Está sola, y sola no podrá poner fin a esta situación. Ruega a su dios con lo poco de fuerzas que le quedan, pero nada cambia. El tiempo parece no transcurrir.

Horas más tarde, su plegaria languidece y ya la esperanza parece dar su último suspiro. A nadie le importa su existencia. A nadie desvela su padecer.

En eso, la quietud del recinto parece inquietarse. Un ruido metálico que nunca antes había escuchado penetra en sus oídos y se imprime en su memoria. Segundos más tarde, unos zapatos negros se posan delante de ella, irrumpiendo en su mundo tan distorsionado. Los zapatos parecen retraerse y ahora son dos rodillas, una de las cuales se apoya en el piso. Una mano deja en el piso unos papeles con inscripciones que no puede entender. Logra hacer foco con la vista y lo único que reconoce son unos números. Cree leer “23.737”, pero no está segura.

Alza la vista, pero no logra ver el rostro de quien tiene enfrente. Tan sólo distingue un pequeño cartel blanco que cuelga de su ojal con una inscripción de dos palabras que no puede comprender. Oye una voz que le dice algo que ella no puede comprender. Todo es incomprensible para ella.

Pero esta voz no es insultante como las otras que hasta ese momento había escuchado. Parece amable. Alguien finalmente le hace llegar un mínimo de calidez, un mínimo de humanidad, que ella percibe como divina. Quizás sus plegarias hayan sido oídas y su dios le haya enviado a su salvador. Alguien que, de un momento a otro y sin demora, ponga fin a todo su sufrimiento y a todo lo que había llevado a que terminara en ese inframundo insoportable.

Pero no. Es tan sólo su abogado defensor.

OTRA VISITA CARCELARIA

por Aníbal Augusto Micucci

– ¡Traigan a la interna Aristizabal, que está el abogado!

El grito desde la primera reja se va perdiendo como una pluma invisible, que viaja lenta y silenciosamente por el aire, como en aquella película de cine.

– Ya viene, doctor

Retumban puertas, rejas, pasos, y ese murmullo incesante, indefinido... Esos ecos.

Situaciones casi idénticas, a lo largo de tantos años, le fueron quitando a este obeso abogado de casi ciento diez kilos, poco a poco, la sensibilidad con la que convivió en sus primeros años de profesión. Insensibilidad que sin buscar, nació, creció y se adueñó de él como el peor de los amigos-enemigos.

Pero algunas circunstancias, algunas visitas, y sobre todo algunas comunicaciones que a veces hay que dar, sin querer, hacen retroceder, y revivir heridas que se creen haber perdido y sepultado inconscientemente con los años.

Él suele hacer de su trabajo, una rutina de lunes a viernes, y finge que los fines de semana son para la familia y los amigos. “Pero, cuando alguien pasa los cincuenta y tantos”, se dice, “el camino que se presenta, no es el que cada uno proyectó que vivirá”. Nunca”, repite.

Hoy se siente particularmente desganado. Particularmente triste.

Tiene que anunciarle a su defendida que sus estudios médicos, aquéllos que tanto tuvieron que pelear para que se realizaran, llegan con el peor de los resultados: un cáncer terminal. Que llega, como mofándose de las suertes y las desgracias, como un anexo cruel, desgarrador, increíble, de todas las condenas establecidas.

El abogado enseña a sus alumnos de la facultad que siempre hay que tomar distancia de los asistidos, sobre todo de los que están “adentro”. Tomar, y mantener esa distancia.

Pero con Aristizabal....

Tantas veces se vio a sí mismo, sentado en ese mismo pasillo, esperando que le trajeran al “preso”. Tantas veces contó baldosas, creando rompecabezas, ideando principios de cuentos y novelas.....tan sólo como una manera de acortar tiempos de espera. Como cuando se imaginaba que él mismo era un preso, que pasaba sus días conviviendo y luchando con cada uno de los que, circunstancialmente, se le cruzaban en el pasillo. Pero hoy no puede.

Algo es más fuerte hoy que todas las rutinas. Más duro.

Aristizabal es una mujer detenida en la Unidad 3 desde hace más de quince años.

Desde aquella mañana en la que apareció llorando y suplicando por ayuda, él se encargó de ella. De su defensa, de sus visitas, de sus reclamos, de su juicio, y de su vida. Todos en la defensoría saben (saben y cuentan), que a pesar de que al principio llegó a odiar su suerte y su destino, nadie más hubiera sido capaz de brindar a esta mujer una mejor asistencia... ¡Cuántos fines de semana, incluso aquellos en los que alguno de sus hijos cumplía años, o estaba enfermo, hasta aquel día de la madre, y el del niño, se había encontrado en este mismo pasillo, esperando a su asistida!

Aristizabal ha matado, en circunstancias poco claras y muy controvertidas.

Ella fue la que dentro del pabellón (y fuera) hizo famosa la frase:

“Matar sí, pero asesinar...” Dicen que se lo gritó al juez, y que lo siguió gritando, desde aquel momento en que le leyeron la sentencia. Que lo sigue gritando. Si hasta llegan a decir que algunos abogados la nombran, a ella y a su frase, en los más desesperados alegatos. En importantes alegatos. Ella no dice nada. Pero le gusta escuchar eso.

Todos cagan con que ha estado en la Unidad 3 desde siempre. Y hoy....

Un abogado con casi treinta años de profesión, querido casi por todos, admirado por casi todos, y conocido por todos...casado por las presiones, pero incondicional amador de su mujer y de sus cinco hijos...una vez más, en el pasillo, esperando a su asistida. Tal es la relación que tienen, que no es secreto que Aris-

tizabal tiene fotos de él y su familia. Que conoce cada detalle de la vida de todos y cada uno de ellos, y que hasta está escribiendo un libro de sus vivencias y de sus largas charlas con el “doctor”.

Sin quererlo, tal vez, le llega esa imagen y recuerdo de su infancia.

¡Justo hoy, justo ahora!

Tardes enteras jugando con Ezequiel en el patio, a los vaqueiros y a los “solda”.

El primo Ezequiel. ¡Cuántas veces se había hecho el distraído, cuando lo encontraba llorando, para que no sintiera vergüenza! ¡Cuántas veces se había quedado acompañándolo, hasta que suponía que estaba recuperado, después de las palizas de su padre! ¿Por qué hoy venían a la puerta esas imágenes?

Es sabido (todos lo saben), que es más que admiración lo de Aristizabal. Lo sabe Carmen, Malamina, La Ursula, Pie Grande, Yesikka (ella jura que se escribe así, y como es tan buena nadie se lo retruca), la Yegua. Hasta la directora del penal conoce, casi, todos los detalles. Y aunque con el tiempo se encargó de esconder, y aún matar, algunas partes, nadie en la Unidad 3 cuestiona la historia de Aristizabal.

Por fin se abre la puerta, y, una vez más, aquí se encuentran.

Ella se ve más vieja, se ve dolida.

Él también.

Aprieta fuerte su mano, y le dedica la mirada más dulce que alguien pueda mostrar con verdad...

– Hola, mamá...

El doctor Aristizabal tiene hoy otra visita, la más dura, con esta defendida.

EL CRIMEN QUE NO FUE

Roberto Picozzi

En mis años como defensora de culpables y de inocentes, pocos asuntos me han intrigado tanto como la violenta muerte de Alicia G., en un exclusivo barrio cerrado de Tigre. Fue un misterio que durante más de cinco años intrigó a la opinión pública.

La falta de respeto hacia los procedimientos a seguir en caso de muerte violenta, o la lisa y llana inexistencia de esos procedimientos, probablemente fuera una de las principales causas del empantanamiento de la investigación.

Al cavilar sobre el caso, recordé que en Gran Bretaña existe el “Murder Club”, cuyos miembros presumen de poder resolver, con la sola potencia de sus intelectos, cualquier caso, aún los más complejos.

Una vez que establecí contacto con el Club, le envié la información que disponía: la demora en descubrir que la muerte de Alicia no era accidental, el freno a la acción policial, el certificado de defunción falso, el desvío de sospechas hacia el vecino, el apresurado lavado de la escena de la muerte, la desaparición de pruebas, el movimiento del cadáver, etc., etcétera.

Luego de varios días, mi nota fue respondida. Inquirían sobre los procedimientos seguidos y deslizaban alguna que otra ironía. Una pregunta me llamó la atención: querían saber si se había realizado la prueba de parafina en las manos de todos los posibles sospechosos y también en las manos de la víctima.

Les hice notar la inutilidad de esa prueba, en el caso de la muerta. Cinco balazos, dejaban filtrar nuestros investigadores, denotaban un crimen pasional, (jamás un suicidio) probablemente cometido por una mujer (los pesquisas sostienen que las mujeres matan con calibres pequeños y que si los disparos son varios, el crimen es pasional. Así de sencillo). Y agregué, como cierre lapidario: “Nadie se suicida de cinco balazos. Le ruego se ocupen solamente de las alternativas posibles”

Dos meses después recibí el informe. Repasaba todas las hipótesis ya barajadas por la policía, la justicia y la prensa. No había conclusiones definitivas que aclararan en forma indubitable lo que realmente había ocurrido.

Sin embargo, no cerraban la puerta al suicidio. A mi comentario respondían, cáusticos: “No ignoramos la imposibilidad de suicidarse con más de un disparo. Pero, puesto que aún no existe versión oficial satisfactoria sobre lo ocurrido, sugerimos investigar todas las posibilidades, aún aquellas que, apresuradamente, puedan ser catalogadas como inviables.” Y continuaban: “Aceptamos que, habitualmente, el primer balazo es el fatal. Pero nada impide que los restantes disparos sean realizados por otra persona; disparar sobre un cadáver no es homicidio”. Introducida la duda, remataban: “Aconsejamos explorar si existe algún seguro de vida, que excluyera la cobertura en caso de suicidio del titular.”

Este irreverente enfoque me encantó. Pese a todos los indicios, siempre creí improbable que estuvieramos ante un asesinato; no veía a la víctima despertando insensatas pasiones y su entorno tampoco me parecía propenso al desborde criminal.

La hipótesis del Murder Club tenía el atractivo de ser original y sintética, rompiendo falsas certezas y yendo a lo más profundo del problema. De un modo oblicuo nos decía: para resolver un asesinato, es condición estar frente a un asesinato. Algo tan obvio, había sido desatendido. Iluminada por el británico sentido común, examiné los hechos.

Alicia había muerto de modo violento: ¿es el asesinato la única manera de morir violentamente? No, en esa categoría podemos incluir, sin mayor esfuerzo, al accidente mortal y al suicidio. La muerte era un dato; el asesinato, sólo una presunción.

Entonces, lo único indubitable era: Alicia murió de un disparo de arma de fuego, realizado por ella o por un tercero. La pregunta crucial es: ¿quién hizo ese disparo, el primero, el mortal? El sentido común nos indica que, si hubo un asesinato, quien disparó fue el criminal. Y si estuviésemos ante un suicidio, ese disparo debió ser realizado por Alicia. En ambos casos, es obvio que los restantes disparos podrían ser efectuados por otras personas. El no entender el motivo de este desdoblamiento balístico, no lo transforma en imposible; por ahora con eso nos alcanza.

Si avanzamos con la hipótesis de que Alicia se eliminó voluntariamente, de ella fue sólo el primer disparo; los restantes

deben necesariamente ser ajenos. Aquí podríamos detenernos; dado que, sin prueba de parafina, nadie puede afirmar que la muerta no se haya disparado, el defensor del acusado podría pedir que se cerrara el caso. Pero, siguiendo la pista que nos regalan los expertos británicos, investiguemos por qué alguien podría desear tirotear un cadáver.

Descartadas las necropatologías, indaguemos quién ganaría ocultando un suicidio. Ya en desuso la bárbara costumbre de dejar sin sepultura a quienes voluntariamente finalizaban sus vidas, el móvil económico surge como probable. Nuevamente recurrimos a los ingleses para que nos guíen. Los seguros de vida no cubren, durante los primeros años de vigencia, la muerte autoprovocada. Así que, con sólo investigar quién era beneficiario de la probable póliza de Alicia (aquí o en el exterior) sabríamos quién realizó los últimos disparos, y así esclareceríamos la de otro modo incomprendible avalancha de plomo.

Si repasamos el caso, vemos que inicialmente se trató de simular un accidente mortal, una caída en una bañera. Ésta era la mejor solución: se cobraba el seguro sin complicaciones. Quien resolvió el disparo de cuatro tiros sobre un cuerpo muerto priorizó, con frialdad pasmosa, el asegurar el cobro de la póliza. Era una jugada peligrosa, pero una póliza suculenta justificaba el riesgo. Pensó que si caía la trinchera del accidente, la pesquisa debía orientarse hacia el crimen, alejándola del inconveniente suicidio. Hacía falta que el ficto asesino (de un crimen inexistente), fuese alguien distinto del beneficiario. Pasado un tiempo, cobrada la póliza y prolijamente escondido el dinero, se hacía conocer la verdad, caía la causa, el falso criminal salía libre y se transformaba un complejo homicidio en una simple defraudación a la aseguradora. El dinero de la póliza compensaría con creces las incomodidades de la improbable prisión.

Yo había resuelto el caso pero, lamentablemente, los acusados no habían tenido la deferencia de nombrarme su defensora. Al no conocer a ninguno de los implicados, ni tener conocidos en común, mi situación era absurda. Había resuelto el enigma o, al menos, había encontrado el camino para exculpar al viudo, principal acusado, y a su entorno, pero no tenía modo de obtener rédito con mi descubrimiento.

Descartada la posibilidad de transformar mi hallazgo en honorarios, sólo me restaba buscar algo de notoriedad, y hacer pú-

blicas mis originales conclusiones. Mi bolsillo no se beneficiaría pero, al menos, mi vanidad sería acariciada. Así que, embellecí algo el anterior relato y lo envié a un certamen literario. La participación en el concurso dio cierta difusión a mis especulaciones y, durante corto tiempo, mis textos fueron objeto de curiosidad.

No mucho después, el defensor del principal inculpado, con más desparpajo que ética, tomó mis argumentaciones y, vistiéndolas con un atractivo ropaje jurídico, dio un inesperado vuelco a la causa. Arrojó sobre el estrado el seguro de vida de Alicia, convenientemente cobrado. Y finalizó así su alegato:

- Su Señoría, no pido la absolución de mi cliente. No pido que se lo declare inocente. Pido, Su Señoría, que se reconozca que mi cliente no es culpable del asesinato de su esposa. Y que también se acepte, ioh paradoja! que no es inocente de ese asesinato. Esta contradicción, Su Señoría, no es tal: ¡lese asesinato nunca existió!! No puede haber culpables ni inocentes, donde no hubo delito. Mi cliente, Su Señoría, no es un criminal: es un mero viudo. Muchas gracias.

El viudo fue rápidamente absuelto.

Tiempo después, recibí un importante ramo de rosas con una nota manuscrita. Su texto no dejó de sorprenderme, aunque debo admitir que en algún momento intuí que la publicación de mi cuento podría favorecer a un uxoricida. Confieso también que la vanidad de haber descubierto algo para mí evidente, donde tantos nada habían visto, fue más fuerte que el freno moral. El texto de la nota es el siguiente:

“Estimada Doctora:

He leído y releído su cuento acerca de la muerte de mi mujer. Espero no ofenderla con mi sinceridad, mas no he encontrado en él mayores méritos literarios. Sin embargo, siento la obligación de hacerle llegar este obsequio. Como usted probablemente recordará, luego de la publicación de sus páginas, mi abogado tomó los argumentos que usted desarrollara y los hizo suyos. El esquema y el razonamiento, por provenir de una letrada sin relación con la muerta, la familia ni la causa, influyeron grandemente en la decisión favorable del Juez y, luego, en la absolución definitiva con que la Cámara me benefició. Por ello, junto a estas flores va mi agradecimiento. Y una confesión: usted estaba equivocada. Su razonamiento calzó perfecto con los hechos, deslumbró con una lógica impecable y desmanteló toda obje-

ción. Sin embargo, insisto, usted erró. Creo haber leído que, en ocasiones, cabe más de una explicación para un mismo hecho. Y ése fue su principal argumento para refutar la teoría del asesinato, que reemplazó por la rebuscada hipótesis del suicidio. Pues bien, no fue suicidio. Yo la maté, y hemos ocultado eficazmente el dinero de la póliza. No me queda más que agradecerle que haya contribuido decisivamente, con su ingenuidad e inteligencia, a que yo recuperara mi libertad. Si no abriga usted preventión contra los viudos, será para mí un placer estrechar su mano y hasta compartir una cena, como demostración de mi eterno reconocimiento. Sinceramente suyo. XXXX”

DEFENSA DE OFICIO

por Pablo Tornielli

La ciudad tropical, incrustada entre las montañas y el mar, era el mejor lugar para las Terceras Jornadas sobre la Evolución de las Garantías Penales Constitucionales en Latinoamérica. Ustedes pueden imaginarlo: buena “infraestructura”, salones de convenciones con vista al mar y a las montañas cubiertas de selva desde la cumbre hasta la falda. Se habían inscripto abogados de México, Venezuela, Chile, Guatemala y quién sabe cuántos países más.

El hotel estaba al pie de un morro. Tenía una explanada a la que se accedía por la Avenida de la Costa, y a menos de trescientos metros estaban las playas y un sólido mar de turquesa. Todos los jardines y plazoletas estaban llenos de palmeras y plátanos.

Durante la primera jornada, se sentaron a mi lado dos abogados que eran del lugar. En cuanto terminó la conferencia me preguntaron cortésmente por mi país, y luego de charlar un rato me invitaron a almorzar en un famoso restaurante de la ciudad. No encontré razones para negarme y en instantes estábamos esperando un transporte, que resultó ser una camioneta con lugar para seis o siete pasajeros.

Había otros dos pasajeros sentados en las butacas traseras. Subimos y el vehículo comenzó a deslizarse por las calles, hacia las afueras de la ciudad. A medida que pasaban los primeros kilómetros y el mar se iba perdiendo a nuestras espaldas, mis compañeros parecían haber perdido el don de la conversación y se hizo un silencio algo incómodo, porque los pasajeros de atrás y el conductor también estaban mudos. Pregunté si estábamos cerca, y la respuesta de uno de los “colegas” fue mirar hacia atrás, donde estaban los dos “pasajeros”, que ahora dejaban ver dos ametralladoras y me observaban con atención. Me indicaron que me quedara quieto y me informaron, de modo no muy convincente, que no me harían ningún daño.

No sé en cuánto tiempo, tal vez en pocos minutos, llega-

mos a una especie de estación de servicio abandonada y desatralada. Bajé de la camioneta como quien sube a un patíbulo, tratando de conservar la dignidad y abrigando la esperanza mínima de un acto de clemencia de los verdugos. En seguida subimos al compartimiento de carga de un camión, que me pareció oscuro como un abismo cuando el portazo apagó la luz desmesurada del mediodía.

Tardé un rato en recuperar la vista. Volvieron a asegurarme que no me harían daño. Hice alguna que otra pregunta, dejé ver que no era gente de fortuna como para justificar un secuestro, pero los captores no tenían más para decir. El viejo camión se sacudió durante un par de horas. Evidentemente seguíamos por un camino precario. Nos hundíamos cada vez más en la selva.

Después de una eternidad, el camión se detuvo y se abrió la compuerta. La luz caudalosa del día tenía ahora una densidad distinta. Era la tarde y estábamos en una especie de vallecito. El monte seguía omnipresente. Sentí un olor fúnebre de tierra húmeda. A pocos pasos del camión había varios caballos. Mi carcelero me preguntó si sabía montar, a lo que contesté que un poco. Me esposaron las manos delante del cuerpo y me ayudaron a treparme a un animal sin estribos que parecía muy manso. Formamos en hilera; yo quedé entre dos hombres armados con fusiles.

Así viajamos por el monte a medida que iba cayendo el sol, hasta llegar a un campamento de cuatro o cinco tiendas verde oliva. Salió a recibirme alguien que parecía ser el comandante, vestido a medias con ropa militar. Lucía una barba un poco rala y un pelo demasiado largo para la pretensión castrense del uniforme.

El personaje se presentó con formalidad como el “capitán de sección”. Se interesó y disculpó por las posibles incomodidades del viaje, sin dejar de mirarme con cierta curiosidad.

—Tengo entendido que usted es abogado —dijo.

—Así es, soy abogado en Buenos Aires, Argentina.

—Muy bien. Ya tenemos el defensor —concluyó enigmático, y ordenó a algún subalterno que comunicara la noticia: estaba disponible “el defensor”. Luego continuó:

—Vea, licenciado, ¿así les dicen en su país, o es más bien doctor?, usted ha sido nombrado defensor de oficio por la Sección Primera de la Milicia del Monte, que está bajo mi comando. El juicio se hará mañana.

— ¡Pero cómo! ¿Quién me designó, cómo supieron de mí? Yo jamás estuve en este país, llegué ayer y me voy el domingo —dije, y en seguida reparé en lo temerario de esta última afirmación, considerando las circunstancias.

—Doctor: usted fue designado del mismo modo que los defensores de oficio en algunos países: al azar. Es cierto que no pudimos hacer un sorteo, no tenemos una lista de matriculados, pero esas conferencias o jornadas a las que usted asistía en la ciudad nos dieron la oportunidad de conseguir un defensor letrado. No hay muchos abogados sueltos por ahí en el monte. Y créame que fue al azar, no conocíamos a ninguno de los asistentes. Nuestros oficiales se infiltraron en el lugar, y lo eligieron simplemente por el lugar donde usted se sentó, no lejos de la salida y con poca exposición a las miradas. Tenían esas instrucciones.

—Pero, veamos —dije, tratando de sacar alguna claridad de todo ese disparate. — ¿de qué juicio estamos hablando, a qué poder judicial pertenecen ustedes?

—Al Poder Judicial de la Milicia del Monte— dijo solemnemente. Mañana enjuiciaremos a un Enemigo del Pueblo. No queremos que se diga que somos unos asesinos o unos secuestradores. Somos el futuro gobierno de este país, y debemos proceder dentro de un marco de legalidad revolucionaria, un anticipo de la justicia que administraremos luego de la Victoria. Si juzgamos a alguien, le proveemos un abogado. A veces no tenemos uno disponible. Entonces le ofrecemos al acusado que designe como defensor a cualquiera de nuestros milicianos. Su cliente se negó a ello, pretextando que el juicio no era válido. En tales casos el Comando Supremo Revolucionario ordena que consigamos un defensor de oficio. Quién más indicado que usted, es decir usted o cualquiera de los abogados que asisten a las jornadas sobre derecho constitucional no muy lejos de aquí. Nos han caído como del cielo, el Comando Supremo estará muy satisfecho.

Ante mi silencio, continuó:

— ¿Había oído usted hablar de nuestra Milicia, o conoce las circunstancias políticas de nuestro país?

— ¡No, en absoluto! No tengo la menor idea de todo eso.

— ¡Excelente! Ahora podrá descansar un poco y nos veremos para la cena. Mis milicianos lo llevarán a su tienda. Luego del juicio, tienen orden de liberarlo en zona segura para que se co-

munique con el cónsul de su país y le explique que está en perfectas condiciones. En lo que concierne a esta Milicia, el domingo estará usted de vuelta en su país como lo había planeado.

Me llevaron a una de las carpas, y me hicieron entrar y tenderme sobre unas mantas. Un centinela se instaló en la abertura de la carpa y me dijo que estaría seguro mientras no intentara escapar.

Los milicianos habían tenido tantas oportunidades de matarme sin esfuerzo que comencé a creer que realmente no tenían esas intenciones. Pero si toda la historia era cierta, la vida de algún ser humano dependía de mí. A la mañana siguiente tendría que legitimar, con mi presencia inútil, una parodia de juicio y tal vez presenciar la ejecución.

"Justicia bananera", pensé mientras miraba las hojas enormes de una especie de plátano. Tenía que negarme a tomar parte en todo eso. Ninguna milicia salvática tiene atribuciones para juzgar personas y designar abogados. Estaban por cometer un crimen y yo no sería cómplice de ese crimen.

Luego pensé en las posibilidades que existían en caso de que se me ocurriera pronunciar tan sabias palabras. La más evidente era la rápida eliminación del reo. Y no podía descartarse que me reservaran un lugar junto a él frente al pelotón.

En la carpa-prisión, agobiado por estos pensamientos, tendido sobre las mantas y cansado por el viaje, no logré dormir pero sí logré tener una pesadilla, quizá una alucinación. Me vi en la sala de profesores de la Facultad de Derecho. Al parecer, yo había asumido una defensa complicada, porque estaba de lo más angustiado. Le comentaba el asunto a Dalmacio Fernández, aquel abogado y profesor inolvidable, que me miraba con una compasión sonriente. El viejo Dalmacio era el consejero ideal, el equilibrio entre el hombre práctico y el estudioso. Cultivaba un cinismo leve y sagaz que convertía su conversación en algo semejante a un café: amargo pero estimulante. En la pesadilla, Dalmacio escuchaba mis penas, apoltronado en un sillón enorme. Yo me quejaba del tribunal, le contaba al viejo que había pensado un par de alternativas. Le comentaba que estaba indignado. El viejo contestó en un tono magnánimo, que le procuraba impunidad para incurrir en algún que otro exabrupto.

—Todo esto que me ha contado es una gran tontería —arremetió Dalmacio con despreocupación. —Si va a ser defensor en

causa penal, hay dos o tres cosas que no debe olvidar. En primer lugar, nunca demuestre ante el tribunal que tiene un compromiso emocional de ningún tipo con su cliente. Más bien muéstrese cínico. Cuando hablo con cualquier funcionario de un juzgado sobre un defendido, siempre dejo escapar, en tono de sorna, que mi cliente es una bellísima persona. De este modo el tribunal, en cierto modo, bajará la guardia. No se preocupe usted de demostrar la inocencia de nadie. La tarea más importante y más difícil de un tribunal penal en un sistema civilizado es absolver culpables. El tribunal ya tiene experiencia haciendo esa difícil tarea, que la Constitución le exige. En segundo lugar, no intente agotar todos los argumentos. Diga, por ejemplo, que su asistido debe ser absuelto por A, B y C. El tribunal se las ingeniará para absolverlo por D, un punto que usted, aparentemente, habrá omitido. Por último, ni se le ocurra descalificar al “sistema”. Olvídense de usar la palabra “sistema” como disfemismo. Enamórese del “sistema”. O vaya a litigar a algún lugar del Turquestán, a ver si tiene mejor suerte en algún otro “sistema”. Los jueces que usted tiene enfrente no pueden hacer nada acerca de su famoso “sistema”, pero de vez en cuando son capaces de dictar alguna que otra sentencia razonable. No asuma usted que son todos unos idiotas.

La cara de don Dalmacio apareció de pronto mezclada en la visión con la del capitán de los guerrilleros, y desperté de golpe con un grito ahogado. Mi sobresalto asustó tanto al centinela que poco faltó para que me volara la tapa de los sesos de un disparo. “¡Tuve una pesadilla!”, expliqué frente a la boca del fusil. Mientras nos volvía el alma al cuerpo a ambos, apareció un miliciano muy compuesto que se presentó como “el edecán”. Me informó que el capitán me haría el honor de invitarme a compartir la cena, cosa que agradecí con bastante entusiasmo.

Seguí al “edecán”, muy feliz de alejarme del centinela, y en seguida me condujo hasta el “comedor”, que no era más que una manta con algunos comensales sentados alrededor, sobre la hierba. El capitán se disculpó por la precariedad del servicio de mesa, compuesto por unas latas de conservas y algunas piezas de pan. Comencé a contestar preguntas sobre mi país y a sentirme más cómodo. Pregunté a los revolucionarios sobre su causa, y escuché complaciente sus discursos sobre las injusticias y abusos del Régimen. Comenté que la opinión pública internacional sin duda se formaría una buena impresión de la Milicia, gracias a la política del Comando Supremo de garantizar juicios justos

a los acusados de ser Enemigos del Pueblo. Pregunté entonces quién sería el fiscal en el juicio que comenzaría al día siguiente.

—¿El fiscal?— preguntó el capitán, antes de consultar con la mirada a los miembros de su Estado Mayor.

—El fiscal es quien debe encargarse de formular la acusación —contesté. Dadas las circunstancias, me imagino que debaremos simplificar bastante el procedimiento. Pero es necesario que se designe un fiscal. Será el encargado de al menos tres aspectos: deberá decirnos de qué acción concreta se acusa al reo; cuáles son las leyes o normas infringidas por esa acción; qué pruebas o evidencias existen de que el reo ha hecho lo que se le imputa. Son sólo tres aspectos, no hace falta un alegato muy largo; basta con que no falte ninguno de estos tres elementos. ¿Quién se anima?

Uno de los guerrilleros se ofreció como voluntario y sus camaradas, aunque estaban un poco desconcertados, no encontraron objeciones que formular.

—Ahora falta lo más importante: quién será el juez —agregué.

—En un juicio militar, el juez es el representante del Comando Supremo, o sea el jefe de la unidad, que en este caso soy yo. Yo seré el juez —afirmó el capitán.

—Comprendo. Y me imagino que el propio Comando Superior será la cámara de apelaciones —dije, confiando audazmente en que con mi comentario acababa de crear una segunda instancia. Agregué: —Sepan que esta situación está muy lejos de ser ideal. ¡No dejen de crear un poder judicial independiente, separado de los organismos de gobierno, una vez que alcancen la Victoria! Y por el momento, tenga el camarada juez en cuenta, que semejante limitación coloca al reo en una posición extremadamente desventajosa, que debe ser compensada con un criterio indulgente en la aplicación de la Justicia Revolucionaria.

El silencio de los milicianos me convenció de que había conseguido una pequeña victoria dialéctica. Me pareció que no podía esperar más logros por el momento. La sobremesa se dio por concluida, y me asignaron un lugar en una carpa para pasar la noche. Dediqué un buen rato a recordar imágenes de la Revolución Francesa y sus tribunales, ante los cuales el *ennemi du peuple* sólo podía esperar que registraran sus últimas palabras antes de la segura ejecución. Estudié las pocas posibilidades que existían de evitarle a mi *Danton* semejante destino.

Trajeron al acusado durante las primeras horas de la mañana siguiente. En cuanto supe de su llegada exigi que me permitiesen hablar con él. El desdichado tenía veintitantes años y ninguna facilidad para la palabra. Era un soldado del ejército. Me contó que lo habían capturado mientras se dirigía a su casa en alguna localidad rural de la zona, montando una bicicleta desvencijada. Sus captores le habían dicho que iban a someterlo a una especie de consejo de guerra, pero él no tenía idea de qué significaba eso. De la entrevista no surgió nada que me pareciese útil para el juicio que estaba por comenzar.

Los milicianos se las ingenaron para armar una suerte de mesa, tras la cual se sentó el capitán y juez. Los demás nos quedamos de pie. El juez hizo una breve alocución en la que informó sobre la nueva política del Comando Supremo Revolucionario con respecto a la justicia. Luego me dio la palabra, pero yo se la cedí al fiscal, no sin antes reiterar lo que había dicho la noche anterior: debía mencionar uno o varios hechos concretos de los que se acusara al reo, explicar cuáles normas eran infringidas por esas acciones y manifestar qué pruebas existían.

El fiscal atinó a decir que el reo estaba acusado de pertenecer al ejército, custodio del Régimen y enemigo jurado de la Revolución. Las pruebas estaban a la vista, ya que todavía vestía una parte del uniforme respectivo. Me dieron entonces la palabra. Opté por no darle al fiscal la oportunidad de mejorar esa acusación tan pobre.

—Camarada juez —comencé. El camarada reo no es más culpable que cualquier otro proletario. Ciento es que su fuerza de trabajo está puesta al servicio del Tirano, pero lo mismo ocurre con la de cualquier campesino y obrero, cuyo esfuerzo diario aumenta la riqueza de la burguesía y consolida el odioso Régimen. Como cualquier trabajador, mi defendido no está en posición de servirse del Régimen. El Comando Supremo no tolerará, estoy seguro, que se sacrifique a un proletario inocente. La pertenencia al ejército, por sí sola, no constituye ningún delito. Los próceres que fundaron nuestros países hace un par de siglos también pertenecían al ejército; en realidad, fueron sus fundadores. Finalmente, quiero destacar que el camarada reo no fue acusado de nada más. El fiscal se limitó a indicar que pertenecía al ejército. No ha mencionado ninguna otra culpa posible. El reo no ha cometido, por ejemplo, un crimen de gue-

rra. Corresponde que sea declarado libre de culpa y cargo y esto es lo que solicito al camarada juez.

—¿Quiere usted que lo dejemos libre? —dijo el juez, sorprendido.

—Creo que eso es lo que el Comando Supremo querría. Si una persona es juzgada como corresponde, existe la alternativa de que sea declarada inocente. Si esa alternativa nunca existió, es porque tampoco existió juicio. Y no llevar a cabo un verdadero juicio, uno en que la sentencia no esté predeterminada, sería un acto de desobediencia directa al Comando Supremo.

Esta última afirmación causó un escozor visible entre todos los presentes. La rebeldía revolucionaria parecía agotarse cuando se nombraba al Comando Supremo.

—¡Yo no tengo facultades para liberar un prisionero que me mandan por orden del Comando! —dijo el capitán.

—En tal caso, corresponde declarar inocente a este hombre y notificar al Comando la sentencia.

Con poca ceremonia, el capitán y juez me hizo arrimar al estrado. Me hizo ayudarle a redactar un documento manuscrito donde constaba la sentencia. El reo había sido absuelto, pero no se ordenaba su libertad todavía, a la espera de más precisiones del Comando Supremo, que evidentemente no había contemplado esa posibilidad. Preso aún, pero vivo, mi defendido me agradeció con lágrimas en los ojos.

Los caballos que me llevarían de regreso ya estaban listos. Antes de montar le dije al capitán que estaba feliz, menos por haber salvado una vida que por haberles ahorrado a él y a sus camaradas el peso de matar a un inocente. Los guerrilleros me liberaron cerca de una estación de autobuses.

Todo esto pasó hace mucho tiempo. Nunca supe qué fue de mi defendido luego de la absolución. No descarto nada, es posible que más tarde lo hayan matado de todos modos, o cambiado por otro prisionero. Quizás hasta lo hayan liberado por inocente. El Régimen terminó por caer, sin necesidad de que los milicianos obtuvieran su ansiada Victoria. La Milicia del Monte se diluyó.

Hace años que litigo frente a tribunales bien instalados, gobernados por leyes claras y precisas. No pasa un día en que no reconozca en el juez algunos rasgos de aquel jefe guerrillero.

ENTREVISTA PREVIA

Luciano Martin Vaccaro

Luego de alguna resistencia por parte del grupo de personas que con él se encontraba, el rebelde fue finalmente detenido en las afueras de la ciudad, cerca de un huerto. En primer lugar, lo sometieron a un breve y violento interrogatorio, y después lo encarcelaron, a la espera de un proceso frente a la autoridad civil. La celda donde transitoriamente lo alojaron olía a humedad rancia, pero los prisioneros no pasaban mucho tiempo allí; los menos, eran liberados, y la mayoría de ellos, rápidamente ajusticiados.

Se permitió que un letrado entrara a hablar con el prisionero. Era un hombre prudente, que no esperaba sorpresas en un caso igual a otros tantos. Al entrar en la celda, sus ojos se acostumbraron rápidamente a la falta de luz.

El reo estaba arrodillado en el suelo, abstraído en sus pensamientos, lo habían golpeado en el rostro y en el cuerpo, pero las lesiones no eran demasiado severas. Lo peor seguramente ocurriría después.

El letrado se mantuvo de pie y habló con la dignidad que imponía la situación de aquella persona que tenía frente a sí.

— Tu madre y tus amigos me enviaron aquí — dijo, con la esperanza de que esa evocación fuera de algún consuelo, pero no obtuvo respuesta.

— Tienen miedo y están preocupados — agregó.

El hombre abrió sus ojos y lo miró compasivamente; al menos, parecía dispuesto a escucharlo, por lo que siguió hablando.

— Sólo sé que la acusación que te hacen es grave. ¿De qué te acusan?

Después de un silencio, respondió:

— No cabe que sea yo quien lo diga... no saben lo que hacen.

— Enfrentarás un proceso que será una farsa. El juicio será una excusa para ajusticiarte, porque te consideran su enemigo.

A tus acusadores los impulsa el odio, y a tus jueces los guía la política, harán lo que a ellos les convenga.

— ¿Cuándo no ha sido así?, dijo el reo, sin sorpresa.

— Puedo hablar en tu nombre, conozco la opinión de los principales jurisconsultos, estudié minuciosamente la retórica forense y me pidieron que actúe en tu defensa - afirmó, buscando transmitir más confianza que la que las circunstancias permitían tener.

El hombre, aún arrodillado, lo miró, como quien tiene la vista fija en el mar o en el cielo, se puso de pie y fatigosamente se acercó hasta un rincón de la celda, donde invitó al abogado a que se sentara junto a él. Era el único gesto de cortesía que podía tener, y para no ofender su erudición le dijo:

— Nada que puedas decir evitará lo que tiene que suceder. No está en tus manos, no está en las mías y tampoco en las de ellos.

— Te aconsejo que no enfrentes el juicio solo -respondió con firmeza - ¡Quiero acompañarte!

— Nadie puede acompañarme, pero no estaré solo.

Se hizo un silencio. Nunca, en sus años de profesión, se había topado con un culpado que rechazara su asistencia frente a los magistrados. Se preguntaba si ese hombre comprendía la gravedad de la situación. Prosigió:

— Serás torturado.

— Lo sé.

— Dicen tener pruebas. Escuché que hay por lo menos dos testigos dispuestos a declarar en tu contra.

— Sus pruebas no prueban nada.

— Necesito que hables contigo y me cuentes todo, de lo contrario, no podré hacer nada... No olvides a tu madre y tus amigos.

— Siempre pienso en ellos y en mi padre, también por ellos estoy aquí.

La obstinación era desconcertante, por momentos sentía compasión al ver aquel rostro ensangrentado y, por momentos, se impacientaba frente a la intransigencia de las respuestas.

Hizo un último intento:

— Uno de tus amigos, el que se veía más afligido entre todos

los que vinieron a verme, me pagó con treinta monedas por defender tu caso. Las devolveré si no puedo defenderte.

El reo lo miró con una sonrisa triste y le dijo:

— Esas monedas son el precio de mi sangre, sé que harás con ellas lo que tu conciencia te dicte. Vé en paz... la próxima vez que nos veamos te presentaré a mi padre.

Algo de la perplejidad que lo agujoneaba se asomó al rostro del letrado, y cuando el prisionero se retrajo en sus pensamientos nuevamente, comprendió que ya nada podía hacer. Salió de la celda con la intención de llevar consuelo a sus familiares. Ya en el pasillo, oyó voces y el ruido metálico de los guardias que se acercaban. Se dio vuelta y comprendió, con mucha pena, que venían a buscarlo.

Uno de ellos, el de mayor jerarquía, con desprecio gritó:

— ¡Ey!... ¡Nazareno!... ¡De pie!... Pilatos te requiere.

ELIPSIS

por Fernando A. Vallone

La sala es lúgubre. El mobiliario pesado y antiguo la hace aún más pequeña. Una ventana, tamaño estándar, es el único salvoconducto a un exterior también gris, por el que se cuela un murmullo monótono. Un crucifijo de producción en serie se suspende sobre el estrado. El estandarte nacional se refugia en una esquina. Un olor extraño, nacido de una fusión de fuentes irreconocibles, le recarga mayor antipatía al ambiente. Rechina una vieja puerta como queriendo llamar la atención ante un olvido de años. Ese reclamo inerte cesa al abrirse por completo. Un joven con traje lánguido arrastra sus pies hasta un pequeño escritorio contiguo al estrado. Arroja unos legajos. Se echa sobre un desvencijado sillón. Espera, linchando al tiempo como quien sabe que un recurso le abunda. El quejido de la puerta anuncia otra entrada. El joven se acomoda nervioso y busca una excusa escudriñando el montón de papeles. Se le acerca una mujer de ropaje delicado y afinada silueta. No lo saluda. Le pide un documento que tiene una nominación insólita. Él obedece, y se pierde en una búsqueda nerviosa en el racimo de expedientes. Lo encuentra. Ella, impaciente, se lo arranca de las manos y empieza a leer para sí. Otro rechinar de la puerta quiebra el silencio. Un hombre fornido, enfundado en un uniforme celeste apagado con insignias indecifrables, conduce a una persona que tiene un gancho metálico adosado a sus muñecas. El agente deposita a su presa en la silla más desgarrada y pequeña, nada amable para la robustez de esa mujer. Le quita las esposas y se sienta a pocos metros. A la mujer la oprime un nerviosismo abusivo. Está asustada. Mueve sus manos y pies de manera descompasada. Nada del lugar le podría dar algo de contención. El recinto, antipático, provoca adrede más temor. Precipita su mirada en el símbolo religioso. Allí se refugia por algunos minutos. El joven, que tal vez intuyó esa fricción emocional, pretende hablarle; pero lo interrumpe el molesto chirrido de la puerta. Ingrresa un señor de mediana

edad, quien lleva una corbata decorada con motivos de otra década. Saluda con una amabilidad impostada, que no logra romper con tanta antipatía, y se aposta en el lugar más distante posible de ella, la acusada. Una puerta contigua al estrado se abre silente. Entran tres hombres escoltados por una pleitesía generalizada de los pocos presentes. El gesto solemne es patriomonio del suceso, pero los jueces se lo apropián con un orgullo que no disimulan. Se acomoda el Tribunal, siguiendo una rutina decantada por años. Se apoltrona el Tribunal. Luego se sienta todo el resto. Salvo ella, la secretaria, quien continúa de pie, tensionada. Falta el defensor, le advierte por lo bajo a su asistente, y después transmite la noticia en un tono más alto a los miembros del Tribunal. Los jueces reciben la novedad con fastidio. El joven escapa de la sala en búsqueda de ese abogado. Esta vez no arrastra sus pies. Silencio. Un cuchicheo ronda por el estrado. El señor de la corbata antigua, de profesión fiscal, repasa sus papeles. La imputada mira nerviosa hacia la puerta de entrada. Su custodio la acosa con una vigilancia incansable, pero algo fingida. El tiempo pasa en un ambiente irascible. Por fin, una vez más, irrumpen la estridencia de la puerta, que es ahora bienvenida. Entra el joven, apurado, atropellado. Varios pasos atrás viene un señor mayor, con un ritmo cansino, provocador. No trae portafolio. Ni libros. Ni un simple papel. Lentamente se sienta al lado de la acusada. La saluda afectuosamente. Dedica una venia seca al Tribunal. “Que empiece el juicio”, ordena tajante mediante un formalismo, alguien ubicado en el estrado. La secretaria lee, ahora en voz alta, aquel documento de nombre encrespado. Es una detallada descripción de la acusación. La mujer, acurrucada en el banquillo desvencijado, intenta entender algo. Una persiana violentada. Un robo de varios kilos de carne. Muchos términos que no logra comprender. No es su culpa. Son vocablos amontonados de una forma hostil. Entonces se escabulle hacia su imaginación, sitio encantador en donde habita el alivio. Distorsiona lo que oye para construir un registro onírico. Tiene el protagónico, por primera vez. Es el centro de ese universo. Se regodea en el artificio de esa imagen. Mientras tanto su defensor se pierde en la mezquina vista del exterior. Concluye la monótona lectura. El trámite sigue con un desgano que fastidia. Uno de los jueces consulta al fiscal y al defensor, sobre el planteo de cuestiones previas. El fiscal contesta negativamente a viva voz. El defensor, con su mirada todavía

suspendida en el opaco horizonte, sólo niega con su cabeza. La indiferencia parece lastimar la autoestima de un juez. Lo reprende. Lo compele, mediante una ironía infantil, a expresarse con palabras. El defensor responde otra vez en forma negativa, ahora oralmente, pero permanece su obsesión con el afuera. El incidente sirvió para desestabilizar la monotonía. Próximo paso. Entra un hombre de aspecto pulcro. Lo hacen jurar. Él jura. Le preguntan. Responde. Una persiana rota. Una mujer entrando. Una mujer saliendo, llevando carne, recuerda. De la buena, aclara. Lomo. Fue esa mujer. La señora gorda de la cara manchada. Señala sin piedad a la acusada. Sin lugar a dudas. La protagonista encorva sus hombros, vencida. Los jueces preguntan. El fiscal interroga. El defensor sigue perdido en su obstinada contemplación del exterior. Le hace un culto a la indiferencia. Ahora los jueces le preguntan a él si quiere interpelar al testigo. Niega con un simple gesto de manos. Su inmutable estilo molesta otra vez. El desafío está declarado. Otro juez se encarga de la reprimenda, que viene cargada con mayor intensidad. La acusada se inquieta. Se desconcierta. La secretaria mira con desprecio a su abogado. El defensor debe contestar a viva voz, le exigen. Cede. Arroja un rotundo “no”. Sólo eso y vuelve su mirada hacia la ventana. Un jilguero se posa en la cornisa. Ahora el panorama extramuros propone una distracción todavía más interesante. El defensor se corre hacia adelante para tener una imagen completa del nuevo espectáculo. El pájaro se mueve nervioso. Picotea su pelaje. Se acicala. Canta con una armonía codiciada. Parece dedicar una mirada compasiva hacia el interior, en donde un nuevo murmullo, con otro intérprete, transita por la misma historia. Robo. Persiana. Carne. Mujer. Mancha. Las muecas del jilguero, que parecen acompañar el compás de su canto, son estudiados en detalle por el defensor. Un bramido autoritario daña el hechizo. Le exigen que brinde su voz. “Sin preguntas”, responde el defensor, y su atención vuelve sobre las andanzas del pájaro. El espectáculo se replica. Un gorrión aterriza con suavidad a centímetros del jilguero. Ambos se estudian con recelo. Conviven. Uno de los jueces se conjuga al avistamiento, pero con distintas intenciones. Pretende adivinar la obstinación del defensor. El juicio sigue aplomado en la misma senda. Habla el fiscal. Persiana. Carne. Mujer. Mancha. Robo. Pena. Prisión. ¡Cárcel! Una ecuación sintética, fría, que propone una solución desproporcionada para el caso,

atroz y arcaica: el encierro de un ser humano. Un pedido formal, arraigado en el plano de la automatización, que parece menospreciar la extrema magnitud de sus consecuencias. El defensor sigue contemplando la ventana, sin conmoverse, aparentemente, por la acusación hacia su defendida. Hay tensión entre el gorrión y el jilguero. Se disputan unas migajas. Se desafían a una distancia prudente. El conflicto se agudiza. Empiezan a pelear. Vuelan algunas plumas. El alboroto se traslada al interior de la sala. Alguien golpea una mesa. Un ruido seco prologa un criterio repleto de parquedad. Estallan varias palabras: defensor, irrespetuoso, desacato, irresponsable, rol, abandono, sanción. El defensor amaga a ceder en su indiferencia. Se pone de pie, sin apuro. Mira a todos. Los contempla, más bien. El custodio se le acerca algunos pasos. El defensor echa un último vistazo hacia afuera. La batalla cesó allí. Ahora los pájaros parecen expectantes del rito que se vive adentro. Se invierte el hechizo. Todos miran al defensor, quien continúa estoico, sin decir palabras. Desafiante. Intransigente. Recorre todos los rostros, parece satisfecho con la adustez que le dedican por unanimidad. Decide degustar el límite. Silencio. El Presidente del Tribunal se incorpora abruptamente. Lo señala con el dedo. Pero no alcanza a disparar su amenaza. El defensor, por fin, habla:

— “Desde hace dos años defiendo a Margarita. Así se llama. La defendí en su indagatoria. Apelé su procesamiento. Argumenté ante la Cámara de Apelaciones. Reclamé que su prisión preventiva era injusta. Ofrecí infinidad de pruebas. Me opuse a que llegara a esta instancia. Requerí la nulidad de la causa por graves defectos procesales. Denuncié un trato indigno en la prisión. Agoté todas las posibilidades técnicas. Siempre hablé. ¡Nunca, nunca, fui escuchado!”, exclama con un tono calmo pero penetrante.

Hace una pausa. Toma aire. Indaga en la reacción gestual de sus receptores. No hay pistas. Continúa.

— “Hoy decidí callarme. ¿Obstinación? ¿Indiferencia? ¿Hastío? No, inspiración. Me puse en el lugar de ella. Margarita es viuda y tiene cuatro hijos. Dos de ellos al borde de la desnutrición. Alquila una pieza en un asentamiento de emergencia. Hace años que reclama ayuda social. Pidió trabajo. Reclamó por un sistema de salud digno para sus hijos. Exigió un techo acorde a sus necesidades. Siempre habló. Nunca fue escuchada. Ella

tampoco. ¡Jamás!”.-prosiguió a un ritmo más impetuoso. “Se siente horrible. ¿Verdad?”-concluyó.

— “¿Pero qué nos quiere decir con toda esta perorata, defensor?” —provoca, arrogante, uno de los jueces.

El defensor evita la supuesta pregunta. Ni siquiera mira a quien propinó la agresión. Deja pasar el desafío con indolencia.

— “No ser escuchado genera bronca, angustia e indignación. Hoy mi posición despertó en todos ustedes un estado de ánimo colérico. Les fui indiferente. Hubo una fractura de un postulado: el defensor que no cuestiona, que no habla, que no se involucra. Créanme, fue adrede. Un simple experimento que los va a ayudar a entender y asimilar, de una manera más humana, este caso. Tenían que escucharme. Mi silencio incomodaba. Necesitaban mi voz y se las negué. Seguramente alguno de ustedes sintió ganas de golpearme. Algún otro pensó en sancionarme o suspenderme. Por momentos habrán tenido ansias de encerrarme por un par de días o escracharme públicamente. Sólo por no escucharlos, ni prestarles atención, en un trámite más, uno más, de otro tedioso día laboral. Tan sólo por no atender sus reclamos y complicarles la rutina, los invadió una necesidad de actuar para ajusticiarme. Pero si lo hubiesen hecho, estarían justificados. Vivieron, en mucha menor medida, las mismas sensaciones que la acusada. Eso espero. Su educación, posibilidades, urgencias, necesidades y desesperación, le hicieron escoger, ante la indiferencia del otro y en una situación límite, una opción más radical: robar algunos kilos de carne para proteger a su familia de la desolación. Y ella también está justificada. Ustedes, nosotros, hubiéramos actuado igual. Ahora, si lograron ponerse en su lugar, espero que comprendan que sólo cabe absolverla. Nada más”

Los jueces intentan salir del asombro que los empantana. Reaccionan. El Tribunal se retira a deliberar. Esos hombres parecen escapar, avergonzados, ante una lección que no vieron venir. El gorrión desaparece. Lo sigue el jilguero. Cómo si no soportaran la tensión de aguardar la resolución. Un mutismo más afable recorre el recinto. Ella, la acusada, Margarita, la madre, la persona, llora a escondidas. Su defensor la consuela con una caricia paternal. El joven le acerca un pañuelo. La secretaria, con un resplandor de emoción en sus ojos, le lleva un vaso con agua. Lo onírico se hace realidad. Por un momento parece desvanecerse el olor a rancio de la sala. La tregua termina abruptamente. Entran

Certamen Literario de la Defensoría General de la Nación

los jueces. Se acomodan sin mucho prolegómeno. Lee el Presidente, vertiginoso, sin levantar su mirada. Muchas palabras, pocos conceptos: anular el juicio, apartar y sancionar al abogado defensor, realizar una nueva audiencia con otra defensa. Silencio.